

Elementos

de Metapolítica para una Civilización Europea Nº 31



ARMIN MOHLER Y LA «*KONSERVATIVE REVOLUTION*» ALEMANA



UrKultur



UrKultur

<http://urkultur-imperium-europa.blogspot.com.es/>

**Escuela de Pensamiento
Metapolítico**

Elementos

**de Metapolítica para una
Civilización Europea**

Director:

Sebastian J. Lorenz

sebastianjlorenz@gmail.com

Número 31

**ARMIN MOHLER
Y LA «KONSERVATIVE
REVOLUTION» ALEMANA**

Sumario

El movimiento de la Revolución Conservadora, por *Robert Steuckers*, 3

La herencia del movimiento de la “Revolución Conservadora” en Europa, por *Ian B. Warren*, 6

La Revolución Conservadora, por *Keith Bullivant*, 14

La crisis de la democracia en Weimar: Oposición ideológica de la Revolución Conservadora, por *José Ramón Díez Espinosa*, 29

La Revolución Conservadora en Alemania, por *Marqués de Valdeiglesias*, 34

Ideas para Europa: la Revolución Conservadora, por *Luca Leonello Rimbotti*, 44

Revolución Conservadora y nacionalsocialismo, por *Andrea Virga*, 49

Evola y la Revolución Conservadora, por *Giano Accame*, 51

La *Konservative Revolution* como doctrina de la decadencia de Alemania, por *Miguel Ángel Simón*, 55

La influencia de Armin Mohler sobre la cosmovisión de la Nueva Derecha, por *Robert Steuckers*, 59

De la «*Konservative Revolution*» a la «*Nouvelle Droite*»: ¿apropiación o rehabilitación?, por *Sebastian J. Lorenz*, 63

La Revolución Conservadora y la cuestión de las minorías nacionales, por *Xoxé M. Núñez Seixas*, 73

El sinsentido de la Revolución Conservadora Historia de la idea, nacionalismo y *habitus*, por *Henning Eichberg*, 83

Índice de los autores de la «*Konservative Revolution*», según *Armin Mohler*, 105

El movimiento de la Revolución Conservadora

Robert Steuckers

Cuando el compuesto "Revolución Conservadora" fue usado en Europa, fue mayormente en el sentido que le dio Armin Mohler en su famoso libro *"Die Konservative Revolution in Deutschland 1918-1932"*. Mohler dictó una larga lista de autores que rechazaban los pseudo-valores de 1789 (despreciados por Edmund Burke como meros "blue prints"), ensalzaban el rol de la germanidad en la evolución del pensamiento europeo y recogían la influencia de Nietzsche. Mohler evitó las instancias puramente religiosas "conservadoras", fuesen católicas o protestantes. Para Mohler, el punto esencial de contacto de la "Revolución Conservadora" era una visión no-lineal de la historia, pero no recogió simplemente otra vez la visión cíclica del tradicionalismo.

Después de Nietzsche, Mohler creyó en una concepción esférica de la historia. ¿Qué significa esto? Esto significa que la historia no es una simple repetición de los mismos sucesos a intervalos regulares, ni un camino recto que conduzca a la bienaventuranza, al fin de la historia, al Paraíso en la Tierra, a la felicidad, etc., sino que se asemeja a una esfera que puede rodar (mejor dicho, ser empujada) en todas direcciones, acorde con los impulsos que reciba de las personalidades carismáticas, fuertes. Tales personalidades carismáticas dirigen el curso de la historia hacia algunas vías muy particulares, vías que de ningún modo están previamente fijadas por la mano de la providencia. Mohler, en este sentido, nunca creyó en las doctrinas políticas universalistas, sino en las personalidades que las encarnaban. Al igual que Jünger, creía que lo "general" (en su sentido histórico) es residuo de lo "particular". Mohler expresó su visión de las dinámicas particulares usando

el muy problemático término de "nominalismo". Para él, "nominalismo" era la expresión certera que quería indicar cómo las fuertes personalidades y sus seguidores eran capaces de abrir nuevas y originales vías en la jungla de la existencia.

Las principales figuras del movimiento fueron Spengler, Moeller van den Bruck y Ernst Jünger (y su hermano Friedrich-Georg). Podemos añadir a este triunvirato los nombres de Ludwig Klages y Ernst Niekisch. Carl Smitt, como abogado católico y constitucionalista, representa otro aspecto importante de la llamada "Revolución Conservadora".

Spengler quedará como el autor de un brillante fresco de las civilizaciones mundiales que inspiró al filósofo británico Arnold Toynbee. Spengler habló de Europa como civilización faústica, cuya mejor expresión fue las catedrales góticas, la interacción de la luz y los colores de las vidrieras, las tormentas de nieve con nubes blancas y grises de muchas pinturas holandesas, inglesas y alemanas. Esta civilización es una aspiración del alma humana hacia la luz y hacia el autocompromiso. Otra importante idea de Spengler es la idea de "pseudo-morfosis": una civilización nunca desaparece completamente tras una decadencia o una conquista violenta. Sus elementos pasan a la nueva civilización que asume su sucesión y reemprende las vías originales.

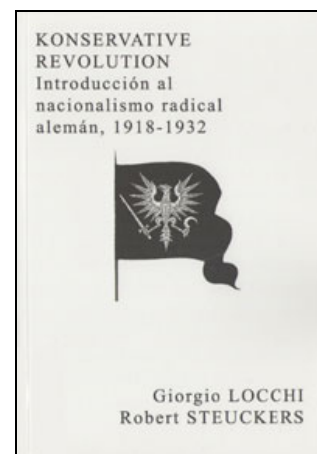
Moeller van den Bruck fue el primer traductor alemán de Dostoievski. Se dejó influir profundamente por los diarios de Dostoievski, tan llenos de severas críticas al Occidente. En el contexto alemán después de 1918, Moeller van den Bruck abogaba, con argumentos de Dostoievski, por una alianza Rusoalemana contra el Oeste. ¿Cómo podían los respetables caballeros alemanes, con una inmensa cultura artística, mostrarse a favor de una alianza con los bolcheviques? Sus argumentos fueron los siguientes: durante toda la tradición diplomática del siglo XIX, Rusia fue considerada el escudo de la reacción contra todas las repercusiones de la Revolución Francesa y contra la mentalidad y los modos revolucionarios. Dostoievski, un

antiguo revolucionario ruso que más tarde admitió que su opción revolucionaria fue un error, consideraba más o menos que la misión de Rusia en el mundo era borrar en Europa los rastros de las ideas de 1789. Para Moeller van den Bruck, la Revolución de Octubre de 1917 solo fue un cambio de ropajes ideológicos: Rusia continuaba siendo, a despecho del discurso bolchevique, el antídoto a la mentalidad liberal de Occidente. Derrotada, Alemania debiera aliarse a esta fortaleza antirrevolucionaria para oponerse al Occidente, que a los ojos de Moeller van den Bruck es la encarnación del liberalismo. El liberalismo, expresa Moeller van den Bruck, es siempre la enfermedad terminal de los pueblos. Tras unas décadas de liberalismo, un pueblo entrará inexorablemente en una fase de decadencia final.

El camino seguido por Ernst Jünger es suficientemente conocido. Empezó como un ardiente soldado y joven galante en la Primera Guerra Mundial, formando en las trincheras parte de los cuerpos de asalto que manejaban la granada de mano con la misma elegancia que los oficiales británicos usaban la fusta. Para Jünger, la Primera Guerra Mundial fue el fin del mundo pequeño burgués del XIX y de la "Belle Epoque", donde todo había de ser "como debía ser", por ejemplo, obrar acorde a los ejemplos ofrecidos por profesores y sacerdotes, como hoy se obra de acuerdo a las autoproclamadas reglas de la "corrección política". Bajo las "tempestades de acero", el soldado se veía reducido a la nada, a su mero y frágil ser biológico, pero esta visión no significó a los ojos de Jünger una excusa para un pesimismo inepto, de miedo y desesperación. Habiendo experimentado el más cruel de los destinos en las trincheras, bajo el bombardeo de miles de piezas de artillería que sacuden la tierra, viendo todo reducido a lo "elemental", el soldado de infantería conoció mejor que otros el cruel destino humano sobre la faz de la tierra.

Toda la artificialidad de la vida civilizada urbana apareció de repente como pura impostura. En la posguerra, Ernst Jünger y su hermano Friedrich-Georg fueron los mejores escritores y periodistas nacional-

revolucionarios. Ernst se armó de una buena dosis de cinismo, ironía y serenidad a la hora de observar la vida y los actos humanos. Durante un bombardeo sobre un suburbio parisino, donde las fábricas estaban produciendo material de guerra para el ejército alemán durante la Segunda Guerra Mundial, Jünger se aterrorizó ante la innatural ruta aérea, recta, tomada por las fortalezas aéreas norteamericanas. La linealidad de las rutas aéreas hacia París era la negación de todas las curvas y sinuosidades de la vida orgánica. En la guerra moderna está implícita la destrucción de los devaneos y las serpentinatas que caracterizan lo orgánico.



Ernst Jünger empezó su carrera como un escritor apologista de la guerra. Después de haber observado las irresistibles arremetidas de los B-17 americanos, se desengañó completamente de los antivalores desplegados en la guerra por la pura técnica. Después de la Segunda Guerra Mundial, su hermano Friedrich-Georg escribió el primer trabajo teórico crítico al desarrollo de la nueva Alemania en clave ecologista, "Die Perfektion der Technik" (La Perfección de la Técnica). La idea principal de este libro, a mi entender, es la crítica de la "conexión". El mundo moderno es un proceso de intento de conexión de las comunidades humanas y los individuos a grandes estructuras. Este proceso de conexión destruye el principio de libertad. Eres un pobre proletario encadenado si estás "conectado" a una gran estructura, aunque ganes 3000 libras al mes, o más. Eres un hombre libre cuando estás completamente desconectado de esos

enormes tacones de acero. En cierto sentido, Friedrich-Georg escribió la teoría que Kerouac experimentó de forma no teórica mediante la elección de la "caída" y del "viaje", convirtiéndose en un cantante vagabundo.

Ludwig Klages fue otro filósofo de la vida orgánica contra el pensamiento abstracto. Para él, la dicotomía principal se daba entre la Vida y el Espíritu ("Leben und Geist"). La vida se encuentra aplastada por el espíritu abstracto. Klages nació en la Alemania del Norte, pero emigró, como estudiante, a Munich, donde gastó su tiempo libre en las tabernas de Schwabing, el distrito donde se reunían los artistas y los poetas (y donde todavía se reúnen). Fue amigo del poeta Stephan Georg y un estudioso de las más originales figuras de Schwabing, como el filósofo Alfred Schuler, quien creía ser la reencarnación de un colono romano en la Germania de las orillas del Rin. Schuler tenía un genuino sentido del teatro. Solía disfrazarse con la toga de los emperadores romanos, admiraba a Nerón y montaba representaciones recordando la audiencia del antiguo mundo grecorromano. Pero más allá de su vida de fantasía, Schuler adquirió una importancia cardinal en filosofía por su hincapié en la idea de "Entlichtung", es decir, la desaparición gradual de la Luz desde los tiempos de la antigua Ciudad-Estado griega y la Italia romana. No hay progreso en la historia, sino todo lo contrario, la Luz se va desvaneciendo, al igual que la libertad del ciudadano libre a la hora de elegir su propio destino. Hannah Arendt y Walter Benjamin, desde la izquierda de la postura conservadora-liberal, se inspiraron en esta idea y la adaptaron a diferentes audiencias.

El mundo moderno es el mundo de la completa oscuridad, donde existen pocas esperanzas de encontrar de nuevo períodos donde "ser-iluminados", a menos de dar con personalidades carismáticas, como Nerón, dedicado al arte y a los modos dionisiacos de la vida, que nos introduzcan en una nueva era de esplendor, la cual habría de durar sólo como la bendita estación de la primavera. Klages desarrolló las ideas de Schuler, quien nunca escribió un libro completo, después de su muerte en 1923, debido a una operación

mal preparada. Klages, justo antes de la Primera Guerra Mundial, pronunció un famoso discurso en la colina de Hoher Meissner, en la Alemania central, frente a la asamblea de los "Wandervogel", el movimiento de la juventud. Este discurso tenía en título de "El Hombre y la Tierra", y puede ser visto como el primer manifiesto orgánico-ecologista, claro y comprensible, no obstante sus sólidos fondos filosóficos.



Carl Schmitt empezó su carrera como profesor de derecho en 1921, aun cuando vivió hasta la respetable edad de 97 años, escribiendo su último ensayo a los 91 años. No puedo enumerar todos los puntos importantes de la obra de Carl Schmitt en el curso de esta modesta entrevista. Resumámoslos diciendo que Schmitt desarrolló dos ideas fundamentales: la idea de la decisión en la vida política y la idea del "Gran Espacio". El arte de dar forma a la política, el arte de una buena figura política, reside en la decisión, no en la discusión. El líder ha de tomar decisiones en orden a guiar, proteger y desarrollar la comunidad política. La decisión no es dictatorial, como dicen ahora muchos liberales en estos tiempos de la corrección política. Al contrario: una personalización del poder es algo más democrático, en el sentido de que un rey, un emperador o un líder carismático es siempre una persona mortal. El sistema que impone eventualmente no es eterno, terminará muriendo como todo ser humano.

Un sistema nomocrático, al contrario, trata de permanecer eterno, incluso cuando los eventos e innovaciones contradigan sus

normas o principios. El segundo gran tema de los trabajos de Schmitt es la idea del "Grossraum", el Gran Espacio Europeo. Los poderes "fuera-del-espacio" estarían impedidos para intervenir en el cuerpo de este Gran Espacio. Schmitt quería aplicar en Europa el mismo principio que animó al presidente Monroe de los Estados Unidos: "América para los americanos". Schmitt podría compararse a los "continentalistas" norteamericanos, críticos con las intervenciones de Roosevelt en Europa y Asia. Los iberoamericanos también desarrollaron similares ideas continentalistas, y los imperialistas japoneses que hablaban del Gran Área del Pacífico. Schmitt dotó a esta idea del "Gran Espacio" de una fuerte base jurídica.

Niekisch es una figura fascinante en el sentido en que su debut público lo ejerció como líder comunista del "Soviet" de la República Bávara de 1918-19, que fue aplastado por los Freikorps de von Epp, von Lettow-Vorbeck, etc. Obviamente, Niekisch se desilusionó por la ausencia de una visión histórica en el trío bolchevique de la revolución muniquesa (Lewin, Keviné, Axelrod). Niekisch desarrolló una visión eurasiática, basada en la alianza entre la Unión Soviética, Alemania y China. La figura ideal que habría de ejercer como motor humano de esta alianza era el campesino, el adversario de la burguesía occidental. Aquí es obvio un cierto paralelismo con Mao-Tse-Tung. En las revistas que editó Niekisch descubrimos continuamente tentativas germanas de apoyo a todos los movimientos antibritánicos o antifranceses en sus imperios coloniales o en Europa (Irlanda contra Inglaterra, Flandes contra la Bélgica afrancesada, el nacionalismo Indio contra la Gran Bretaña, etc.).

Espero haber explicado en pocas palabras las principales tendencias de la llamada Revolución Conservadora en Alemania entre 1918 y 1933. También espero que quienes conozcan este movimiento pluridimensional puedan perdonar mi introducción esquemática.

© Entrevista realizada para *Troy Southgate*. Synergies Europeas, 30 de marzo de 2001.

La herencia del movimiento de la "Revolución Conservadora" en Europa

Una conversación con el historiador suizo Armin Mohler

Ian B. Warren

Introducción

A raíz de las secuelas de la catastrófica derrota de Alemania y sus socios del Eje en la Segunda Guerra Mundial, una Europa exhausta cayó bajo la hegemonía de las potencias vencedoras -sobre todo de los Estados Unidos y la Rusia soviética-. Era comprensible que los sistemas socio-políticos de los regímenes vencidos -y sobre todo el del Tercer Reich de Hitler- fueran totalmente desacreditados, incluso dentro de Alemania.

Este proceso también trajo el descrédito de la tradición intelectual conservadora que, en cierta medida, nutrió y dio lugar al Nacional Socialismo y la llegada de Hitler al poder en 1933. En el clima intelectual que prevaleció después de 1945, los puntos de vista conservadores fueron vilipendiados en gran medida y reprimidos como "reaccionarios" o "fascistas", y los esfuerzos para defender o revitalizar la venerable tradición intelectual en Europa del conservadurismo se enfrentaron a una resistencia formidable.

Aquellos que desafiaron la prevalencia del "espíritu de los tiempos", sosteniendo la validez y la rectitud de las tradiciones de "derecha" como un lugar apropiado e importante en la vida intelectual y política de Europa, corrían el riesgo de ser acusados de tratar de "rehabilitar" o "encubrir" el nazismo. Los alemanes han sido blanco especialmente idóneo de esta acusación, que resulta casi imposible de refutar.

Uno de los escritores más prominentes de la Europa de habla alemana en intentar esta tarea, en gran medida ingrata, ha sido Armin Mohler. Como el historiador alemán Ernst Nolte ha observado, afortunadamente, este trabajo ha resultado más fácil para Mohler, porque es nativo de un país que se mantuvo neutral durante la Segunda Guerra Mundial.

Nacido en Basilea, Suiza, en 1920, Mohler trabajó durante cuatro años como secretario del influyente escritor alemán Ernst Jünger. Después vivió en París durante ocho años, donde se trabajó la información sobre los acontecimientos sucedidos en Francia para varios periódicos de lengua alemana, entre ellos el influyente semanario *Die Zeit* de Hamburgo.

En sus escritos prodigiosos, incluyendo una docena de libros, el Dr. Mohler ha hablado para millones de europeos que, desafiando la política imperante del orden intelectual, han tratado de entender, si no se aprecia, el patrimonio intelectual de la venerable "vieja derecha" europea.

La reputación de Mohler como el "decano" de los intelectuales conservadores y como un puente entre las generaciones, se basa, en gran parte, en el impacto de su estudio histórico titulado *Die Konservative Revolution in Deutschland 1918-1932* ("La Revolución Conservadora en Alemania, 1918-1932"). Sobre la base de su tesis doctoral en la Universidad de Basilea, esta influyente obra se publicó por primera vez en 1950, con ediciones revisadas publicadas en años posteriores y en varios idiomas europeos.

En este estudio, Mohler afirma que la tradición alemana del Reich ("imperio") en el centro de Europa (Mitteleuropa) incorpora dos conceptos importantes y contradictorios. Uno concibe la *Mitteleuropa* como una comunidad diversa y descentralizada de la política cultural y las distintas naciones y nacionalidades. Un segundo punto de vista, casi mítico, hace hincapié en la unidad cultural y espiritual del Reich y la *Mitteleuropa*.

La corriente principal del pensamiento conservador radical o revolucionario se expresa a través de figuras tan diversas como el escritor ruso Fiódor Dostoievski, el sociólogo italiano Vilfredo Pareto, el poeta y crítico social Ezra Pound, el sociólogo norteamericano Thorstein Veblen, y el novelista inglés C.K. Chesterton. Este movimiento intelectual se inició a finales del siglo XIX y floreció sobre todo durante entre los años 1920 y 1930. A veces también conocida como la "revolución orgánica", este movimiento busca la preservación del legado histórico y el patrimonio de la cultura europea occidental y central, mientras que al mismo tiempo, persigue el mantenimiento de la "mayor variedad [cultural y nacional] en el espacio más pequeño". En Alemania, la "Sociedad Thule" jugó un papel importante en la década de 1920 en este fenómeno a escala europea, como una especie de plataforma de los radicales del pensamiento intelectual conservador. Hizo hincapié en la idea de un *völkisch* (folclórico o nacionalista), comunidad popular pluralista, que subraya unos orígenes únicos y las raíces comunes de la cultura europea, lo cual la distingue de otras regiones y agrupaciones geopolíticas en todo el mundo.

Bajo el punto de vista de Mohler, los doce años de Tercer Reich (1933-1945) fueron una desviación temporal del pensamiento conservador tradicional. Al mismo tiempo, la revolución conservadora fue "un tesoro del cual el nacionalsocialismo [tomó] sus armas ideológicas". El fascismo en Italia y el nacionalsocialismo en Alemania fueron, a juicio de Mohler, ejemplos de la "aplicación indebida" de los principios teóricos fundamentales del pensamiento conservador revolucionario. Mientras que algunas figuras claves como Otto Strasser, colega de Hitler sólo por un tiempo, optaron por emigrar de Alemania después de 1933, los que decidieron quedarse, según Mohler, mantuvieron "la esperanza de cambiar el nacional-socialismo desde dentro, o de transformarlo en una segunda revolución."

Tras la publicación en 1950 de su obra sobre la Revolución Conservadora en

Europa, Mohler exploró en sus escritos temas tan dispares como Charles De Gaulle y la V República en Francia, el movimiento de la tecnocracia en los Estados Unidos y la era de la depresión. En 1964, Mohler fue nombrado Director General de la prestigiosa Fundación Carl-Friedrich von Siemens, uno de los principales instituciones de apoyo al estudio académico y a la investigación en Alemania. En 1967 comenzó, durante un periodo de varios años, la enseñanza de ciencias políticas en la Universidad de Innsbruck en Austria. Ese mismo año, Konrad Adenauer rindió honores a Mohler por sus escritos con el primer "Premio Adenauer", que nunca había sido otorgado.

Durante los años 1970 y 1980, Mohler fue un colaborador frecuente de Criticon, una revista especializada alemana cuyo director, Caspar von Schrenk-Notzing, había sido un amigo cercano del erudito suizo y un importante promotor de su obra. En 1985, el Dr. Mohler publicó una colección de escritos en la conmemoración del 25 aniversario de la Fundación Siemens. El volumen contiene las contribuciones de los escritos de Oswald Spengler, Carl Schmitt, Konrad Lorenz, Hellmut Diwald, H.J. Eysenck y Julián Freund. Mohler ha sido una figura destacada para la "Nueva Derecha", "Nouvelle Droite" o "Neue Rechte" europea.

Año tras año, los líderes políticos, educadores y gran parte de los medios de comunicación tienen un excesivo cuidado en recordar a los alemanes su importante "responsabilidad colectiva" para expiar su "gravosa carga" del pasado. Esta campaña parece no terminar nunca, se ha vuelto casi una obsesión nacional – manifestada en la enorme publicidad que rodea a determinadas películas como "La lista de Schindler" de Spielberg. Según Mohler, todo esto ha producido una especie de neurosis nacional en Alemania.

Mohler ha escrito extensamente sobre el particular fenómeno alemán conocido como "el dominio del pasado" o "volver a enfrentarse con el pasado"

("Vergangenheitsbewältigung"). Se abordó esta tema tan fuertemente cargado de emociones en un libro (titulado *Vergangenheitsbewältigung* precisamente), publicado en 1968, y más tarde reeditado en una edición revisada en 1980. Dos años más tarde retornó al tema de la identidad alemana.

En 1989, Mohler nuevamente con valentía asumió la cuestión de la dificultad de Alemania para llegar a un acuerdo respecto al legado del Tercer Reich en el que es, quizás, su libro más provocador, *Der Nasenring*.

Con la reunificación de Alemania en 1989, el colapso del imperio soviético, el fin de la Guerra Fría, la rivalidad USA-URSS y la retirada de los ejércitos y las fuerzas rusas y norteamericanas de Europa, llegó inevitablemente a una seria reconsideración de los problemas críticos de la identidad alemana y del papel de Alemania en Europa. Esto también ha conllevado una nueva consideración y precisión de cómo los alemanes deben lidiar con el legado de la problemática del Tercer Reich y la Segunda Guerra Mundial.

Los cambios de las realidades socio-políticas en Alemania, Europa y el mundo han dado un nuevo significado a los puntos de vista desarrollados por el Dr. Mohler y sus círculos afines de ideas "conservadoras revolucionarias".

Entrevista

Este entrevistador tuvo el privilegio de pasar un día con Armin Mohler y su amable esposa en su casa en Munich a principios del verano de 1993. Después de haber hablado antes con el historiador Ernst Nolte, me interesaba comparar sus puntos de vista con los de Mohler. En particular, tenía curiosidad por comparar cómo cada una de estas figuras eminentes de la vida intelectual alemana evaluó el clima presente y futuro de su nación y del continente dentro del cual jugaba un papel fundamental.

A pesar de que sus movimientos están restringidos debido a una enfermedad artrítica grave, el Dr. Mohler demostró ser

ingenioso, provocador y fascinante. (Además de sus otros talentos e intereses, es un especialista en el arte. Su colección de separatas y libros de arte en México, Estados Unidos de América y Rusia es uno de las mayores que puede existir).

Durante nuestra conversación, Mohler proporcionó numerosos comentarios mordaces e incisivos sobre las tendencias políticas contemporáneas en Europa (y en particular en Alemania), así como sobre la influencia norteamericana. A lo largo de su ingenioso discurso, valoró incluso las evaluaciones cáusticas de la "clase política" alemana, de los políticos que abarcan todo el espectro ideológico, y de las variadas líneas generacionales que forman la Alemania de hoy. Según ha explicado a este escritor, el Dr. Mohler se sintió libre para ofrecer puntos de vista sin atender a ninguno de los criterios "políticamente correctos" que han obstaculizado la apologética de la mayoría de los colegas alemanes.

W: ¿Cuál cree usted que es el estado del movimiento político conservador en la Alemania de hoy?

M: Bueno, primero quiero explicar mi análisis especial. Creo que hay tres posibilidades en la política, que se caracterizan como la "mafia", el "gulag", y el "agon". Cada uno ha sido una forma política posible o viable en la historia del siglo XX. Por supuesto, entre la elección del "gulag" y la "mafia", las personas optarán por este último porque es más cómodo y menos peligroso, o eso parece.

Pero dentro de esa tercera opción, que se toma de la palabra griega "agon" ("competencia" o "concurso"), y recuerda las antiguas competiciones atléticas y literarias griegas, creo que es posible tener una sociedad libre de la política tanto de la mafia y de la izquierda, pero lograr esto es bastante complicado. Es una lástima que hoy sólo se pueda elegir entre la mafia y el gulag. El liberalismo, en el contexto del siglo XIX, fue una idea positiva, con una base seria de pensamiento. Hoy, sin embargo, el liberalismo se ha convertido sólo en otro nombre para la mafia. No creo

que el liberalismo político sea capaz de gobernar en el mundo moderno. Mi ideal más evidente hoy en día en los estados "tiger" de Asia, como Malasia, Singapur, Corea y Taiwán, que tienen un libre mercado dinámico, economías liberales, pero sin la política liberal.

W: Cuando usted habla de una "tercera opción", ¿se refiere a la anti-capitalista y anti-comunista, "tercera vía" o "tercera posición" defendida por algunos grupos políticos e intelectuales en la Europa de hoy que rechazan el establecimiento de las élites, tanto de la izquierda como de la derecha tradicional?

M: No, yo no veo ningún movimiento significativo de este tipo. ¿Qué pequeños pasos se están tomando en este sentido cuando se denuncia esta vía como "fascista" o "estilo fascista". El papel de los medios de comunicación modernos ha destruido cualquier posibilidad de la "tercera vía" política. Esto significa, por desgracia, que hay que excluir la "agon" como opción. Nos quedamos sólo con la "mafia" o el "gulag".

W: ¿Está usted diciendo que, por lo tanto, una verdadera revolución conservadora no es posible? ¿Hay ahora en Alemania algo que pudiera llamarse un movimiento conservador auténtico?

M: Al principio, justo después de la guerra, teníamos un cierto tipo de conservadurismo. En esencia, tenía dos objetivos: en primer lugar, ser el enemigo número uno del comunismo, y en segundo lugar, estar aliado con Estados Unidos. También tuvo sus orígenes en dos formas de conservadurismo. Uno de ellos era burkiano [después de Edmund Burke], lo que he llamado Gärtner-Konservatismus (conservadurismo jardinero), es decir, que simplemente presta asistencia al cultivo y la restauración de la sociedad como si se tratara de un jardinero. El otro es el "conservadurismo humilde" de las iglesias cristianas. Estos fueron los únicos tipos de conservadurismo permitidos por los estadounidenses. Después de todo, ellos fueron los que repartieron los chocolates y el oeste de Alemania quería precisamente

eso. Lo que toda la población no quería era el comunismo.

Por fin, esto comenzó a cambiar, sobre todo con la publicación en 1969 del libro *Moral und Hypermoral* de Arnold Gehlen. Este libro abrió el camino a un conservadurismo real. Gehlen empleó el término "conservadurismo", que no me gusta porque no implica más que querer aferrarse a algo del pasado. La mayor parte del tiempo, "conservadurismo" se usa para referirse a las cosas más triviales y estúpidas. En cualquier caso, un año después del libro de Gehlen se inició la publicación de la revista *Criticon*. La primera edición fue dedicada a Gehlen y sus ideas.

Y luego estaba la "generación de la guerra". No me refiero aquí a los "viejos nazis", sino más bien a una segunda generación que ya no creía en la idea romántica de principios del nacional-socialismo revolucionario. En 1942, todos los "viejos nazis", efectivamente, se habían ido. En Berlín, por aquel entonces, todos los cargos en el gobierno estaban en manos de jóvenes tecnócratas: la "segunda generación" de los nacionalsocialistas. Ellos no estaban interesados en las historias de lucha del partido por el poder, o en la lucha contra el comunismo.

Y esta generación - los miembros de los cuales conocí en 1942 en los ministerios del gobierno en Berlín- se encontraban en torno a la edad de 30 años. Un buen ejemplo de este tipo es Helmut Schmidt, quien eventualmente se convirtió en líder del Partido Social Demócrata y luego canciller. Es muy típico de esta generación que llevó a cabo la guerra: en los últimos años de guerra jugaron un papel importante en las agencias del gobierno y en las organizaciones del Partido Nacional Socialista. Eran en gran medida un grupo de "supervivientes".

W: ¿Así que ellos fueron la primera "nueva" clase?

M: Si. Esta fue la primera "nueva clase". La mayoría de los cuales aceptó la ideología de los aliados occidentales, ya que se dijeron a sí mismos y a los demás: "Hemos

perdido la guerra, ahora por lo menos tenemos que ganar la paz." He trabajado durante 24 años en la empresa Siemens con gente de este tipo. Traté de animarlos a luchar contra la regimentación del gobierno. Pero ellos respondieron: "Usted puede hacer eso, usted es suizo. Nosotros, sin embargo, tienen que confiar en el sistema para apreciar las posibilidades de la vida dentro de esta economía y la sociedad."

Ellos no tienen que desarrollar una economía liberal de mercado o libre, por supuesto, porque Hitler era lo suficientemente inteligente como para no socializar o nacionalizar la economía. Él había dicho: "Voy a socializar los corazones, pero no la fábrica." Y los miembros de esta "nueva generación" sentían que no había tiempo para pensar en ser individualistas: "Debemos trabajar. Perdimos la guerra, por lo menos tenemos que ganar esta lucha".

Ellos son completamente diferentes de sus hijos. A esta nueva generación, que ahora está entre los 40 y 60 años, puede llamarla la generación del "desempleo": demasiado joven para servir en el ejército de Hitler y demasiado viejo para servir en el ejército de Bonn. Bien educados, sólo buscaban trabajar en una sociedad liberal e industrial, y después irse de vacaciones a la Toscana. Ellos querían el dinero para sí mismos, no aceptando ninguna responsabilidad social. No pensaban en sacrificar su sangre en guerras decididas por los americanos o los rusos. En su juventud eran maoístas, pero no en serio; así, después de todo, ellos quieren vivir cómodamente. Ellos no quieren trabajar duro, como los asiáticos. Desdeñándolo como una meta, declaraban: "Nuestros padres y madres tenían que trabajar demasiado." Ellos querían una vida más fácil, y lo lograron. El dinero estaba allí, y las grandes cuestiones políticas las establecieron para ellos los estadounidenses. Así que estos eran los "ayudantes voluntarios" -los "Hiwis" o *Hilfswilligen*- de los americanos.

Los jóvenes socialistas de esta generación rechazan la idea de la responsabilidad nacional y social. Consideran la idea de que los hombres tienen que trabajar, y que hay que ayudar a los demás, pero como una idea secundaria y no muy importante dirigida a las personas de mayor edad. Estos son los hijos y las hijas de las personas de mi generación. Esto es, en gran parte, una generación destruida y perdida.

Admiro mucho a la "generación de la guerra" porque tenían un sentido de responsabilidad y, además, no mentían. No se hizo por boca de lo trivial y trillado de las viejas consignas políticas del liberalismo, porque eran demasiado serios como para hacer esto. Ellos sabían en sus corazones que este paraíso de la Alemana no sería viable.

Pero ahora tenemos una generación en el poder que no es capaz de conducir la política seria. Ellos no están dispuestos a luchar, cuando sea necesario, por los principios. Por lo general, sólo piensan en tener buenas estancias en Italia o en el Caribe. Mientras que la generación que se encuentra entre las edades de 40 y 60 años siga en el poder no habrá malos tiempos para Alemania.

La generación que está entrando ahora es mejor porque son los hijos e hijas de la sociedad permisiva. Ellos saben que el dinero no lo es todo, que el dinero no representa una verdadera seguridad. Y tienen ideas. Permítanme darles mi descripción de esta generación.

Durante 20 años la gente como yo estaba "fuera de onda" y difícilmente eran noticia. Pero en los últimos seis o siete años, los jóvenes han venido a mí. Ellos quieren conocer y hablar con el "viejo", me prefieren a sus padres, a quienes consideran demasiado blandos y carentes de principios. Desde hace más de cien años, la provincia de Sajonia -ubicada en la era de la posguerra en la comunista "República Democrática Alemana"- produjo los mejores trabajadores de Alemania. Desde 1945, sin embargo, se han perdido. La situación es un poco como Irlanda. Del mismo modo, según se dice,

que lo mejor de los irlandeses emigró a los Estados Unidos, lo mismo hizo la mejor gente de la RDA: emigrar a Alemania Occidental. Después de 1945, la República Democrática Alemana perdió tres millones de personas. Con pocas excepciones, eran los más capaces y ambiciosos. Esto no incluye a los pintores de Sajonia, que son mucho mejor que sus homólogos alemanes occidentales (Bellas Artes es uno de mis placeres especiales). Por otra parte, muchos de los mejores que se quedaron tomaron posiciones en la Stasi [la policía secreta de la antigua RDA]. Esto se debía a que la Stasi proporcionaba oportunidades para aquellos que no querían emigrar a la Alemania occidental y hacer algo profesionalmente desafiante. En una dictadura, una regla para recordar es que usted siempre debe ir al centro del poder.

Recientemente, en una entrevista con el periódico alemán Junge Freiheit, me dijeron que los juicios de los exfuncionarios de la Stasi son estúpidos y que debería haber una amnistía general para todos los extrabajadores de la Stasi. Debemos construir con las personas mejores y más talentosas de la otra parte -de los sobrevivientes del antiguo régimen- y no con estos artistas, la policía, los estúpidos y los ideólogos.

W: ¿Hay alguna expresión viable de la "revolución conservadora" en la política alemana de hoy en día?

M: Ya sabes, soy amigo de Franz Schönhuber [el líder del partido Republikaner], y me gusta mucho. Nos hicimos amigos cuando él era todavía un hombre de izquierdas. Tiene un temperamento típico de Baviera, con sus lados buenos y malos. Y él dice, "sabes, ya es demasiado tarde para mí, debería haber comenzado diez años antes". Él es un buen hombre, pero no sé si tiene el talento necesario de un líder de la oposición política efectiva. Además, tiene un defecto importante. Hitler poseía un don extraordinario para la elección de hombres capaces que podrían trabajar con diligencia para él: organización, discursos -lo que fuera necesario- podrían llevarlo a cabo. En

el caso de Schönhuber, sin embargo, le resulta prácticamente imposible delegar nada. Él no sabe cómo evaluar el talento y encontrar gente buena entre el personal.

Por lo tanto, el partido Republikaner existe casi por accidente y porque no hay sentimiento de protesta en el país. El talento más destacado de Schönhuber es su capacidad para hablar extemporáneamente. Sus discursos son de gran alcance y pueden generar una gran cantidad de respuestas. Sin embargo, él simplemente no sabe cómo organizar, y está siempre temeroso de ser depuesto de su partido. Otra gran debilidad es su edad, que ahora es de 70 años.

W: ¿Qué piensa usted de Rolf Schlierer, el posible y aparente heredero de 40 años de edad de Schönhuber?

M: Sí, él es inteligente. Él entiende claramente algo acerca de la política, pero no puede hablar con las personas, los constituyentes de este partido. Es demasiado intelectual en su enfoque y en sus discursos. A menudo se refiere a Hegel, por ejemplo. En términos políticos prácticos, el tiempo de los teóricos se ha desvanecido. Y se ve que es un poco dandy. Éstas no son las cualidades requeridas para el líder de un partido populista. Irónicamente, muchas de las nuevas personas que eran activas en la política local de Alemania Oriental han pasado al Republikaner porque la gente de la antigua RDA tiende a ser más nacionalista que los alemanes occidentales.

W: ¿Qué pasa con el futuro de Europa y el papel de Alemania?

M: Yo no creo que las dos generaciones que he descrito sean lo suficientemente inteligentes para ser un rival para el francés y el inglés, que juegan su partido contra Alemania. Aunque me gusta Kohl, y yo le acreditaría para lograr la unificación alemana, lo que creo que quiere más sinceramente es una Alemania en Europa, no una nación alemana. Su educación ha hecho su trabajo. Me temo que la Europa que se está construyendo se regirá por los franceses, y que ellos dominarán a los

alemanes. Los ingleses son, al lado de los franceses, los más astutos políticamente.

W: Eso es todo lo contrario de la percepción en Estados Unidos, donde se expresa mucha preocupación por la dominación alemana de Europa. Y sin embargo, usted piensa que el francés y el inglés serán los predominantes?

M: Hasta ahora, no lo han hecho. Kohl espera, por supuesto, poder mantener el poder por ser el mejor aliado posible de los Estados Unidos, pero eso no es suficiente.

W: ¿Cree usted que la influencia de América sobre la identidad alemana sigue siendo importante, o está disminuyendo?

M: Sí, todavía es importante, tanto de forma directa como indirectamente a través del proceso de "re-educación", que ha formado a los alemanes más de lo que había temido. ¿Dónde se han ido las cualidades especiales de los alemanes? La actual generación en el poder, quiere ser, para usar una expresión en inglés, "el cariño de todo el mundo," sobre todo para ser el niño mimado de los Estados Unidos.

A los de la próxima generación no les gusta que sus padres, a quienes ven tan suaves y carentes de dignidad, estén con los estadounidenses. Pero en general, creo que los jóvenes alemanes tampoco están personalmente en contra de los estadounidenses. Ellos están mejor con los estadounidenses que con el inglés o el francés. En esto yo no soy tan anti-estadounidense como Alain de Benoist. El "american way of life" es ahora una parte de nosotros. Y por ello sólo podemos culparnos a nosotros mismos.

Por mi parte, veo una gran afinidad entre Alemania y América. Cuando yo estaba visitando a una familia en Chicago hace unos años, me sentí como en casa, incluso tratábase de una familia patricia, y yo soy de la clase media baja. Me sentí algo. Por ejemplo, si yo fuera a tener un accidente, preferiría que se produjera en las calles de Chicago y no en París o Londres. Creo que los estadounidenses estarían más dispuestos a ayudarme que la gente en Francia o Inglaterra.

Durante mis viajes en los Estados Unidos me encontré con muchos taxistas, que eran muy amables cuando creían que yo era de Alemania. Pero cuando les decía que soy suizo no respondían de esta manera positiva. En el caso de los conductores de taxis negros, siempre hay el mismo escenario, cuando conversan con los alemanes. Ellos dicen: "nos tratan como seres humanos cuando estábamos allí."

Algunos hablan de los campos de la muerte en el Rin para prisioneros alemanes dirigidos por Eisenhower, donde los soldados estadounidenses tenían órdenes de no dar agua ni comida a los alemanes. Sin embargo, los negros les dieron agua, diciéndoles a los soldados alemanes: "Estamos en la misma situación que tu."

W: ¿Usted está diciendo que hay una camaradería entre las víctimas?

M: Si.

W: ¿Cómo es posible deshacerse de este dominio, esta ocupación cultural, por así decirlo?

M: Yo tenía la idea de que debíamos tener una emigración –como la que los irlandeses han tenido– para los alemanes más espontánea. He escrito en tres ocasiones diferentes sobre Irlanda en Criticon.

No era justo por mi parte ser juez de Irlanda durante esa primera visita, porque yo no conocía la historia del país. Entonces sacaron el tema de la lucha de 800 años de los irlandeses contra el inglés. Me basé en el mejor estudio disponible, escrito por un judío alemán, Moritz Julius Bonn. Un archivero de la Universidad de Dublín había dado acceso a Bonn a todos los documentos sobre la colonización inglesa de Irlanda.

En mi segundo artículo en Criticon puse a Irlanda como un ejemplo para los alemanes de cómo luchar por su independencia. Me dijeron que era una guerra de 800 años contra el inglés y, por fin, ganaron. Y el genocidio inglés fue un verdadero genocidio.

Durante mi primera visita a Irlanda, sentí que había algo muy diferente, en

comparación con Alemania. El año pasado, después de dos décadas, regresé a Irlanda. Al escribir acerca de ese viaje llegué a la conclusión de que había sido engañado antes, ya que Irlanda había cambiado. Europa ha sido una influencia muy nefasta. Cada irlandés, cuando veía que yo venía de Alemania, me preguntaba: "¿votarás por Maastricht?" [en referencia al tratado de la unificación europea]. Cuando le respondí que al pueblo alemán no se le permite votar en esta materia se mostraron complacidos. Y para mí, los irlandeses parecen ahora muy desmoralizados. Hace veinte años, cuando llegué a un pequeño pueblo irlandés en Castlebar, se trataba de una pequeña y tranquila ciudad con una fábrica de coches y algunos carros y caballos. Ahora, todas las calles estaban llenas de coches, uno detrás de otro. "¿Hay alguna convención en la ciudad", pregunté. "No, no, es lo normal", fue la respuesta que recibí.

Sus montañas están llenas de ovejas. Ellos no necesitan establos para ellas porque no es necesario. A los propietarios se les paga una suma de dinero de la Unión Europea por cada oveja. Su heroica historia ha desaparecido completamente. Para los irlandeses, la próxima generación será una catástrofe.

W: Volviendo a una pregunta anterior: ¿qué nos depara el futuro para las relaciones germano-estadounidenses?

M: En una ocasión, cuando yo estaba en Estados Unidos realizando una investigación sobre el movimiento de la tecnocracia, recuerdo ser el invitado de honor en una mesa de conferencias. A mi lado estaba un prominente científico estadounidense a nivel nacional que también era profesor en una universidad de la costa oeste. También había un judío internacional prominente, una eminencia gris en materia de armamentos con una enorme influencia. Fue tratado como un rey por el rector de la universidad. Y en el otro extremo de la mesa me senté al lado de este profesor de la costa oeste, que me dijo que no le gustaba el estilo cosmopolita de la costa este. "Usted debe venir al oeste

de Estados Unidos", me dijo. "Allí no siempre va a escuchar cosas estúpidas sobre Alemania". Y agregó que en su profesión -que trabaja en los bosques- hay muchas personas que son amigos de Alemania. Así recuerdo esta confraternización entre un visitante de Alemania y un representante de la costa oeste de América.

W: ¿Está usted sugiriendo que si no fuera por la influencia de ciertas élites de poder académicas o políticas, habría un mayor reconocimiento de la compatibilidad de los valores alemanes y estadounidenses?

M: Ya ves, esta difícil relación entre los alemanes y los judíos ha tenido una enorme influencia en la opinión pública de los Estados Unidos. Para los judíos sería estúpido no tomar ventaja de esta situación mientras puedan, porque creo que la influencia judía en Estados Unidos está disminuyendo. Incluso con todos los museos del Holocausto, su posición es cada vez más difícil. Esto es en parte debido al movimiento de la "multiculturalidad" en los Estados Unidos. En realidad, los alemanes y los judíos son parecidos: cuando están en el poder se exceden en su ejercicio. Los nuevos líderes de cada grupo parecen reconocer que esto es peligroso.

Finalmente, el Dr. Mohler también habló sobre la *Historikerstreit* ["disputa de los historiadores"], que él ve como un hito fundamental en el camino para permitir a los alemanes considerar su propia identidad de una manera positiva.

En lo que respecta a la evolución en Alemania, Mohler explicó que habla como un extraño, un insider, como alguien nacido y criado en Suiza, pero que reside en Alemania durante la mayor parte de su vida adulta. "Con los alemanes", dijo, "nunca se sabe exactamente lo que van a hacer al día siguiente". Pero pueden llegar a verse involucrados en lo que parece ser verdadero en el momento en que piensan que las cosas van a durar una eternidad. En un comentario final, el Dr. Mohler declara con humor irónico: "En política todo puede cambiar y las personalidades del momento pueden olvidarse fácilmente."

La Revolución Conservadora

Keith Bullivant

Todo intento de abordar seriamente el estudio de la Revolución Conservadora, como habitualmente se denomina a la principal corriente de pensamiento conservador en la Alemania de Weimar, se ve inmediatamente complicado por el problema de la definición ya sugerido por la aparente contradicción inherente al propio término. Además, el análisis del fenómeno se hace adicionalmente difícil por el hecho de que nos estamos ocupando de algo que no se consideró una ideología como tal, ni una filosofía política o cultural, sino más bien como una actitud o creencia que no se puede expresar adecuadamente en palabras; de hecho, existe una dimensión importante en la Revolución Conservadora que afecta al lenguaje conceptual planteando serias reservas. Un sentido del significado del término surge en la formulación de Thomas Mann a su *Russische Anthologie* (Antología Rusa), donde fue utilizado por primera vez. Mann habla de una "síntesis... de ilustración y fe, de libertad y obligación, de espíritu y cuerpo, dios y mundo, de sensualidad y atención crítica... de conservadurismo y revolución".

La interpretación general de la Revolución Conservadora en la época de postguerra fue aportada en lo esencial, hasta muy recientemente, por la obra *Die Konservative Revolution in Deutschland 1918-1932* de Armin Mohler, quien la entendía como "el movimiento espiritual de regeneración que trataba de desvanecer las ruinas del siglo XIX y crear un nuevo orden de vida". Cuestionaba los fundamentos del mundo que surgió de la Revolución Francesa, considerado como creyente en "el progreso continuo, que sometía todas las cosas, relaciones y hechos a la interpretación del intelecto, y que

trataba de aislar todas las cosas unas de otras y comprenderlas por sí mismas". Mientras que el relativamente reciente estudio de Karl Prümmer sobre la Revolución Conservadora *Die Literatur des soldatischen Nationalismus* contempla las ideas de Mohler de manera más bien burlesca, muchas de las opiniones sustentadas durante la República de Weimar tienden a respaldar el punto de vista de éste. Así, el ensayo de Hofmannsthal "Europa", contempla la obra de los que llama los "investigadores" como una participación en el proceso de restauración creativa, en el sentido de superar lo que *Das Schrifttum als geistiger Raum der Nation* (La escritura como dominio espiritual de la nación) -la obra responsable en último término de la introducción de la expresión- llama la "terrible experiencia del siglo XIX"; y Moeller van den Bruck habla en *Das Dritte Reich* (El Tercer Reich) del colapso de la cultura alemana en el mismo período. Edgar J. Jung, uno de los principales conservadores revolucionarios, declara que la Revolución "será fundamentalmente opuesta a los métodos de evaluación y formas sociales del mundo liberal que se constituyó en 1789", mientras que Hans Freyer en *Die Revolution von Rechts* (La revolución de la derecha) considera que "barrerá los restos del siglo XIX". Yo tendería a seguir el punto de vista de Mohler de que los que poderíamos considerar como pertenecientes a la Revolución Conservadora tomaron como punto de partida una oposición al mundo liberal y democrático del siglo pasado, considerando a la Alemania guillermiana como la manifestación más filistea y banal de dicho mundo.

Para muchos que más tarde se aproximaron a la órbita de la Revolución Conservadora, el estallido de la guerra de 1914 fue decisivo. Súbitamente se sentía que se había trascendido las banalidades y despropósitos de la Alemania guillermiana. Para los de la oposición espiritual, la guerra era un "purgatorio cuyo fuego consumiría todo lo dudoso y falso", en frase de Boehm en *Ruf der jungen* (La

llamada de la juventud), "el ocaso de la vieja generación y el alba de los jóvenes". Esto era particularmente cierto por lo que respecta a la generación nacida entre 1885 y 1905, que proporcionó una gran cantidad de voluntarios en 1914, los cuales esperaban hallar en el frente una vida que, libre de las limitaciones de la sociedad que odiaban, guardase las semillas de una existencia nueva y con más sentido. Ésta era, por supuesto, la generación que pereció por cientos de millares en el frente occidental; pero, para los que sobrevivieron, la experiencia de la guerra iba a tener una importancia seminal. Ernst Jünger, por ejemplo, describía su "nacionalismo revolucionario" como "una nueva relación con lo elemental y con la tierra, engendrada de nuevo por el fuego del bombardeo y enriquecida por ríos de sangre". Para Friedrich Hielscher en *Das Reich* (1931), la Primera Guerra Mundial fue "un tiempo de promesa, de que nacería una casta de hombres a quienes la tierra estaría sometida y todos los seres subordinados", en tanto que Max Boehm concebía "el hombre del frente como el símbolo y la fuerza creativa de nuestra nueva realidad". Y además era crucial continuar "el trabajo interrumpido de millones de personas en "el frente occidental espiritual que pervive". Thomas Mann y Ernst Robert Curtius, cuyas relaciones con la Revolución Conservadora no están exentas de problemas, vieron igualmente -en los años veinte y treinta- en el estallido de la guerra la representación de la ruptura con un mundo estéril, que había estado llena de promesas y que encarnaba un loable deseo de innovación creativa. Otros, en una veta similar de pensamiento, creían que la derrota de Alemania y la posterior confusión de los inmediatos años de posguerra fueron un mágico interregno que marcó el auténtico final de la Alemania guillermiana y el inicio de una nueva era.

Otra manera de dilucidar el sentido de la Revolución Conservadora es a través de la autoconciencia de quienes pertenecían a ella de no ser meramente conservadores. Se esmeraban en distanciarse de los grupos

existentes y de ideas como “el viejo conservadurismo” o “los reaccionarios”, ya que todos ellos asumían que “todo lo que necesitamos es restaurar lo antiguo”. La preocupación central de nuestro grupo era “combinar las ideas revolucionarias con las conservadoras” e “impulsarlas de un modo revolucionario-conservador hasta el punto en que podamos volver a vivir” (Moeller). Observamos en tales formulaciones un distanciamiento tanto de lo reaccionario como de lo revolucionario; lo uno y lo otro representan extremos indeseables. Lo conservador revolucionario permanece en cambio, según Moeller van den Bruck, “en el término medio de las cosas, mira simultáneamente hacia delante y hacia atrás”. La senda hacia el Tercer Reich discurre por la vía “tercera” o “intermedia” entre los extremos. Es aquí, entre otros lugares, donde surge lo que se ha de calificar como mínimo de proximidad de Thomas Mann a las ideas de la Revolución Conservadora. No sólo conceptúa, en *Von deutscher Republik* (De la República alemana, 1922) sus *Betrachtungen eines Unpolitischen* (Consideraciones de un apolítico) como “conservadoras, no al servicio del pasado y de la reacción sino al servicio del futuro”, sino que todavía en 1938, ya naturalmente ansioso de distanciarse de los que coqueteaban con el nacional-socialismo, sus formulaciones continúan revelando cuán cercanas están sus posiciones en este aspecto a la Revolución Conservadora. En *Vom kommenden Sieg der Demokratie* (La victoria venidera de la democracia) se esfuerza en explicar que su “exigencia revolucionaria” de democracia social no se debía malinterpretar, pues “el aspecto revolucionario se ha de considerar en términos relativos; es realmente conservador en su naturaleza, ya que su objetivo es preservar nuestra tradición cultural”. La idea de la “vía intermedia” tiene asimismo, como veremos, un carácter central en el pensamiento de Mann.

Karl Prümm alega que Mohler ignora el papel político de la Revolución Conservadora en la República de Weimar, concentrándose excesivamente en sus

aspectos espirituales e intelectuales. Las relaciones en su conjunto de los revolucionarios conservadores con la política práctica son en efecto más problemáticas, y una vez más las declaraciones coetáneas tienden a respaldar a Mohler más que a Prümm. *El Tercer Reich* de Moeller van den Bruck demuestra con bastante claridad cómo la revolución venidera era considerada esencialmente en términos espirituales más que políticos. Quienes comparten la postura de Moeller “reconocen un proceso espiritual que opera detrás de la revolución, un proceso que la acompaña, en el cual se transforma, o del cual emana”. Su auténtica preocupación es “conmover el nivel espiritual de los puntos de vista políticos” y “destruir los partidos a fuerza de nuestra *Weltanschauung*”. Edgar J. Jung alegaba en *Die Herrschaft der Minderwertigen* (El predominio de los inferiores) que “una cabeza con una idea real vale más que cien ceremonias de jura de bandera”, ya que lo que estaba en juego era una “revolución espiritual”. Para Ernst Jünger eso significaba “la eternidad del Reich”, que trascendía “la Alemania de ayer, de hoy y de mañana”, en realidad todas sus manifestaciones temporales”.

Otra importante dimensión de la Revolución Conservadora, que tuvo un profundo efecto en sus relaciones con la política, provenía del área de pensamiento conocida como *Lebensphilosophie*. Así, para Moeller la revolución venidera representa “la irrupción de una autoconocimiento espiritual transformado y de una autoconciencia concomitante”. La revolución comienza por “la completa reconquista del hombre” (Freyer), no por el esbozo de un programa de partido. Lo crucial es “llegar a ser nosotros mismos” (Hofmannsthal), “retornar a los moldes de la verdadera humanidad” (Jung). “Todo debe renacer de sí mismo y alcanzar así una nueva validación; la revolución significa una “transformación de sí mismo y en consecuencia del mundo” (Hofmannsthal). Tales ideas, así como el constante y enfático acento puesto sobre ellas en los escritos de los revolucionarios

conservadores, sólo podían significar que un programa práctico y la organización de la actividad de grupo eran, en el mejor de los casos, de una importancia secundaria.

De ello se sigue que toda tentativa de subdividir en grupos el conjunto de personas que asociamos con la Revolución Conservadora no está exente de controversia, pero en cambio nos ayuda a trazar un cuadro de su panorama. Mohler identificaba cinco categorías principales, a saber:

- i) los pensadores “völkisch”;
- ii) los “jóvenes conservadores, tales como Oswald Spengler, el joven Thomas Mann, Van den Bruck, Heinrich von Gleichen y el “Juni Club” en el que eran de particular importancia Edgar J. Jung y Franz Mariaux;
- iii) los “nacional-revolucionarios” o “nacionalistas militares”, representados por los hermanos Jünger y los que enfatizaban la experiencia del frente occidental;
- iv) el movimiento de la juventud (*die Bündischen*), influenciado, a los ojos de Mohler, por *Stern des Bundes* de Stefan George, *Der Wanderer zwischen zwei Welten* de Walter Flex, y los escritos de Hans Blüher;
- v) el movimiento “*Landvolk*”.

Kurt Sontheimer, por otra parte, contempla a la Revolución Conservadora tan sólo como una parte del pensamiento antidemocrático de la República de Weimar, que incluye al *Deutsch-Nationalismus*, al nacionalismo revolucionario, al nacional-bolchevismo, a las ideas *deutsch-völkisch* y al nacional-socialismo. Hans-Joachim Schwierskott, en su análisis de Moeller van den Bruck y el nacionalismo revolucionario, rechaza el propio término de Revolución Conservadora por “absurdo”, prefiriendo el de Joven Conservadurismo en el sentido de la categoría (ii) de Mohler, mientras que Karl Prümm parte de que ese grupo no se incluye realmente en la Revolución Conservadora, cuyo exponente originario

él ve en los hermanos Jünger y el círculo *Die Tat*. El problema de todos estos intentos de entender la Revolución Conservadora en términos de grupos es que éstos no se corresponden con la conciencia de serlo por parte de los implicados, como ya he tratado de exponer anteriormente. Lo importante no era la forma organizativa, sino la actitud básica. Además, el establecimiento de líneas rígidas de demarcación conduce a la distorsión y a la exclusión de aquellos que se hallaban en la zona periférica. En cambio, si tomamos tales categorizaciones como tipos ideales weberianos, como un instrumento que coadyuve a nuestra comprensión del fenómeno y que no se haya de ajustar necesariamente a la realidad, ofrecen un modelo razonable del a constelación de ideas que redundan en la configuración de la Revolución Conservadora. Sujetos a tales limitaciones, yo la entendería como constituida esencialmente por tres direcciones principales de pensamiento: los nacional-revolucionarios, los jóvenes conservadores y el movimiento de la juventud. Al mismo tiempo, cabría subrayar ciertas actitudes básicas como elementos constitutivos importantes de muchos aspectos del pensamiento conservador revolucionario: el cuestionamiento de la supremacía de la racionalidad, el rechazo de la actividad política de partido, la preferencia de un *Volksstaat* autoritario y jerárquico a la democracia, así como el distanciamiento respecto al “viejo conservadurismo”, y el énfasis de la experiencia de la guerra ya mencionado. Por encima de estas actitudes, que no habrán de estar necesariamente presentes en todas y cada una de las ramificaciones del pensamiento conservador revolucionario, se halla el sentimiento de una necesidad de barrer el inadecuado presente como medio recuperar el contacto con una vida basada en los valores eternos.

Es en este punto más que en ningún otro donde la Revolución Conservadora difiere del a vieja “reaccionaria” forma de conservadurismo. En tanto que los partidarios de esta última suspiraban por

la restauración del antiguo estado dinástico, el nuevo movimiento centraba su preocupación en el logro de un *Volsgemeinschaft* que habría de romper los moldes, como ahora se dice, de las formas políticas y sociales establecidas. Fue por esta razón, más que por otras de puro nacionalismo, por lo que el estallido de la Primera Guerra Mundial fue bienvenido; de hecho, como dice Mohler, una victoria alemana en 1918 se habría asimilado como una derrota en el campo conservador revolucionario. La caída de la monarquía, la revolución de 1918-19 y los años inciertos de la primera parte de la República de Weimar apuntaban hacia una predisposición a la radical transformación de la sociedad alemana en un futuro próximo. Al otro lado del espectro político, estaba el ejemplo del gran éxito de la revolución rusa de octubre y había, de hecho, una corriente de pensamiento que soñaba con una alianza con la Unión Soviética contra el occidente capitalista. El denominado “nacional-bolchevismo” adquiría relevancia sobre todo en los momentos de crisis social, económica o nacional, particularmente intensa, tales como 1918-19, 1923 o alrededor de 1930. Un anticapitalismo declaradamente romántico constituía el terreno común del área de la Revolución Conservadora conocida como “socialismo alemán” –que es también un rasgo de los escritos de Thomas Mann- y la Unión Soviética. La diferencia fundamental entre ambas era que, al igual que en *La revolución de la derecha* (1931) de Hans Freyer, en la primera se consideraba que la revolución no era llevada a cabo por el proletariado revolucionario sino por el “profundamente revolucionario” Volk. Una posición similar fue adoptada por Thomas Mann en su *Rede vor Arbeitern in Wien* (Alocución a los trabajadores en Viena) de 1932.

En el “nihilismo alemán”, por otra parte, la fuerza revolucionaria que destruirá la sociedad existente no es considerada como una ideología ni como una lucha militar. Se da en esta órbita un cuestionamiento básico de la presuntuosa idea de que los seres humanos tienen una

naturaleza domesticada; quienes creen en el progreso se engañan: un día la naturaleza golpeará produciendo un caos creativo, una noche de la que nacerá un nuevo mundo. Erns Jünger, en *Das abenteuerliche Herz* (El corazón aventurero), expresa la creencia en “la destrucción incondicional que se transformará en la creación incondicional”. Este nihilismo se consideraba a sí mismocomo una heroica declaración de guerra a la banal seguridad del mundo burgués, una voluntad de aceptar la “anarquía productiva” (Hofmannsthal) como derivada de un mundo estéril que se ha de aceptar estoicamente. Íntimamente vinculado a este pensamiento de una revolución “natural” se halla el rechazo de un concepto lineal de la historia y de la creencia en un progreso constante. La Revolución Conservadora tiende más bien hacia una concepción cíclica de la historia en la que la revolución venidera no sería en modo alguno inducida por la acción o el pensamiento humanos, sino por la reforma natural de lo existente y de lo pasado en un nuevo y significativo modelo. Gran parte de ello está próximo a la idea de Nietzsche del “eterno retorno”, y por lo tanto no es sorprendente que muchos contemplarán la república de Weimar como un “tiempo muerto” que había que soportar. Se trata de una concepción fatalista de la historia, pero en absoluto pasiva: “ser miembro del Reich significa estar poseído por la fuerza creativa que despierta la nueva vida eterna, y tomar parte en los dolores del parto y en el arrobamiento de renacer; es ser al mismo tiempo llama y mariposa (Hörscher, *Das Reich*).

Así pues, hacía falta coraje para existir en la “Alemania secreta” que esperaba que el tiempo pasase, hasta que lo que tenía que morir fuese desechado. Formar parte de la Revolución Conservadora tenía que ser una fe heroica en un orden mundial eterno, una visión de la historia que ofreciese a la humanidad tan sólo el sentimiento de que el momento, como parte de ese orden mayor, tiene una cierta permanencia, y que no ofreciese en modo alguno consuelo a título de conocimiento

respecto al tiempo de la próxima fase significativa de la historia.

A pesar de la ineficacia del esfuerzo humano que parecería seguirse de esa visión fatalista de la historia, los conservadores revolucionarios creían tener una misión histórica potencialmente decisiva. Consideraban que los principios antitéticos de conservadurismo y revolución producían una profunda división en el seno de la nación, en tanto que su idea de la historia haría posible una síntesis que erradicaría toda polarización que representaba la “tercera vía”. El conservador revolucionario

“vive con la conciencia de que la historia es un legado, una majestuosa transferencia y una suma de todo lo que las personas llevan desde el pasado hacia el futuro. Pero ese legado ha de ganarse una y otra vez, y hacia él se encamina la unidad de la gran trinidad de la que ya conocemos el pasado y el presente; mientras que el futuro lo hemos de dotar de contenido, cada cual a su tiempo, y lo hemos de enriquecer con nuestro sueño del mismo (Moeller, *Das Dritte Reich*).

La síntesis de pasado y presente, de conservadurismo y revolución, era la tercera vía a la unidad de la nación; era también sinónimo del concepto propio de *Así habló Zaratustra* de Nietzsche, del “intermedio” y de la imagen misticorreliosa del “Tercer Reich”. Esta búsqueda de la síntesis ideal es uno de los rasgos más prominentes de la Revolución Conservadora, y es aquí donde también podemos observar la proximidad de Thomas Mann a la misma, puesto que todos sus ensayos y discursos de los años veinte y primeros treinta están marcados por el mismo empeño.

Uno de los muchos ejemplos que se pueden tomar de esta clase de pensamiento es *Ta a Ri* (= Conservador) de Georg Quabbe de 1927, que estaba dedicado –lo cual es bastante interesante– a la “memoria del Hombre Apolítico”. El punto de partida de esta obra es la total negación del concepto de progreso: mientras los que suscribían esta noción creían “que una

intensificación de todos los valores es posible por la mano del hombre”, los que pensaban como Quabbe se alineaban con la idea de que “la suma de la felicidad terrenal permanece constante”. Quabbe observaba los “valores como existentes dentro de un ciclo de nacimiento, concepción y muerte ... No se puede negar que exista progreso en ciertas áreas, pero una visión general demuestra que está contrarrestado por una regresión en otras partes”. Eso concuerda con lo que Ernst Jünger llamaba el “realismo heroico” del concepto histórico de la Revolución Conservadora que es fundamental en la idea de la “vía intermedia” (Mitte), que se ubica en el campo de fuerza de dos conjuntos de valores opuestos (*Antinomien*) –por una parte los conservadores, por otra los revolucionarios– que son exponentes de las principales áreas de la actividad humana. Para Quabbe, los más importantes de ellos son:

Conservadores	Revolucionarios
Ciclo	Progreso
Vida	Verdad
Orden superior	Esfuerzo humano
Orden autónomo	Intervención del Estado
El conjunto	El individuo
Lo irracional	Lo racional
Autoridad	Libertad
Ley histórica	Leyes escritas

De nuevo constatamos aquí la similitud con el pensamiento de Thomas Mann y particularmente con su ensayo *Die Bäume im Garten* (Los árboles en el jardín) donde expuso sus “contrarios del mundo”, extrañamente próximos a los de Quabbe, y que incluyen: pasado/presente, muerte/vida, espíritu/intelecto, emociones/razón, sumisión/voluntad humana, obligación/libertad, e individuo/política. Al pensar así, la persona de una sola cara se indentifica con

uno u otro conjunto de valores, mientras que el “término medio de oro”, la “vía intermedia” que sigue las auténticas leyes de la naturaleza, se ubica entre ambos polos.

De modo que el conservador revolucionario es el que trata de restaurar el equilibrio entre los contrarios cuando éste se ha perdido; el que, como Thomas Mann expresa en *Die Wiedergeburt der Anständigkeit* (El renacimiento de la decadencia, 1931), “se pasa al otro lado del bote sobrecargado por un solo lado”. Sin embargo, a pesar de tales paralelismos con áreas enteras del pensamiento conservador revolucionario, la mayoría de comentaristas del fenómeno o bien consideran como parte de él solamente las *Consideraciones de un apolítico*, como es el caso de Armin Mohler, o bien que Mann está en realidad fuera del mismo a causa de su “republicanismo”, como ocurre con Karl Prümm. La actitud de Mann para con la República, y de hecho para con el socialismo, como he tratado de demostrar en otras partes, no sólo es mucho más compleja de lo que puedan dar a entender las etiquetas, y todo el corpus de sus ensayos y conferencias de la época está impregnado de la idea de su afán por hallar y promover la “vía intermedia”; sino que además su postura es claramente diferente de la de aquellos que reunciaron por completo al estado o los que trabajaron por su derrocamiento. Hermann Rudolph, en su estudio de la Revolución Conservadora, acierta al dividirla, por lo que a la actitud hacia la República de Weimar se refiere, en una ala “leal” y otra “radical” en correspondencia *grosso modo* con la generación de los implicados. La generación mayor, sobre todo Mann, Ernst Troeltsch y Friedrich Meinecke, se convenció, a pesar de su escepticismo inicial, de que era posible alcanzar la vía intermedia trabajando por medio de, y con, la República; o al menos con lo que ellos entendían por tal.

En el caso de Thomas Mann habría que añadir que desde muy pronto fue consciente de la amenaza que los nacional-socialistas significaban para sus fines y

que, al hacerse cada vez más patente que la República tal cual era no neutralizaría ese peligro, afirmó su confianza en su propia idea del socialismo como medio de alcanzar la síntesis ideal. La generación más joven de conservadores revolucionarios, en cambio, nunca se adaptaría a la institución del estado de Weimar y o bien trabajó en su contra, debido a su proximidad a aquellos miembros de la derecha nacional que pugnaban por derribarla, o se mantuvo al margen de la palestra política. No obstante, incluso esta última alternativa se concebía siempre como una forma de oposición: “Aquellos que atacan a nuestros actuales dirigentes, los fortalecen. Quienes los dejan solos, los entregan al suicidio. Es parte del servicio al futuro abandonar el presente a su propia suerte” (Hielscher). Otro rasgo de la actitud de muchos conservadores revolucionarios para con la esfera de la política era que, aunque sería erróneo decir que entronizaron el irracionalismo, compartían la idea –y eso, como hemos visto, era parte integrante de su visión de la historia– de que había que cuestionar la confianza general en la fuerza de la razón. Atacaban sobre todo a un racionalismo que trataba de condenar “a todo lo viviente a ser parte en un mecanismo lógico”. El acento que se ponía en algunos temas derivados de la *Lebensphilosophie* o la importancia conferida a las fuerzas vitalistas, indujo inevitablemente a un ataque a “aquellas tendencias críticas y analíticas que debilitan la “vida” (Ernst Jünger). Otra consecuencia inevitable fue el desprecio demostrado hacia la noción de un programa de acción; de nuevo Jünger, en su introducción a *Kampf um das Reich* (Lucha por el Reich, 1929), argumentaba que “los hombres son más importantes que los programas, porque los programas cambian, mientras los auténticos hombres son básicamente inmutables en su corazón”.

A esta luz, la Revolución Conservadora se ha de describir como un cuerpo unido por intuición más que por una organización iterna, como “un orden de células individuales, no de sociedades o

corporaciones o clubs". Todos los que participan de sus actitudes fueron "elegidos" por su reconocimiento del "total acuerdo de su voluntad con el hado" (Hielscher). Estos "adeptos" formaban una "nación de individuos... que pueden pretender ser los maestros y dirigentes" de la sociedad (Hofmannsthal). Su destino era preservar la herencia espiritual de la nación, y a través de sus actividades en el "dominio interior" de la nación se construía un consenso secreto que determinaba la vida espiritual de la misma. El afianzamiento de ese dominio interior, en el sentido de una comunidad lingüística congregada por los escritos de los "adeptos", haría posible el afianzamiento del dominio exterior -a saber: el mundo social- así como el final de la "confusión alemana" y por lo tanto la realización de la síntesis ideal revolucionaria conservadora, en la cual consistía la "verdadera nación".

Tales categorías de pensamiento revelan -y mucho más en un estudio inglés de este fenómeno- una estetización y abstracción de conceptos que normalmente tendrían unas consecuencias políticas relativamente poco ambiguas. Eso es algo típico de la Revolución Conservadora, de los ensayos y conferencias de Thomas Mann (prescindiendo por un momento de la cuestión de si perteneció o no a ella) y en realidad de gran parte del pensamiento conservador alemán del último siglo aproximadamente. Del mismo modo que esa inherente falta de especificación permitió que Mann apoyase el nacionalismo alemán, la República y luego el socialismo sin alterar en lo fundamental sus actitudes básicas, en sus ensayos y conferencias pertenecientes al exilio, así los que se hayan inequívocamente en la órbita de la Revolución Conservadora pudieron expresar lo que parecía su apoyo a una forma política sin que por ello cediese un palmo de terreno. Las definiciones de Mann de democracia o socialismo son redefiniciones de las formas políticas, pero meramente reformulaciones de sus pensamientos básicos. Del mismo modo podría parecer que Moller van den Bruck apoyase la democracia o al menos lo que él

entendía por tal, a pesar de su -habríamos de considerar- carencia básica de simpatía por ella, ya que mantenía que no era "el tipo de estado lo que hace a una nación democrática, sino la participación del pueblo en la vida del estado". Un estado no era en modo alguno determinado única o principalmente por su vida económica. Era importante considerar tales cosas "de un modo atemporal, teniendo en cuenta las facetas eternas de la naturaleza humana, las cuales determinan nuestra vida diaria así como el curso de la historia". La verdadera base de un estado es su esencia popular (*Volklichkeit*), y una de las tareas de la Revolución Conservadora es detener "el decantamiento ya sea hacia la democracia ya hacia el proletariado" de dicha esencia. . El miembro del "tercer partido", como Moeller se autodenomina, y aquellos que comparten sus puntos de vista, "emerge sobre las disputas de los partidos políticos y se orienta, distanciándose del pensamiento político que perjudicó seriamente a Alemania y a toda Europa, por todos los medios hacia el Hombre en el Alemán y el Alemán en el Hombre" (Moeller). A la luz de esa concepción de la Revolución Conservadora como fuerza que permanece al margen o por encima de la palestra de los partidos políticos, como un apolítico "tercer partido" que trabajaba con suficiente vigor en su esfera de actividad elegida, pero que consideraba la política de partidos como contraria a los intereses de la "verdadera nación", resulta muy sorprendente que su contribución a la vida política -en la acepción normal del término- de la República de Weimar fuese mínima. Edgar J. Jung mantenía de hecho que la forma real del partido político era "difícil de controlar para una organización auténticamente opositora, de hecho positivamente peligrosa". En realidad, sólo en los últimos años de la república de Weimar, cuando estaba empezando a desmembrarse, se puede identificar el impacto de las ideas provenientes de la Revolución Conservadora sobre los políticos, y particularmente el escepticismo acerca del partido político como la mejor forma de actividad política. Especialmente en los

círculos nacionalistas y en otros de carácter radical conservador, ganó terreno la noción de un gobierno de unidad nacional. Un posicionamiento similar hallamos en la publicación literaria *Die Literarische Welt* en 1930, que aducía que las agrupaciones representadas por “los actuales partidos políticos... sólo muy imprecisamente se corresponden con las auténticas agrupaciones de las filosofías políticas alemanas. Nuestra políticamente lacerada Alemania nada necesita con más urgencia que adoptar un rumbo que no sea desviado por los partidos “. Fue en ese momento y en ese clima cuando llegaron al poder tres cancilleres del Reich –Brünning, Papen y Schleicher- que en los años veinte se había relacionado con círculos próximos al *Juni Club*; y fue particularmente el gobierno nacional de Schleicher el que se consideró como un tercer partido y trató de resolver los problemas de la achacosa república desde una posición nacional, más que de partido político, que excluía a los comunistas y a los nacional-socialistas.

Aun en el caso de que la Revolución Conservadora se hubiese propuesto una influencia política –sus actitudes básicas se apartan bastante de la esfera política como he tratado de demostrar- se habría encontrado con el obstáculo fundamental de su elitismo expreso, que es también parte integrante de su pensamiento. Acertadamente habla Karl Prüm de su “desprecio por las masas” y de ideas que “sólo podrían esperar hallar un apoyo entre las clases medias altas”, expresando el distanciamiento real de las clases bajas con un lenguaje de una asombrosa erudición. Una vez más constatamos aquí similitudes con Thomas Mann, quien desde las *Consideraciones* hasta *Der kommende Sieg der Demokratie* (La victoria venidera de la democracia, 1938) subrayaba la necesidad de que la sociedad cuente con una auténtica aristocracia, y cuyos ensayos y conferencias estuvieron siempre marcados por la misma clase de lenguaje. Es aquí donde el efecto de ello surge más notablemente que en su *Rede vor Arbeitern* (Alocución a los obreros en Viena), basada en su *Goethe als Repräsentant des bürgerlichen*

Zeitalters (Goethe como representante de la era burguesa) que debió resultar incomprensible para su audiencia. El alemán de los principales escritos conservadores revolucionarios es elevado y difícil, con un nivel de abstracción que es un verdadero reflejo de lo que un *yorkshirés* podría llamar la “lejanía” de las ideas. Y ese lenguaje se hallan en flagrante contraste con otra dimensión de la Revolución Conservadora, la suspicacia para con todo lenguaje conceptual, no sólo político; es la llamada “mudez de los conservadores revolucionarios”, que representaban una “rebelión” de la sangre contra el intelecto y la doctrina” (Jung). Tenemos, pues, una auténtica paradoja por cuanto las mismas personas que proclamaban las excelencias de la “mudez” expresaban sus ideas en un lenguaje que, como parte de un elitismo deseado, era increíblemente sofisticado; aunque hay que decir que gran parte de la argumentación se expresa con unas palabras, rara vez adecuadamente traducibles, que entrañan una gran carga emocional. Sin embargo, podemos identificar una orgullosa conciencia de que los conservadores revolucionarios eran la reserva de una minoría esotérica. Georg Quabbe, por ejemplo, afirmaba:

“Las desventajas para la propagación de las ideas conservadoras son palmarias. Nuestro sentido último es incomprensible para las masas; las últimas líneas de contacto están tan lejos que sólo unos pocos llegan a alcanzarlas. Las tesis del progreso, sonrientes, formuladas a la clara luz del día, optimistas, en realidad sólo son aptas para locos... Nuestra doctrina late en toda su pureza únicamente en un reducido círculo esotérico. Difícilmente estamos en condiciones de conformarla de tal modo que todos los que se acercan a nosotros quedan inmunizados frente a la “verdad” del otro lado. Y sería vano querer influir en las masas... Nuestra doctrina no se ajusta bien a una época como esta, en que los cultos quieren argumentos rápidamente comprensibles y la masa sensaciones;

más es también, sin duda, época de una cultura de transición y –tanto si las cosas giran en círculo como si progresan– bien puede ser que el mensaje secreto alcance reconocimiento.” (*Ta a Ri*).

Así pues, si las ideas de la Revolución Conservadora eran consideradas por sus adictos como un mensaje secreto, poco ha de extrañar que su influencia directa en la política fuese pequeña; y que, a pesar de los contactos con personas influyentes a través del *Juni Club* por ejemplo, su principal esfera de actividad fuese la intelectual. Hay un factor adicional, en la medida en que tenían relación con la práctica política: ellos carecían en último término de la “unidad filosófica” o del “claro programa seguido por los comunistas” (Jung). Y no obstante, remontándonos a los años sucesivos a 1933, y de modo sorprendente, hallamos a quienes estaban convencidos todavía de que el corazón de la Revolución Conservadora había consistido en “fructíferas ideas que bien podrían haber tenido efectos prácticos”.

Si bien el carácter básico de la Revolución Conservadora *pur sang* ha de contemplarse como determinado por la propensión a la abstracción y la estetización, existieron ciertas agrupaciones en la República de Weimar que, en cierto sentido, se pueden considerar como la anticipación, o la tentativa de poner en práctica las ideas de la Revolución Conservadora. La importancia de la experiencia en el frente fue un significativo factor unificador para los *Freikorps*, los grupos paramilitares que tanta importancia tuvieron en los primeros años de la República y que dieron continuidad a la ruptura con las normas y expectativas burguesas, así como a las esperanzas en una transformación radical de la sociedad que habían caracterizado a las “juventudes de Langemarck”. Incluso la forma organizativa de los *Freikorps*, una estructura jerárquica bajo un líder bien definido, se correspondía con las ideas de la Revolución Conservadora. Lo mismo puede decirse de otras unidades

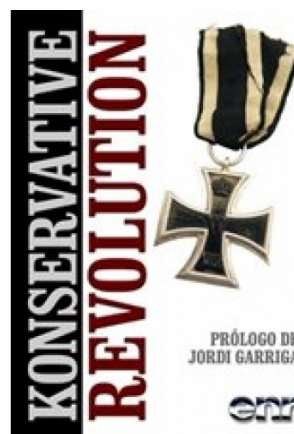
combatientes (*Kampfbünde*) del período de Weimar que contaban con la aprobación de, por ejemplo, Edgar J. Jung por haber preservado sin menoscabo “el mantenimiento de la verdad interior y del sentido de sumisión a la voluntad del destino durante la batalla”. Particular relevancia tiene aquí la *Kampfbund Oberland*, ya que se consideraba deudora de las ideas de Moeller van den Bruck; de hecho su periódico se llamaba “El Tercer Reich”. Muchos antiguos miembros de los *Freikorps* se unieron posteriormente al refundado *Reichswehr*, en cuyo seno y bajo la dirección de Von Seckt, él mismo muy próximo a las ideas conservadoras revolucionarias, se extendió considerablemente dicho pensamiento, de modo muy evidente en lo que al Estado se refiere. Von Seckt estaba ansioso, como dijo Armin Mohler, de crear un ejército “que tratase abiertamente de servir al Estado con lealtad, pero que en última instancia se considerase como el portador de un deber para con una fuerza mucho más alta, y que contemplase por lo tanto la época de la República como un tiempo de invernación”.

Esta penetración de las instituciones sociales por parte de aquellos que estaban vinculados a la Revolución Conservadora era también un rasgo de las infravaloradas actividades del Movimiento de la Juventud (en el sentido de *bündische Jugend*). En casi todo el entramado del pensamiento conservador revolucionario del período de Weimar jugaron un papel importante los miembros del Movimiento de la Juventud que habían sobrevivido a la guerra. Fue, sin embargo, en las propias *Bünde* donde fraguaron posiciones antiburguesas así como una oposición fundamental a la República de Weimar. La forma básica de organización interna, similar a la de las *Kampfbünde*, y el énfasis puesto sobre la vida en una comunidad viva y natural, así como en lo irracional y lo más profundo como partes integrantes del conjunto de valores subyacente al sentido de una auténtica comunidad –tendencias que tienen un paralelismo con el pensamiento conservador revolucionario ya examinado–,

se hallaban en el corazón de las *Bünde*. Toda su existencia se contemplaba a la vez como una oposición al orden social existente y como una anticipación de la futura alternativa radical. El estudio de las publicaciones internas de los diversos grupos revela la amplitud del terreno en común con la Revolución Conservadora, y que en último término forman parte de ella. Tampoco debe olvidarse que, aunque el Movimiento de la Juventud –con una afiliación estimada en 60.000 miembros en su mejor momento– pueda parecer reducido en comparación con un partido político, era la segunda mayor agrupación dentro de la Revolución Conservadora. Con todo, mucho más importante es la influencia alcanzada por sus ideas y el respeto que sus representantes merecían, en los cultivados círculos de las clases medias, entre personas que ocupaban puestos importantes en la administración e incluso en el gobierno. Y los antiguos miembros del movimiento que habían obtenido cargos a su vez, en una proporción nada desdeñable, podrían ser razonablemente considerados como la quinta columna de la Revolución Conservadora.

Esta sería toda su influencia real entre 1924 y 1929. Pero, como he indicado anteriormente, con la crisis económica de 1929 y la consiguiente inestabilidad política, se dieron señales muy claras de que estaban mereciendo una atención creciente. En el área de las publicaciones, “El Tercer Reich” de Moeller van den Bruck se reeditó varias veces, y las obras de Oswald Spengler y Ernst Jünger eran uno de los temas favoritos de discusión. *Die Tat*, uno de los más importantes periódicos de la Revolución Conservadora, tenía una tirada de tan sólo 1.000 ejemplares en 1929, pero había alcanzado los 30.000 en 1933. En tanto que el efecto directo en el mundo político era netamente marginal, las cancillerías de Brüning, Papen y Schleicher apuntan hacia una convergencia de las ideas de la Revolución Conservadora con la evolución de la política nacional, hasta el punto de que los historiadores la han acusado de ser en parte responsable del

ascenso del nacional-socialismo. Karl Prümm, por ejemplo, arguye que “hizo una considerable contribución al debilitamiento y la destrucción final de la democracia, a causa de sus constantes e indiscriminados ataques” y Karl Dietrich Bracher la acusa de haber suministrado energía emocional y así “consciente o inconscientemente, haber ayudado a disponer el camino para el nacional-socialismo”. Armin Mohler es, por otra parte, prácticamente el único en creer que “el estado nazi es con demasiada frecuencia malinterpretado como la realización de sus ideas”; él prefiere considerar a la Revolución Conservadora como un “fondo de ideas” del que el nacional-socialismo “extrajo sus armas ideológicas”.



Está bastante claro que la delicada cuestión de la posible responsabilidad de la numéricamente pequeña y altamente elitista Revolución Conservadora en el ascenso de un partido político con una gran organización, una base de masas y unos modos de conducta interna que resultarían ofensivos para los revolucionario conservadores, no se zanja fácilmente etiquetándola a la ligera de “prefascista”, como ha sido el caso en Alemania en los años recientes. Una salida así de fácil no tiene en cuenta, por ejemplo, el hecho de que muchos se distanciasen muy pronto del nacional-socialismo, pasando al denominado “exilio interior” (como los hermanos Jünger) o abandonando el país, mientras que otros fueron ejecutados en campos de concentración o tomaron parte en la resistencia a Hitler: parte de los implicados

en la conspiración del 20 de julio de 1944 habían estado anteriormente vinculados a la Revolución Conservadora. La realidad es inevitablemente mucho más complicada de lo que muchos críticos del movimiento quisieran que creyésemos.

Un gran número de corrientes de pensamiento nacionalistas de los años veinte y primeros treinta, de las que la Revolución Conservadora no era sino una más, participan de un extenso terreno común, sobre todo de la oposición a la República de Weimar y la preferencia por un estado del *Volk*. La imagen del "Tercer Reich" como quintaesencia de esa utopía se ha de buscar en Stefan George, en algunos de los ensayos y conferencias de Thomas Mann a partir de los años veinte y en el libro de Moeller van den Bruck; no es ninguna exclusiva del Partido Nazi y, como es lógico, el concepto nazi del mismo es bastante reduccionista. De modo que hallamos que buen número de personas provenientes de la Revolución Conservadora, lejos de dar a entender una cercanía de posiciones, se esfuerzan en llamar la atención respecto a las diferencias en el uso del símbolo. Franz Mariaux se lamenta de que los nazis "no tengan la más remota idea de la amplitud de sus ideas místicas", Gregor Heinrich ataca a Otto Strasser en 1932 por su "trivialidad" de las ideas de Moeller y se lamenta del hecho de que "se ha practicado una cacería salvaje durante la última década a lo largo y ancho del territorio" con el concepto de Tercer Reich. Solamente cuando nos enfrentamos con las pocas obras que tratan de concretar acerca de los modos en que la "vieja idea del Reich" pudo producirse, podemos ver paralelismos reales. Edgar J. Jung, mirando hacia atrás en 1933, exponía cómo entendía él la Revolución Conservadora:

"Queríamos la integridad de la nación en el sentido de una reintegración ética de sus componentes hacia un nuevo orden nacional que superaría la lucha de clases. Habíamos planteado los problemas... de una nueva religiosidad, la recristianización del pueblo, la cultura de la personalidad, una nueva responsabilidad y una

nueva aristocracia, y habíamos tratado de darles una respuesta. Lo que nos importaba era la actitud interior, no la conducta externa".

El año anterior Jung había tratado de definir la estructura del *Völkstaat*:

"Llamamos Revolución Conservadora a la recomposición de todas aquellas leyes y acciones elementales en ausencia de las cuales el hombre pierde el contacto con la Naturaleza y con Dios, viéndose incapacitado para edificar un orden verdadero. En lugar de la igualdad proponemos los valores interiores, en lugar de la orientación social la apropiada integración en una sociedad jerárquica, en lugar de la elección mecánica el surgimiento orgánico de jefes auténticos, en lugar de la coerción burocrática la responsabilidad personal de una auténtica autodisciplina, en lugar de la felicidad de las masas el derecho de la comunidad del pueblo".

La similitud entre algunos de estos puntos y algunos aspectos del nacional-socialismo es obvia, pero hay también cierto número de rasgos que difícilmente pueden conciliarse con él, tales como el llamamiento en pro de la recristianización de la nación o el énfasis en el culto a la personalidad, así como el elitismo implícito tras ciertas formulaciones. Todo intento de un apresurado emparejamiento entre ambos debería refrenarse por la ausencia en los escritos de la Revolución Conservadora de racismo biológico, por la simpatía con la Unión Soviética, en oposición a la consideración nazi del bolchevismo como el enemigo número uno, y por el rechazo de las instituciones legales de la República como camino hacia el poder: los conservadores revolucionarios no querían tener nada que ver con los aspectos "mecánicos" de una forma social carente de autenticidad, y desde luego no estaban dispuestos a participar en el juego de los partidos políticos.

La cuestión de las relaciones de la Revolución Conservadora con el nacional-socialismo devino inevitablemente más

acuciante para sus adictos después de 1930 y después de 1933 se hizo ineludible. En la mayoría de ellos detectamos una clara ambivalencia en la cual, y ello no nos sorprende, aprobaban la mayoría de las ideas inherentes al pensamiento nacional-socialista, pero al mismo tiempo aborrecían al tipo de persona que se unía a los nazis. Esa ambivalencia había de convertirse en un auténtico dilema en los años 1931 a 1933, ya que oponerse a los nazis era en efecto apoyar a la abominada y ahora asediada república, en tanto que ayudarles a destruir la democracia conllevaba sus problemas por cuanto, a pesar de las similitudes, su propia visión de la nueva Alemania difería de modo importante de la de los camisas pardas. Franz Mariaux daba cumplida expresión a esta angustiada situación en *Der Schuthaufen* (El vertedero, 1931):

“Calladamente, ignorada por los responsables de la opinión pública, la nueva Alemania va tomando forma. Se están agrupando los hombres que no pueden abocarse a quedar a merced del régimen o de los eslóganes de los partidos radicales. Ellos comprenden el nacional-socialismo. Incluso votan a sus candidatos, pero su sitio no está entre la algazara y el apasionamiento al uso; su misión es mantenerse preparados”.

En semejante afirmación tenemos el clásico pronunciamiento de la conciencia de los conservadores revolucionarios de ser los que señalan el camino y sin embargo se mantienen al margen de la práctica política. El énfasis recae sobre la preparación del terreno para la nueva Alemania, pero a los nacional-socialistas, que a la sazón representaban una seria amenaza para la república, a duras penas se les puede adjudicar un cometido inmediato en lo que la ha de reemplazar. Infravalorar la postura de Mariaux es una subestimación fundamental de las capacidades de los nazis en la esfera práctica política e ignorar por completo su implacabilidad. Es muy característico de los miembros de la Revolución Conservadora que, viendo llegado el fin de

la República, jugasen con la idea de algún tipo de alianza con los nacional-socialistas. Edgar J. Jung, en un artículo de 1932 premeditadamente titulado *Neubelebung von Weimar* (Resurrección de Weimar), mantenía que “los pensamientos de la Revolución Conservadora tomaron forma en los años 1919 a 1927 casi exclusivamente a partir de círculos aislados y personas creativas alejadas de la mirada pública que tenían que luchar contra la resistencia de un mundo burlón... Las condiciones espirituales previas a la Revolución Alemana se crearon fuera del nacional-socialismo”. Hoy nos resulta asombroso que en 1932, cuando era inminente la llegada al poder de los nazis a través de las urnas, se pudiese considerar el desmoronamiento de la República de Weimar no como una victoria para Hitler y los nacional-socialistas, sino como una revolución alemana, con los nazis contemplados meramente como medios para tal fin. Jung vió el papel crucial de la Revolución Conservadora en haber preparado el terreno para la transformación de sus ideales en la práctica política de los nazis: “Mediante una vasta cantidad de trabajo muy detallado, especialmente entre la *intelligentsia*, creamos las condiciones previas para el día en que el pueblo alemán dio su voto a los candidatos nacional-socialistas”. Sin embargo, y puesto que “el dominio del aparato del partido de los nacional-socialistas” sería “un peligro para la Revolución Alemana”, la Revolución Conservadora habría tenido que insistir en que “los conservadores revolucionarios, que no están organizados dentro del partido nacional-socialista, no están excluidos de participar en los acontecimientos futuros”. Una vez obtenido el poder, la Revolución Conservadora habría tenido que “desmarcarse” del nacionalsocialismo, ya que cualquier otra forma de colaboración con los nazis habría sido “la traición al *Geist* alemán y... a la propia Revolución Alemana”.

Tales afirmaciones revelan claramente la auténtica ambivalencia de la Revolución Conservadora para con el nacional-

socialismo. El crecimiento del NSDAP es generalmente bienvenido, si bien con ciertas reticencias, ya que la tendencia general del partido parecía corresponderse con lo deseado por la Revolución Conservadora. En cambio, su carácter básico de partido de masas chocaba frontalmente con la idea conservadora revolucionaria de una revolución alemana llevada a cabo por una élite espiritual, una revolución que habría tenido que significar el inicio de una era “en la que las masas queden relegadas al papel para el que han nacido” (Jung). Así pues, resulta muy sorprendente que la realidad del estado nazi les fuese ajena incluso a aquellos que los habían considerado como unos inevitables aliados. Ellos, como muchos otros, no habían sabido reconocer al partido nazi como lo que realmente era. Habían estado dispuestos, tras largas vacilaciones, a marchar junto a él como un medio para un fin, la Revolución Alemana, pero la noción de un terreno común desapareció rápidamente tras la incautación del poder y el surgimiento del dominio efectivo de Hitler sobre el partido y de la intolerancia de ésta hacia quienes, entre otras cosas, estaban próximos a los revolucionarios conservadores. Edgar J. Jung se dio cuenta del error que había cometido, lo cual dice mucho a su favor, y adoptó una actitud cada vez más manifiestamente crítica respecto al nuevo estado, lo que le valió ser una de las muchas víctimas de la “noche de los cuchillos largos” del 30 de junio de 1934.

Se puede considerar razonablemente que la muerte de Jung marca el final de la alianza entre los nazis y aquellos conservadores revolucionarios que pensaban que sería posible llevar a Hitler hacia sus derroteros. Éstos estaban llamados, como se había de comprobar, a constatar que las aparentes semejanzas entre sus ideas y las de los nazis eran engañosas. En una retrospectiva sobre este período desde su exilio en los Estados Unidos, Hermann Rauschning, que durante un corto lapso de tiempo ocupó un alto cargo del partido en Danzig, llegó a la amarga conclusión de que el régimen nazi

representaba algo distinto a la ansiada Revolución Alemana, que todavía era incapaz “de encontrar una manifestación política apropiada”; y ellos habían “errado su camino” al implicarse en “tentativas de soluciones cesaristas, crudamente reaccionarias o totalitarias”. Mientras que, inevitablemente, hubo conservadores revolucionarios que se alinearon plenamente con los nacional-socialistas, la postura de Rauschning es la característica general de la mayoría de ellos.

Existen pocas dudas de que la desilusión de los conservadores revolucionarios con el nacional-socialismo, que llevó a muchos al exilio e incluso, como es el caso de Ewald von Kleist, a una oposición declarada a Hitler, influyó grandemente en el punto de vista de Armin Mohler sobre la Revolución Conservadora –pola cual de todos modos tiene una manifiesta simpatía– en el sentido de que no intervino en el ascenso del nacional-socialismo. Esta respuesta es comprensible pero infundada resulta tan insatisfactoria como las de otros que la atacan por haber sido un factor contribuyente real. En última instancia –y eso no puede constituir el propósito de este ensayo– la respuesta ha de proceder del análisis de las posiciones efectivamente adoptadas por los individuos que crearon la Revolución Conservadora, ya que no tenía una estructura organizativa en cuanto tal. Existe, como hemos visto, cierto número de importantes paralelismos entre una y otro, pero eso también es válido para las ideas de Langbehn, Lagarde y Houston Stewart Chamberlain. Estos escritores y los de la Revolución Conservadora han de ser considerados como parte de un “movimiento alemán” que –como Rauschning admitió– constituía, en una forma profana y trivializada, una de las variadas corrientes de pensamiento que iban a dar origen al complejísimo y a veces contradictorio fenómeno que fue el nacional-socialismo. No cabe duda de que los ideólogos del partido nazi eran completamente conscientes de la proximidad del pensamiento conservador revolucionario a determinadas áreas del

suyo propio, y fueron lo bastante astutos como para utilizar ese hecho para legitimar la postura del partido. Pero etiquetar simplemente a los conservadores revolucionarios como aquellos que prepararon el camino a los nazis, los cuales pusieron luego en práctica lo que otros habían predicado, sería ignorar los aspectos racistas de la doctrina nazi y la dimensión socialista de su pensamiento, así como la implicación del capital, la maquinaria del partido, y su papel de guía de los destinos del mismo especialmente hasta 1933.

Si bien es inevitable que el tiempo y el espacio se dediquen a la compleja cuestión de las interrelaciones entre la Revolución Conservadora y el nacional-socialismo, sería erróneo no examinar también el pensamiento de la primera en el contexto de la historia alemana de las ideas. Esta perspectiva revela, como ha expresado Fritz Stern en *The Failure of Illiberalism*, que los valores e ideas esenciales de la Revolución Conservadora emanan del pensamiento alemán idealista y apolítico tan característico de la vida intelectual alemana del siglo XIX y primera parte del XX. Este idealismo implicaba, sobre todo en su fundamental concepto de *Bukdung*, “la elevación de los aspectos estéticos e intelectuales de la cultura, la filosofía, la literatura y el arte a la categoría de revelaciones supremas del espíritu humano”, y conllevaba “la creencia en la perfectibilidad de las facultades estéticas o raciones del individuo con bastante independencia de las condiciones políticas”.

Thomas Mann, en “El espíritu y la naturaleza de la República”, fue más lejos, aduciendo que esa tradición, de la que él procedía, consideraba al mundo político como irrelevante y en último término profano. Así pues, no es de extrañar que, cuando los que suscribían esa tradición se plantearon, presionados por las circunstancias, entrar a la palestra política, se valiesen esencialmente de unas categorías más de naturaleza estética o espiritual que inequívocamente política. Eso se ajusta a la realidad de los

conservadores revolucionarios y también a la del “leal” conservador revolucionario Thomas Mann, el cual admitía que esa tradición hacía muy difícil que los que eran como él participasen en el debate político; y de hecho, reflexionando a posteriori sobre el período de Weimar, opinaba que sus obras literarias de entonces eran una expresión mucho más pura de su pensamiento. Separar a Thomas Mann de la Revolución Conservadora se ha convertido en un lugar común de los análisis de la República de Weimar. Este tipo de aproximación no sólo ignora el hecho de que el propio Mann se esforzase una y otra vez por recalcar con orgullo sus orígenes y su apasionado apoyo a la cultura de clase media que él representaba, sino que sobre todo omite tener en cuenta la proximidad fundamental de los conservadores revolucionarios y Thomas Mann. Así Fritz Stern, en su análisis sobre Moeller van den Bruck en *The Politics of Cultural Despair*, observa que la búsqueda de la “vía media”, el pensamiento en dualidades, “es patente en gran parte del moderno pensamiento alemán y siempre indica un afán de trascender lo dado para penetrar en las regiones más allá de la realidad”; y reconoce la semejanza de pensamiento entre Mann y Moeller particularmente en la tercera vía o vía media que postula la reconciliación de las antítesis “bajo alguna síntesis armoniosa y superior”, pero, para él, la diferencia entre ambos radica en el hecho de que “Moeller pensaba que los mismos opuestos sólo podrían reconciliarse en el Tercer Reich, mientras que Thomas Mann acababa su alocución (La República Alemana) con un saludo a la República”. Para Mann, de hecho, el Tercer Reich es, en anteriores fases de la República, sinónimo de sus ideales (antes de que su utilización se hiciese imposible); pero una mirada más detenida a las conferencias y ensayos de Mann revela que él urgía un apoyo a la “República entendida en un sentido ideal e ignorando las deficiencias de su existencia real...”. Más tarde había de decir que el fracaso de aquélla derivaba de su falta de apoyo a “la idea”, y la conciencia, creciente en él, de que la república no se ajustaría a

sus sueños se pone de relieve por la fuerza que va tomando su apoyo a su -muy personal- ideal del socialismo. La constante siguió siendo su ideal de "humanidad", a saber: la realización de la síntesis superior entre los "opuestos del mundo". Hay de hecho un cuerpo sustancial de terreno común entre las alas "radical" y "leal" de la Revolución Conservadora. La diferencia importante era que aquellos que compartían la postura de Thomas Mann, si bien estaban dispuestos a admitir que el irracionalismo representado por los nazis tenía una cierta legitimación como protesta contra la incuestionable entronización de la razón (constátase, por ejemplo, en "Discurso a los trabajadores en Viena"), rechazaban totalmente al nacional-socialismo como una manifestación del peligro del "irracionalismo como modo popular de pensamiento"; de hecho, Mann fue uno de los primeros pensadores conservadores en adoptar una postura inequívoca frente a los nazis, como demuestra su ensayo de 1921 sobre la cuestión judía. La tragedia de la República de Weimar es que representa, en parte, las últimas y fatídicas consecuencias de la impotencia política de las clases medias alemanas, nacidas y reflejadas en la tradición del pensamiento idealista que en los cruciales días finales de Weimar no podía competir con los batallones pardos.

© Extracto de *El dilema de Weimar: los intelectuales en la República de Weimar* / edición a cargo de Anthony Phelan. Edicions Alfons el Magnànim, Valencia, 1990.



Konservative Revolution

La crisis de la democracia en Weimar: Oposición ideológica de la Revolución Conservadora

José Ramón Díez Espinosa

El análisis de la historiografía profesional alemana de las humanidades y de las ciencias suminsitra una primera reflexión acerca de la producción relativa a la concepción del mundo o *Weltanschauungsliteratur* durante los años de Weimar. Pero conviene ir más allá. La crisis inaugurada por la guerra y por la proclamación de una República nacida de la derrota genera en la *burguesía de la cultura alemana* -*Bildungsbürgertum*- manifestaciones diversas de hostilidad ideológica a la fórmula republicana. Merece aquí especial protagonismo la denominada *Revolución Conservadora*, expresión que aglutina corrientes de pensamiento heterogéneas pero imbricadas por la unánime oposición a la experiencia weimeriana.

El nuevo conservadurismo alemán supera el influyente ámbito universitario de juristas y pensadores para proyectarse en círculos literarios, organizaciones profesionales, movimientos juveniles o grupos políticos. La Gran Guerra, la derrota de Versalles y el régimen de Weimar precipitan la *Weltanschauung* de la derecha intelectual alemana (A. Mohler, K. Sontheimer, K. Prümm, J.P. Faye, L. Dupeux, K. Bullivant, F. Stern). Afirmación orgullosa de los valores pretendidamente eternos, del a identidad y cultura alemanas (defensa del Ser alemán), en oposición a toda influencia e invasión de los valores del exterior (*Überfremdung*). Proclamación del vitalismo y defensa de una concepción irracional e intuitiva de la historia, como antídoto a la despreciable abstracción o generalización. La

Vida como antagonista de la *Razón*. Proyecto de sociedad desigual y jerarquizada, y de Estado autoritario o total dirigido por un jefe carismático que se apoya sobre las masas movilizadas, en sustitución del liberalismo, el socialismo y la democracia.

Tales son las categorías fundamentales que encaraman a la *Revolución Conservadora* a la condición de “ideología dominante” durante la República de Weimar. Su influencia se dejará notar en los últimos años de la experiencia democrática, cuando en los círculos nacionalistas e incluso en el seno de las instituciones republicanas gane terreno el escepticismo hacia la entidad parlamentaria y los partidos políticos como fórmulas apropiadas para el enderezamiento alemán. Las cancillerías de Brüning, Von Papen y Schleicher evidencian la sintonía de la evolución política nacional con los planteamientos de la *Revolución Conservadora*.

Convergencia de postulados

Hasta la convulsión de la guerra el pensamiento neoconservador alemán había profesado un profundo rechazo de la modernidad, en consonancia con el doble legado que atesoraba: primero, la reacción de signo antiliberal y antiparlamentario que suscitara los “ideales de 1789”; segundo, el descontento provocado por los múltiples cambios derivados de la unificación (industrialización y nacimiento de la sociedad de masas, ascenso de las ideas democráticas y marxistas, etc). La guerra y el doble traumatismo que suponen la derrota y la instauración de la República de Weimar impulsan un salto cualitativo en la ideología conservadora y alumbran la metamorfosis. El “pesimismo” y la negación del mundo moderno propios del conservadurismo tradicional se tornan “voluntarismo” u “optimismo” en unos revolucionarios conservadores que aceptan el desafío de la modernidad.

En su conjunto, los revolucionarios conservadores apuestan por soluciones de futuro y abandonan la reivindicación del orden anterior a 1914. La República de Weimar era sinónimo de decepción, y la Alemania guillermina lo era del denostado mundo liberal y democrático. Así pues, se

pretende arrancar la revolución de las manos de los revolucionarios para transformar radicalmente la sociedad alemana de un futuro inmediato, nunca para restaurar instituciones arcaicas. En *Das Dritte Reich*, Arthur Moeller van den Bruck habla de “combinar las ideas revolucionarias con las conservadoras” e “impulsarlas de un modo revolucionario-conservador” hasta el punto en que podamos vivir”. Por su parte, Thomas Mann (*Von deutscher Republik*, De la República alemana) ofrece sus conservadores planteamientos “no al servicio del pasado y de la reacción sino al servicio del futuro”. El distanciamiento de los revolucionarios con respecto a los objetivos del viejo conservadurismo es inequívoco.

A pesar de las dificultades que entraña cualquier intento de elaborar un sistema ideológico uniforme y tratar de contener lo que es un “magma susceptible de generar una gran variedad de opciones políticas concretas, incluso de formas extremas”, puede arriesgarse una *concepción mínima de base* que sea común a sus diferenciados componentes (L. Dupeux, G. Locchi, K. Bullivant). La lucha ideológica y la articulación de la política interior y exterior alemana proporcionan sendas premisas que imbrican a los representantes de la Revolución Conservadora: 1ª. Afirmación, la convicción de una especificidad irreductible del Ser alemán; 2ª afirmación, la fe inquebrantable en la perdurabilidad de ciertos “valores conservadores” inmutables (el Estado, la nación, el pueblo, e incluso la raza). De ambos componentes se desprenderá una sencilla conclusión: la apremiante necesidad de superar el presente, la República, para recuperar y conectar con los valores eternos.

1) *Primer componente, la lucha ideológica.* Los revolucionarios conservadores consideran prioritario el combate contra el liberalismo, calificado como ideología disgregadora y enemigo por excelencia (el marxismo es reputado como mero subproducto del liberalismo). En materia económica el antiliberalismo alienta el nacimiento de un anticapitalismo idealista destinado a restaurar la autoridad del Estado. Factor añadido, el antisemitismo es

frecuente, pero no omnipresente en los neo-conservadores.

2) *Segundo componente, la política interior alemana.* Las aspiraciones de los revolucionarios en este terreno están orientadas a una fórmula (contra) revolucionaria que permita la constitución de una comunidad nacional orgánica, jerarquizada y cimentada en un nuevo sistema de valores “prusiano” (abnegación, sentido del servicio, trabajo metódico, obediencia, etc). Se constata la búsqueda de una nueva legitimidad, una nueva religiosidad y nuevos modelos sociales, en definitiva, una nueva aristocracia en un Estado fuerte por naturaleza.

3) *Tercer componente, la política exterior.* Los neo-conservadores aspiran a una política exterior contrapuesta en absoluto a la ideología de la Sociedad de Naciones. La idea romántica de la fraternal diversidad de los pueblos cede su lugar a la observación tajante de los valores eternos de cada pueblo. Con la exaltación de la guerra como episodio revelador del valor de los pueblos e individuos irrumpen súbitas nociones de “búsqueda del gran espacio” y “restauración de antiguas fronteras”.

Diversidad de planteamientos

Más allá de las actitudes anteriores, la Revolución Conservadora está ganada por la *extremada diversidad de las posturas* mantenidas por sus componentes. Sin que la lista sea limitativa se pueden apreciar las siguientes:

a) La vertiente socio-política separa a los partidarios de una sociedad “orgánica” de quienes tienden hacia una sociedad “organizada”. La búsqueda de la *Volksgemeinschaft* se resuelve en términos muy diferentes: “lucha de clases” (así lo pregona la minoría nacional-bolchevique); participación de las “clases” y “capas” de la sociedad; o integración social, según plantea la mayoría neo-conservadora, con un “socialismo prusiano” ético y político que liquide el individualismo burgués.

b) En el terreno económico se aprecian otras tantas variables entre los conservadores revolucionarios: estatalización y

planificación de toda la economía (exigua minoría nacional-bolchevique); proyecto de colectivización parcial sobre una base local o nacional (por ejemplo, el llamado “socialismo del 49%” de los hermanos Strasser); y la consideración mayoritaria neo-conservadora sobre el menor menoscabo posible del capitalismo privado.

c) Del terreno socioeconómico a la desigual concepción del Estado por los neo-conservadores. La primera corriente, propia de los jóvenes conservadores, se inclina hacia el Estado fuerte, autoritario, a través de fórmulas corporativas y de despolitización de las masas. La segunda tendencia, definida por F.G. y E. Jünger, se decanta por un “Estado totalitario”, centralizado, con especial protagonismo de la politización y movlización de las masas con el recurso a todos los instrumentos que proporciona la técnica moderna (desde la propaganda a los medios de fuerza).

d) Finalmente, en política exterior, la expansión natural del germanismo pretende situar a Alemania entre un Occidente senil y un Oriente joven. La ocupación del Rhur, el pacto de Locarno y la entrada en la Sociedad de Naciones son tachadas como traición a favor de Occidente. Pero aquí también la actitud hacia la Rusia marxista rompe la unanimidad y abre una fosa entre los rusófilos y rusófobos y soviétófobos.

e) Una compliación añadida proviene de la adecuada articulación del movimiento *völkisch* en la Revolución Conservadora (K. Bullivant, G. Locchi, L. Dupeux). La influencia de las ideas *völkisch* en buen número de autores de la Revolución Conservadora es tan obvia como inevitable, en la medida en que aquéllas se revisten de una dimensión cultural de la que participa también la Revolución Conservadora (desde el rechazo a los ideales occidentales y extranjeros de 1789 a la búsqueda de un “cristianismo alemán” o una religión puramente alemana). No obstante, la aceptación por la mayoría de los pensadores *völkisch* de un factor biológico y la obsesión por el mestizaje introducen un cambio cualitativo con respecto a la Revolución Conservadora. A partir de la exclusividad

política y cultural se concluye la negación de la unidad de la especie humana: la humanidad no se divide ya en naciones políticas sino en razas biológicas.

La valoración prioritaria del nuevo condicionante –material y no idealista– marca las distancias entre las ideas *völkisch* y la Revolución Conservadora. La determinación racista dentro del movimiento *völkisch* pretende ofrecer una respuesta de naturaleza biológica –esto es, materialista– a una serie de problemas que en principio se plantean en términos estrictamente idealistas. No es extraño por ello que algunos de los principales revolucionarios conservadores – O. Spengler, E. Jünger, entre otros– rechacen de modo taxativo el racismo biológico, o que el misticismo *völkisch* desborde ampliamente el antirracionalismo de los intelectuales neo-conservadores. En definitiva, esta dimensión material o respuesta racista excluye el movimiento *völkisch* de los componentes constitutivos de la Revolución Conservadora y le aproxima al movimiento hitleriano.

Jóvenes conservadores

La firma del Tratado de Versalles en junio de 1919 sancionaba la traición a los valores eternos alemanes. No resulta extraño que una primera célula del neo-conservadurismo, el *Club de Junio*, *Juni-Klub*, se proponga mantener vivo, desde la nomenclatura a su espíritu, el estigma de la humillación. Esta agrupación de *jóvenes conservadores* pronto inunda toda Alemania con cenáculos intelectuales y se infiltra lo mismo en la prensa que en la Universidad. Arthur Moeller van den Bruck, Wilhelm Stapel y Edgar J. Jung son sus principales representantes.

En la revista *Das Gewissen* (*La Conciencia*) y en *Das Dritte Reich* (1923) Moeller van den Bruck sienta las bases del “socialismo prusiano”, que se articula sobre una nueva aristocracia alemana (en clara sintonía con el llamamiento de O. Spengler en *Prusianismo y Socialismo*), al tiempo que arremete contra el sistema de partidos y el parlamentarismo en cuanto responsables de la humillación y debilidad alemanas (D. Goeder, J. Schwieterskott). Valiosa es la aportación de Moeller a la definición de un modo

específico de dominación política acorde con el momento presente, en concreto el Estado conservador en manos de un *Völklicher Führer*. Moeller van den Bruck construye una noción de *Führer* revolucionaria a la vez que conservadora. Los contornos del “César” son la proximidad al pueblo, el carisma y la capacidad de ganar el favor de las masas (de la obediencia coercitiva se pasa a la obediencia por adhesión). El objetivo del *Führer* consistirá en movilizar e integrar a las masas en un movimiento conservador (diferenciado del simple reaccionarismo del *putsch de Kapp*) que sin renegar de la violencia revolucionaria haga añicos el orden demoliberal. La nota conservadora procede de la reivindicación por Moeller de un nuevo jefe de origen netamente conservador – antiguas clases dirigentes o nuevas clases intelectuales asimiladas– y nunca proletario o de extracción popular.



El *Club de Junio* otorgó un protagonismo similar a Edgar Julius Jung. Activista del nacionalismo irredento y miembro del Reichstag como representante del DVP, Jung jamás aceptó la revolución y la derrota alemana. *El reino de los inferiores* (1927), compendio de las ideas de la Revolución Conservadora, constituye la principal aportación de Jung a la crítica del régimen democrático. Frente a la legitimidad del pluralismo democrático –el dominio de los inferiores– Jung defenderá el papel del Presidente del Reich y articulará la concepción de un “nuevo Reich” en la línea que von Papen trataría de poner en marcha en las postrimerías de la República. De manera harto significativa, la particular

diatriba de Jung a la democracia parlamentaria alcanzará su formulación definitiva en 1929, cuando se incorpora al título original de la obra la expresión *Su declive y su sustitución por un nuevo Reich*.

Nacionalismo revolucionario

Distanciado del moderantismo de los “jóvenes conservadores”, el *nacionalismo revolucionario* aglutina una segunda corriente de oposición ideológica neoconservadora. Aquí, el énfasis de las vivencias del frente actúa de reclamo para Ernst Jünger, su hermano Friedrich Georg o Ernst von Salomon. De todos ellos, será un traumatizado E. Jünger quien ejerza mayor influencia. Jünger da rienda suelta a la glorificación de la guerra, concebida como una singular aventura espiritual y la revelación del ocaso del mundo burgués y racionalista (J. Hervier, E. Bosque, G. Carr). Se forja así la célebre fórmula de “la lucha como experiencia íntima”, *Der Kampf als inneres Erlebnis* (1922). La guerra abre la posibilidad de un nuevo mundo y de las trincheras nace una élite de seres implacables a la vez que dispuestos a todo tipo de sacrificios: “La guerra que tantas cosas se lleva, nos da también muchas cosas. Nos instruye en la camaradería y pone en su sitio unos valores semiolvidados”, sentencia E. Jünger en *Tempestades de Acero, In Stahlgewittern* (1920), relato autobiográfico de la experiencia en el frente occidental.

El odio a la República y el combate a la burguesía weimariana adquieren en Jünger un tono especialmente virulento. Condecorado con la Orden del Mérito y componente de los Cuerpos Francos antes de adherirse al *Stahlhelm*, su colaboración en numerosas publicaciones de corte nacionalista y antidemocrático –entre otras, *Die Standarte*, *Arminius*, *Der Vormarsch*, *Die Kommenden*– tiene como último objetivo la destrucción del mundo burgués y del orden político correspondiente. El autor desarrolla en obras posteriores (*Die totale Mobilmachung y Der Arbeiter, Herrschaft und Gestalt*) la aspiración a un modelo dictatorial cuyo triunfo estriba en la obediencia incondicional y la movilización total. E. Jünger representa a “todos los que en Alemania están hoy ansiosos de un poder nuevo”. El cambio

debía ser inminente, toda vez que los alemanes estaban ya cansados de una democracia de rostro lacerado por “la traición y la impotencia” y en la que habían prosperado “todos los poderes de la putrefacción, todos los elementos decrepitos, extranjeros y hostiles”. En el umbral de una nueva era de orden y subordinación, mando y obediencia, las soluciones propuestas por E. Jünger se alejan del repertorio clásico del liberalismo: el relevo definitivo de la democracia liberal por “la democracia del trabajo” o “democracia de Estado”, institución especial de la dictadura.

Nacional-bolcheviques

Mayor radicalismo aún preside la tendencia *nacional-bolchevique*, fuertemente atraída por la Revolución bolchevique y que repele cualquier vinculación a un Occidente maldito (O.E. Schüddekopf, K.O. Paetel, L. Dupeux). Si bien la ubicación de sus miembros dentro de la Revolución Conservadora genera opiniones muy diversas (tan pronto se les define “hombres de izquierdas de la derecha alemana” como “la más extrema derecha”), no hay dudas para encumbrar a Ernst Niekisch como su principal representante.

Dirigente socialdemócrata durante la revolución, E. Niekisch abandona el SPD traumatizado por los acontecimientos de 1923 y funda la revista *Wilderstand, Resistencia*, plataforma de la resistencia política y cultural a la dominación extranjera impuesta en Versalles. El liberalismo y la democracia, la burguesía y el proletariado, el capitalismo y el marxismo, el cristianismo y el humanismo, manifestaciones todas del legado de Occidente, son denostadas y rechazadas por Niekisch. Precisamente, la animadversión a Occidente impele a los nacional-bolcheviques a ponderar movimientos políticos y culturales como el fascismo (criticado sólo desde 1929 por su condición de romano, burgués y occidental) y el bolchevismo como la expresión más contundente del rechazo a las ideas de 1789. De ahí se sigue la conveniencia de una alianza con los bolcheviques.

La fracción más radical de la Revolución Conservadora encuentra así en la

planificación socialista un modelo para la movilización de las energías del impoluto pueblo alemán. El comunismo estatal es conceptualizado como medio apropiado para reforzar el autoritarismo del Estado en su tarea de salvaguardar la especificidad alemana (nación, pueblo, cultura). El llamamiento al "fanatismo de la razón de Estado" es seguido por la aspiración a la "dictadura de un hombre decidido a ser antieuropeo a cada golpe de aliento".

La suerte final de la República testimonia la existencia de un fondo ideológico y político común a la Revolución Conservadora y al nacional-socialismo (A. Mohler, K. Prümm, L. Dupeux, K. Bullivant). Entre las convergencias más notables destacan las relativas al irracionalismo, espiritualismo, vitalismo, desprecio a las instituciones de la democracia liberal, el humanismo y el marxismo, o la aspiración a movilizar las masas hacia "una revolución nacional" que permita la instauración de una comunidad popular jerarquizada y dirigida por un Estado fuerte. Pero también son claras las divergencias en el papel del racismo biológico, la simpatía por la Unión Soviética, etc. En cualquier caso, el debilitamiento de las instituciones democráticas prepara el camino al nacionalsocialismo, movimiento que extrae del arsenal dialéctico de la Revolución Conservadora sus armas ideológicas. D. Goedel resume en estos términos la complicidad de la Revolución Conservadora con el nacional-socialismo: "El análisis de la actitud de los diferentes protagonistas de la RC frente al NS revela una gran disparidad: un cierto número de revolucionarios conservadores se adhiere al NS, de manera definitiva o simplemente temporal; otros se oponen a él. No obstante, estas divergentes actitudes parecen corresponder a un mismo modelo subyacente ... ni hay adhesión global e incondicional al conjunto del sistema ni rechazo global e incondicional del sistema en su totalidad, sino simplemente convergencias o divergencias parciales".

© Extracto de *La crisis de la democracia. De Weimar a Nuremberg*, de José Ramón Díez Espinosa, Síntesis, 1996.

La Revolución Conservadora en Alemania

Marqués de Valdeiglesias

"Quien no se atreva a mirar hacia atrás no logrará avanzar por camino derecho.» Con estas palabras empieza Armin Mohler la exposición de un serie de corrientes de pensamiento dispersas en libros, revistas, novelas, doctrinas filosóficas o actuaciones políticas coincidentes en un signo común de discrepancia con aquellos otros modos de pensar traídos al mundo por la Revolución francesa. La Revolución conservadora sería el paradójico nombre de este movimiento si de tal quisiera calificarse lo que se caracteriza, ante todo, por su falta de aptitud para cristalizar, en ningún tipo de organización visible y material. Círculos literarios íntimos, suscripciones de revistas, contactos de determinadas "élites" al margen de toda publicidad; órdenes secretas o asociaciones aparentemente encaminadas a fines de poca monta constituyen las manifestaciones preferidas del fenómeno en cuestión, que ni siquiera ha llegado nunca a condensarse en un "sistema" determinado. Lo revolucionario-conservador se define únicamente por su actitud en la vida, su estilo, y no por un programa o doctrina cualquiera sobre los problemas concretos planteados ante la Moral o el Derecho, el Estado o la Sociedad, la Economía o la Cultura.

En ello reside precisamente la debilidad de su posición, al no poder aspirar a conquistar a las masas, más fácilmente atraídas por los brillantes oropeles de las doctrinas progresistas. Pero tampoco es la conquista del Poder el objetivo fundamental de la revolución conservadora. Y por eso, mientras los partidos de masas que se proponen tal objetivo exclusivamente tienen tantas veces que traicionar sus ideas para alcanzarlo, permanece en la oposición la

revolución conservadora, atenta sólo a conquistar nuevos mundos espirituales, lo que induce a algunos, como Georg Quabbe, a afirmar que el legítimo conservatismo sólo puede adoptar la forma de una doctrina secreta en estos tiempos, en que las clases cultivadas quieren, argumentos rápidamente comprensibles y las masas sensaciones. Aun así, es evidente la influencia que puede ejercer un cuadro de minorías dispuestas a no dejarse adulterar para dejar de serlo. Ésta es exclusivamente la hora del pequeño número, capaz de renunciar a logros inmediatos en favor de una total transformación espiritual, aún lejana, ya que el punto de partida de esta concepción es que nos encontramos en un interregno. Un mundo se lia hundido y otro nuevo no ha surgido aún. Por eso lo principal es estar atento a la llamada que viene de lo lejos, sin extraviarnos entre los restos de la vieja construcción derruida.

De lo dicho se infiere que no es este complejo fenómeno exclusivo de Alemania, aunque allí, dada la innata tendencia germana hacia las especulaciones metafísicas, haya tenido su manifestación más acusada, llegando a constituir una de las principales corrientes ideológicas de que se nutrió el nacionalsocialismo: no, sin embargo, la única, en forma que indujera a considerar a este último como el desemboque obligado de la revolución conservadora. En realidad habrían concurrido en la génesis del movimiento nacionalsocialista dos corrientes distintas que se entrecruzaron: una, de tipo indiscutiblemente revolucionario-conservadora; otra, integrada por influencias democráticas e incluso marxistas, exigencias de circunstancias históricas o situaciones geográficas y hasta de concesiones a las masas con sus tendencias dictatoriales.

Aunque la revolución conservadora ha permanecido, pues, hasta ahora en el campo de las ideas puras, sin descender a la práctica, la influencia que ejerció en la génesis del nacionalsocialismo induce a Mohler a plantear la cuestión del grado hasta el cual puede hacerse responsable a una teoría de las deformaciones que sufra en los intentos de su realización histórica. Claro

que esta cuestión tiene, ante todo, un primordial interés para aquellos que supongan ha de quedar confirmado por la historia el fallo condenatorio pronunciado contra el nacionalsocialismo por sus eventuales vencedores en el campo de batalla. En la otra alternativa perdería mucha actualidad aquel problema, sumergido dentro de la mas amplia y general ley histórica de la inevitable deformación que sufren todas las ideas al ser traducidas en hechos por el hombre de acción, interpretando a su personal manera lo que ha escuchado de un lado y de otro, sin que, por otra parte, de la fundamental incapacidad del ideólogo para seguir dirigiendo los acontecimientos, en cuanto han saltado del plano del pensamiento al de la realidad política, pudiera en ningún caso derivarse una declaración de irresponsabilidad de la inteligencia preparadora del ambiente, levantando, como en tiempos de la II República española, tronos a las premisas y cadalsos a las consecuencias.

Es de todos modos obligado reconocer el paulatino desencanto y, consecuente alejamiento respecto del nacionalsocialismo, a medida que éste fue definiendo su actitud, de la mayoría de los nombres pertenecientes al campo de la revolución conservadora. Con mayor precisión podría señalarse el año y medio que transcurre entre la entrega de la Cancillería a Hitler, en enero de 1933, y la muerte de Hindenburg, en agosto de 1934, como el período en que se gestan las decisiones más trascendentales para la vida de Alemania y empiezan a deslindarse los campos revolucionario-conservador y nacional-socialista.

Desde este momento los hombres de la revolución conservadora vienen a constituir algo así como los "trotskistas del nacionalsocialismo". A semejanza de lo sucedido en el otro gran movimiento revolucionario que desemboca en el bolchevismo ruso, se van separando aquí también del partido pequeños grupos de rebeldes contra la ortodoxia triunfante. El fenómeno obedece sin duda a una constante histórica. Para ganar a las masas y articularlas en un todo homogéneo, la doctrina oficial se tiene que ir

acomodando al promedio: pierde vuelos, al tiempo que se hace, dogmática y exige una disciplina cada vez más rigurosa. Paulatinamente, las tesis impuestas se van haciendo insoportables a los espíritus inquietos y estallan por doquier las herejías. Recíprocamente se acusan, unos a otros de traición: al partido, al movimiento o a la "idea". Cuando al fin el partido de masas alcanza el Poder, empiezan las persecuciones o "depuraciones" contra los disidentes, considerados tanto más peligrosos cuanto más afines fueron antes. .

¿Pero qué es, en definitiva, esta revolución conservadora, que constituyó al menos una de las corrientes de que se nutrió el nacional-socialismo y se volvió contra él tan pronto como éste alcanzó el Poder, contribuyendo en gran parte a su caída? Mohler la empieza definiendo como la "antirrevolución francesa". Después depura más el concepto por exclusión. A la Revolución francesa le salieron enemigos en su propio campo: el anarquismo y el marxismo, por ejemplo, que continuaron su trayectoria, aunque estén hoy fuera del repertorio de sus ideas; los conservadores puros o reaccionarios, que quieren simplemente detener la historia o darle marcha atrás. Ninguno de estos elementos pertenecen a la revolución conservadora, perfilada fundamentalmente por tres rasgos, en contraste con los de su adversaria: la Revolución francesa disgrega la sociedad en individuos, la conservadora aspira a restablecer la unidad del conjunto; la Revolución francesa proclama la soberanía de la razón, desarticulando el mundo para aprehenderlo en conceptos; la conservadora trata de intuir su sentido en imágenes; la Revolución francesa cree en el progreso indefinido, en una marcha "lineal", la conservadora retorna a la idea del ciclo donde los retrocesos compensan los avances y en el total nada se gana ni se pierde.

Resultan, a primera vista sorprendentes los dos términos del nombre elegido para calificar esta compleja doctrina, tanto por su aparente antinomia como por no guardar relación ninguno de ambos con el contenido acabado de exponer. Conviene por ello precisar que ni la "conservación" se refiere

aquí al intento de defender forma alguna ya caduca de vida, ni la "revolución" al propósito de acelerar el proceso evolutivo para incorporar algo nuevo y mejor al presente. Aquello es conservadurismo en el viejo sentido o reacción; esto, creencia en el progreso. Pero la idea central de la revolución conservadora es la de la inalterabilidad del conjunto a través de la sucesión de las formas, y, por tanto, sus adeptos no viven ni en el pasado, como los reaccionarios, ni en el futuro, como los progresistas, sino en el presente -un presente absoluto en el que se unen pasado y futuro-. Ello no impide que se ayude a derribar lo individual, cuya hora ha sonado, porque más vale corte rápido que putrefacción lenta; pero sin creer por ello que nada va a variar en esencia ni que el mañana puede ser mejor que el hoy, ya que los hombres, con otros trajes y distintas costumbres, serán siempre los mismos, con idéntica inclinación hacia el bien y el mal.

Tampoco hay que atribuir a esta revolución conservadora sentido "reformador" de ninguna especie. Aparte de que la "reforma" evoca la idea de algo incruento, mientras nuestra doctrina no se escandaliza de que los nacimientos se paguen con muertes, parece que en la "reforma" hay el propósito de añadir algo nuevo a lo existente. Para el conservador, en cambio, todo está ya ahí, y la revolución sólo puede conducir a una nueva articulación de lo conocido. Se trata, pues, de una revolución sin meta, sin la contemplación de un futuro reino mesiánico y sin el propósito, por tanto, de dirigir por propia iniciativa la historia. Una revolución, en suma, escéptica y pasiva.

El primero que popularizó su nombre fue Hofmannsthal en 1927, aunque ya Tomás Mann lo había usado en 1921 y probablemente sería conocido con anterioridad: "El proceso de que hablo no es otro que una revolución conservadora de un alcance como no lo ha conocido la historia europea". Tras estas palabras señaló Hofmannsthal como rasgos fundamentales de esta doctrina los dos siguientes: un anhelo de cohesión en vez de un anhelo de libertad, y un anhelo de unidad en sustitución de

todas las disgregaciones y movimientos centrífugos.

En realidad, este deseo de apretar las filas y estrechar los contactos, invirtiendo el proceso desintegrador desarrollado durante todo el siglo XIX, ha estado siempre latente en Alemania. En este sentido, la revolución conservadora puede considerarse como una etapa de un movimiento mucho más amplio, el llamado "movimiento alemán", que comprendería las cuatro siguientes: desde la Revolución francesa y caída del antiguo Imperio hasta 1870, la primera; de 1871 a 1918, la segunda; de 1918 a 1932, la tercera, y de 1955 a 1943, la cuarta. Sólo que en el tercero de estos períodos, a consecuencia quizá de la primera gran guerra, con su tremenda repercusión sobre los espíritus, adquiere caracteres mucho más acusados y definidos, lo que determina su progresiva decantación frente a otras corrientes afines.

Los primeros años de la entonces llamada post-guerra son años de una intensa agitación en Alemania. Por doquier surgen agrupaciones, partidos y asociaciones que dirigen llamamientos al país, defienden doctrinas, reclutan adeptos y chocan violentamente entre sí. Durante cinco años se vive en permanente guerra civil. En 1925 lanza Moeller van den Bruck su consigna del III Reich en un libro bajo este mismo título. El Sacro Romano Imperio y el II Imperio de Bismarck van a tener desde ahora una continuación, en la cual quedarán absorbidos los contrastes de nacionalismo y socialismo, derechas e izquierdas. La tesis y la antítesis llegarán a su síntesis. Progresivamente se irá perfilando la revolución conservadora, depurándose de deformaciones e imperfecciones existentes, tanto en el pasado como en el presente, en el hueco conservadurismo de la época guillermina, con su culto de las apariencias y fachadas retóricas y su amalgama de gracia de Dios y Monarquía constitucional, uniformes medievales y modernos acorazados, como en el desordenado impulso de nuevas tendencias carentes del suficiente arraigo histórico. Hasta tres sucesivas oleadas de un nacional-bolchevismo, fruto de la exasperación producida por la ceguera de las potencias occidentales ante las exigencias de

la hora, tienen que ser rechazadas, así como reprimidos otros alzamientos dentro del propio Ejército. Para contar con un elemento que ofrezca una garantía de estabilidad dentro de la revuelta agitación del momento, el general Seeckt sienta las premisas que han de conducir a un completo apartamiento y neutralización del Ejército en las luchas políticas, medida que ha de ejercer una evidente repercusión en muchos de los acontecimientos después desarrollados. Paralelamente se va definiendo la revolución conservadora por su contenido positivo. No de una manera abierta y sistemática -esto sería precisamente lo contrario de uno de sus rasgos más distintivos-, sino más bien como latiendo bajo una serie de predicaciones y actuaciones dispersas, a modo de común diapasón de todas ellas.

Es bien sabido que una de las diferencias más características entre el espíritu germánico y el francés consiste en la falta de sentido de aquél para las construcciones metódicas y racionales, que adora el segundo. La realidad, opinan los alemanes, no se deja reflejar en conceptos hermosos y redondeados, por mucho que éstos halaguen el gusto. Gerhard Nebel establece un parangón entre lo que llama los dos instrumentos metafísicos del hombre, el concepto y la imagen, para hacer resaltar la superioridad del segundo: "El concepto es improductivo, ya que se limita a ordenar lo presente, lo descubierto, lo disponible, mientras que la imagen crea realidad espiritual y le arranca al ser trozos hasta entonces ocultos. El concepto establece minuciosas distinciones y agrupaciones dentro de hechos concluidos; la imagen se proyecta audaz y desembarazada hacia la lejanía sin límites. El concepto vive de la angustia; la imagen, de la alegría triunfante del descubrimiento. El concepto cuando no empieza ya a operar sobre cadáveres, tiene que matar a su presa; la imagen conserva la espumante vida. El concepto excluye el misterio; la imagen es una paradójica unidad de los contrarios, respetando e iluminando a un tiempo la oscuridad. El concepto es decrepito; la imagen, siempre fresca y joven. El concepto es víctima del tiempo y envejece pronto; la imagen está más allá del tiempo.

El concepto está supeditado al progreso; la imagen pertenece al instante vivido. El concepto es ahorro; la imagen, exuberancia. El concepto es lo que es; la imagen, siempre más de lo que parece. El concepto apela a la cabeza; la imagen, al corazón. El concepto sólo se mueve sobre una capa periférica; la imagen, sobre la totalidad o al menos, sobre el núcleo de la existencia. El concepto es finito; la imagen, infinita. El concepto simplifica, la imagen respeta la variedad. El concepto toma partido, la imagen se abstiene de juzgar...".

Tal actitud es la que engendra la sustitución de la filosofía por la *Weltanschauung* en la que no hay que ver una especie de filosofía menos elaborada o de menos valor, sino algo sustancialmente distinto. La filosofía, dentro de tal tesis, habría sido lo propio de la vieja mentalidad occidental, hoy en crisis, engendrada por las dos corrientes de Grecia y del cristianismo. La *Weltanschauung* lo propio de una nueva actitud ante el mundo. En la filosofía, los distintos aspectos de la realidad eran objeto de investigaciones claramente delimitadas. No se confundían, como hoy, el pensar, el sentir y el querer. La filosofía sabía cuál era su terreno y no pretendía invadir el de la teología, por ejemplo, o el de otras especialidades. Cada filósofo, por otra parte, se sentía miembro de una cadena continua y se apoyaba sobre la serie de sus predecesores para dar un nuevo avance con sus propias meditaciones. Pero hoy día se ha derrumbado aquel majestuoso edificio de la cultura occidental y no ha surgido otro nuevo. Estamos en un "interregno". La revolución conservadora vive bajo este signo, tratando de hacernos alcanzar la otra orilla, de restablecer una nueva unidad dentro del espacio sin contornos en que se mueven los trozos dispersos del pasado. La *Weltanschauung* sería la forma espiritual característica de este "interregno". En ella no hay ya claras separaciones ni ordenaciones. Su tipo representativo es el de un literato-pensador, que usa un lenguaje medio científico, medio simbólico, inventando unas veces nuevos términos, como Heidegger, por ser insuficientes los elaborados por la filosofía clásica para expresar las nuevas

intuiciones; o saltando desde aquélla al teatro, como Sartre; o utilizando la novela o el diario para exponer sus doctrinas y juicios, como Dostoïeski o Ernst Jünger, y estando siempre dispuesto a traducir sus visiones en hechos, consagrando su vida al servicio de su ideal.

"Conozco mi destino. Algún día se unirá mi nombre al recuerdo de algo tremendo, a una crisis como no la hubo sobre la tierra, al más hondo conflicto de conciencia, a una decisión pronunciada contra todo lo que hasta ahora ha sido creído, exigido, reverenciado." En estas palabras de Nietzsche hay que buscar uno de los primeros avisos del cambio. A partir de entonces el tema resonará sin tregua. "Estarnos en el tránsito de dos épocas -dirá Ernst Jünger-, de una significación análoga a la del advenimiento de la época del metal después de la de piedra." Otros se remontarán incluso a imágenes cósmicas, como Kurt van Emsen, que habla del tránsito del eón de Piscis al de Sagitario.

Con esta idea del "interregno" se anuda la del nihilismo. Ciertamente el uso de esta palabra es anterior. La empleó Jacobi en 1799 para expresar la extrema negación. Después sirvió para designar a los anarquistas rusos del siglo XIX. Pero su sentido preciso no lo ha adquirido hasta estos tiempos. Hermann L. Goldschmidt lo define como la creencia de que están vacíos de contenido todos los valores, dogmas de fe y formas del conocer, con la voluntad consiguiente de reducir todo ello a la nada a fin de limpiar el terreno para nuevas empresas. Esta última parte, el propósito de empezar a escribir algo de nuevo sobre la página dejada en blanco, sería el rasgo diferencial del nihilismo alemán, postura intermedia entre el nihilismo francés, reflejo del agotamiento y el tedio de una cultura que ya ha recorrido todas sus etapas, y el nihilismo ruso, que no ha empezado a recorrerlas porque se rebela por principio contra toda creación siempre defectuosa frente a lo inexpresable.

Todo este ambiente en que se mueve la revolución conservadora está, como se advertirá, hondamente impregnado de metafísica. Y más todavía en lo que, según

Armin Mohler, constituye su rasgo esencial: su adherencia al principio cíclico del eterno retorno, en que cada momento lo abarca todo, pasado, presente y futuro, y no a uno lineal, en que las cosas marchan en procesos irreversibles y es efímero, por tanto, cada instante. La creencia de que la cantidad total de felicidad sobre la tierra es siempre la misma, de que no puede incrementarse el conjunto de valores, como cree el progresista porque inevitablemente cada ganancia se tiene que compensar con una pérdida y viceversa, presta una singular serenidad para resistir las mayores adversidades, para aceptar con impasibilidad el más duro destino, que tendrá siempre su sentido dentro del proceso total y del que, en todo caso, es inútil intentar evadirse. En un espíritu débil podrá tal creencia favorecer una tendencia a la inercia. En el alemán está hartamente demostrado que le infunde, por el contrario, aliento al sentirse instrumento de un más alto e inescrutable poder. Edwin Erich Dwinger pone en boca de un "pope" ruso las siguientes palabras, dirigidas a un oficial alemán: "Habéis perdido la guerra, es cierto; pero, ¿quién sabe si no habrá sido mejor así? Si la hubiérais ganado podríais haber perdido a Dios. El orgullo os hubiera inducido a convertirlos en opresores; el disfrute vano hubiera ahogado el germen divino ... Os hubiérais entregado a la pereza, olvidando la verdadera ascensión... Si hubierais ganado estaríais en el fin; ahora estáis ante un nuevo principio...".

Adviértese bien que no sólo permanece el fenómeno denominado revolución conservadora en un plano puramente ideal, sino que ni siquiera podría ser aprehendido en un concepto cualquiera. Precisamente uno de los efectos del hundimiento de la vieja actitud ante el mundo ha sido éste del desprestigio de los conceptos y de la revalorización de las imágenes, que no pretenden descuartizar la realidad para hacerla asequible a nuestra razón, sino darnos una vivencia de ella con ayuda de la intuición. Todos nuestros particularismos desaparecen con esta nueva visión, que aspira a proyectarse sobre la última unidad que los engloba a todos ellos.

Vale decir que la revolución conservadora es, ante todo, un modo de pensar que pretende sustituir todos los viejos conceptos tradicionales de Occidente, a su juicio ya decrepitos y estériles, por una nueva forma de vida. Expresamente hace resaltar Mohler la oposición existente a su juicio entre la ideología revolucionario-conservadora y la cristiana, mencionando como extremo más característico de dicha oposición el de la concepción cíclica de la primera, donde cada instante tiene un valor absoluto de por sí que compendia el pasado, el presente y el futuro, frente al sentido lineal del cristianismo, que parte de una creación y se proyecta hacia un juicio final.

En realidad, no parece darse cuenta Mohler de que en esta supuesta antinomia esté planteado todo el problema del ser y el devenir, iluminado por tantas controversias dentro precisamente, y no fuera, del campo cristiano. Ciertamente que aquí se bordea la separación entre la concepción cristiana y las del mundo antiguo, y se siente más de una vez la proximidad del extravío panteísta; pero tampoco han faltado razonables intentos de cohonestar lo esencial del principio cristiano con algunas de las interpretaciones cósmicas prevalecientes antes de él, que en definitiva son las mismas redescubiertas ahora por Mohler.

No es preciso, evidentemente, apoyarse en textos de Romano Guardini, como hace Mohler, para demostrar que la concepción cristiana del universo presupone un principio y un fin. La idea de la creación, en un extremo, y la de la salvación del hombre en el otro, constituyen los límites fijos e inflexibles del acontecer universal. El proceso cósmico es, efectivamente, rectilíneo y no cíclico, como pensaron los antiguos. Tuvo principio, debido a un acto de la libre voluntad divina, y se dirige hacia un fin, el fin del mundo o la consumación de los tiempos, tras de lo cual se abrirán las puertas de la eternidad para el universo como se abren después de la muerte para el alma humana, igualmente llamada a la existencia por un acto creador individual. Procesos siempre limitados por dos eternidades; éste es, en efecto, el fondo de la concepción cristiana. Pero dentro de ella queda margen

para el desarrollo de muchos ciclos temporales, aunque naturalmente con un nuevo sentido, que no es, como supone Mohler, el de la fugacidad del momento presente, sino todo lo contrario, ya que lo que aquí se realiza una vez queda inscrito en el libro de la eternidad y, por tanto, no se pierde, sin que, por otra parte, exista anteriormente, puesto que es un acto libre.

Orígenes que, aunque haya visto esta tesis suya condenada en tiempos en que amenazaba por doquier la herejía, es, con todo, un pensador cristiano, admite con la filosofía oriental la eternidad del proceso del Universo, el círculo alternativo de conflagración universal y génesis de un nuevo cosmos. Pero de cada uno de estos mundos y evoluciones sucesivas surgiría un nuevo número de seres libres, purificados y redimidos, dirigiéndose hacia Dios. La periodicidad puede no significar, pues, como tampoco para los modernos evolucionistas ni para el propio Mohler, que puede ver aquí la antigüedad de su pensamiento, el retorno de las mismas cosas, por lo que Cristo sólo tiene que aparecer una vez en el curso de los períodos universales sucesivos.

Después, según que el pensamiento se sintiera atraído con más fuerza hacia el ser o hacia el devenir, se rechaza o se acepta la doctrina cíclica. San Agustín, Santo Tomás Alberto Magno se inclinan hacia lo primero, por parecerles más conforme con el sentido que debe de tener el proceso cósmico: el de la salvación individual. El idealismo alemán, hacia lo segundo, por no parecerle concebible ni deseable el reposo ni aun en forma de beatitud eterna. Hoy en día la cuestión ha saltado del plano de la filosofía pura al de la ciencia física, que ha venido de modo insospechado a ofrecer un punto de apoyo a la creencia en el principio y fin del Universo.

La revolución conservadora, sin embargo, le da otra interpretación mucho más rigurosa al principio cíclico, haciendo naufragar en él todo vestigio de valor individual humano. Según ella, el pensamiento cristiano coincide con el progresista en atribuir un valor absoluto a la moral. Para el cristianismo, la naturaleza humana está corrompida por el pecado

original, pero es redimible por la gracia de Dios. Para el progresismo, el hombre es naturalmente bueno y está sólo corrompido por circunstancias externas, superadas las cuales alcanzará sobre esta tierra la perfección. Para la creencia conservadora, esta distinción entre bueno y malo no tiene sentido: el hombre individual no es ni una cosa ni otra, sino imperfecto en cuanto sólo es parte del total, en el que únicamente puede residir la perfección.

"Estética", por contraposición a "moral"; es la expresión que mejor definiría esta actitud, para la que todo acontecimiento encuentra su exacto sentido contemplado desde el conjunto, y cuya clave dió Nietzsche en su *Amor fati*; amor al mundo tal como es, con su eterna alternativa de nacimiento y destrucción; al mundo tal como es ahora, sin esperanza de que mejore ni aquí ni en el más allá; al mundo como siempre fue y siempre será. Es la actitud que el propio Nietzsche calificó de "visión trágica del mundo", y Ernst Jünger de "realismo heroico", queriendo significar que en ella se enfrenta uno con la dura realidad, no con ánimo de mejorarla, sino de afirmarla tal cual es.

Lo hasta aquí expuesto es lo que pudiera denominarse la imagen del subconsciente de la revolución conservadora, el impulso oculto que se siente latir en su fondo profundo sin llegar a adquirir forma concreta en la superficie. Ésta son ya otros temas los que se manifiestan, que Mohler hace encarnar en cinco grupos: racista, neoconservador, nacional-revolucionario, en sentido restringido; unionista y agrario, no claramente delimitados, por supuesto, sino con numerosos puntos de contacto entre sí y tampoco presididos cada uno por un programa claro y definido.

Los racistas, por ejemplo, discrepan sobre la clase de raza que invocan. Para unos se trataría de una raza nórdica, contrapuesta a una variedad de razas meridionales, o de una raza rubia frente a las morenas. Otros se refieren a la raza germánica, lo que supondría ya una mezcla, o al pueblo alemán, incorporando al concepto el factor histórico. En todos los casos la aspiración sería la de establecer una unidad espiritual

partiendo de la presunción de que existe una correspondencia entre las características corpóreas y las espirituales.

Los neoconservadores representan una tendencia intermedia entre los racistas, vueltos hacia el pasado con el problema de los orígenes, y los nacional-revolucionarios, que miran hacia el porvenir. En estas dos alas extremas está más acentuada la nota revolucionaria, ya que unos y otros, para realizar su ideal, no reparan en poner algo bruscamente en movimiento el presente. Los neoconservadores, que emplean el prefijo para distinguirse de los conservadores a la antigua usanza o reaccionarios, sienten un mayor respecto hacia las formas jurídicas. Su lema es el Reich, esa idea tan típica de la mente germánica, que no se traduce exactamente por Imperio, Nación, Estado ni Commonwealth, especie de construcción superestatal o de principio ordenador bajo la que se articulan diferentes pueblos con vida propia. Ni el Reich de Bismarck ni el de Hitler habrían respondido, según Mohler, a la verdadera concepción del Reich.

Los nacional-revolucionarios, stricto sensu, llevan en el alma más vivamente que ningún otro grupo el convencimiento del fracaso del mundo occidental y dirigen su mirada hacia Rusia. Las oleadas del nacional-bolchevismo, de que se ha hecho mención, fueron provocadas por ellos, con algún apoyo en la Prusia luterana. Este sector no perdonó nunca la guerra contra Rusia, y desde que apuntó en el horizonte como posibilidad declaró implacable hostilidad al austríaco Hitler, su impulsor.

El cuarto y quinto grupos, unionistas y agrarios, encarnados en una sene de organizaciones de juventudes el primero y de campesinos el segundo, tratan por otros caminos de encontrar nuevas formas de vida que sustituyan a las caducas del mundo burgués.

Deliberadamente detiene Mohler su exposición ante la subida al Poder del nacional-socialismo, y los acontecimientos que le siguieron hasta el momento presente, todo ello demasiado cercano todavía, a su juicio, para ser analizado con objetividad. Pero aunque, en efecto, no pueda decirse

sobre él la palabra definitiva hasta que pasen los efectos de la explosión de la última bomba atómica y se sepa qué bando la ha lanzado en la tercera guerra mundial, aparentemente inevitable dada la forma de plantearse y resolverse la segunda, son demasiadas las flechas que deja apuntadas Mohler para que no quepa recoger alguna.

Que el fenómeno histórico nacional-socialista no ha obedecido de modo exclusivo, con relación de causa a efecto, al fenómeno espiritual revolucionario-conservador, es admisible. En ningún tipo de acontecimiento cabría establecer con tal precisión su causa, y menos aún en los acontecimientos históricos.

Que ha existido, por lo menos, una relación o influencia entre ambos fenómenos es, en cambio, innegable, aunque después de la subida al Poder del nacional-socialismo la mayor parte de las individualidades influidas por la ideología conservadora-revolucionaria, que tanto había contribuido a aquel acontecimiento, se fueron apartando y aun influyeron decisivamente en la conspiración que desembocó en el atentado del 20 de julio de 1944, compartiendo con ello una común responsabilidad en la génesis del actual momento histórico: los principios de la Revolución francesa, por un lado, mantenidos por las potencias occidentales y llevados a sus últimas conclusiones por el bolchevismo soviético, y, por otro lado, la revolución conservadora, la cual, después de haber contribuido a engendrar el nacional-socialismo para tratar de oponer un dique a aquella evolución, acabó favoreciéndola por estimar tal cosa preferible a lo que juzgó una intolerable deformación de su propia doctrina, sin perjuicio de continuar en la actualidad, aparentemente indemne tras la catástrofe provocada, laborando por el triunfo de sus auténticos ideales.

A numerosas reflexiones se presta la contemplación de este proceso. Mas como no parece lógico que su sesgo actual haya sido el expresamente deseado por sus promotores, habría que pensar en la realidad de ciertas ineluctables trayectorias históricas desarrolladas a favor de una serie de actos humanos encaminados, en el plano de las

intenciones, hacia otros objetivos enteramente distintos. Bien es cierto que nunca faltan, y ciertamente que aun menos han faltado en nuestra época, mentes capaces de percibir con toda evidencia las inevitables consecuencias de ciertas determinaciones y traten desesperada, pero inútilmente, de influir sobre los que llevan en su mano el timón de los acontecimientos. Sobre la ley misteriosa, que hace sean más desoídos los profetas cuanto, como en el caso actual, más se inspiren sus voces en el sentido común, no es cosa de hacer en este lugar una digresión. Baste con recordar algunos de los jalones más destacados de la ruta por qué se ha llegado a la actual situación.

Al final de la primera guerra mundial, el primer cuidado de los vencedores fue la desmembración de la católica Austria, destruyendo con ello un importante factor de equilibrio europeo. El movimiento nacional-socialista surge después en Munich, zona meridional y católica, impulsado por un austriaco, Hitler, y en son de guerra contra el bolchevismo asiático. Sus primeros enemigos surgen en el campo de la otra Alemania, la que tiene considerablemente debilitada sin fe en Occidente y predica la inteligencia con el Este. Las primeras depuraciones hitlerianas se dirigen contra estas tendencias (Röhm, los hermanos Strasser, etc.). Las primeras llamadas de auxilio al mundo occidental tienen la misma procedencia; por ejemplo, la del prusiano oriental Rauschning, que comparó el movimiento nacional-socialista, "dirigido por bávaros, austriacos, sudetes y renanos", con una "cruzada católico-barroca estilo Carlos V, dominada por la Inquisición y alentada por el fanatismo español, o sea lo más contrario al estilo austero y objetivo de la Prusia nórdica .

Las llamadas son oídas y el nacional-socialismo aniquilado por el Occidente, produciéndose, en su consecuencia, una expansión rusa que rebasa Viena y Berlín. La actitud de. Los soviéticos en ambas capitales es significativa por contraste. En Postdam colocan una guardia de honor ante la tumba de Federico el Grande. En Viena clausuran el panteón imperial, en que yacen los restos de los últimos emperadores de Occidente. Mientras los rusos saben cuál es la Alemania

que tienen que atraerse, los occidentales no escatiman medio de enajenarse a las dos. El monstruoso proceso de Nüremberg, sin precedentes en la historia de ninguna civilización conocida, ya que, aún en las más primitivas y sangrientas se pasaba a cuchillo a los vencidos sin el refinamiento de crueldad de una parodia de proceso para darle apariencias jurídicas a la venganza, es seguido cinco años después por los patíbulos de Landsberg.

Consecuencia directa de todo ello es la liberación y vigorización actual de este movimiento denominado revolucionario-conservador, de signo, como afirma Mohler, netamente contrario al de nuestra cultura occidental, no sólo en cuanto se funda en una serie de concepciones ideológicas distintas a las cristianas, sino en cuanto parte precisamente del punto de vista de que el mundo surgido de la fusión de los elementos griego, romano y cristiano ha periclitado y estamos esperando la aurora de otro nuevo que puede no tener nada en común con aquél.

Es lógico, en suma, que en la zona nórdica de Alemania; adonde no llegaron las pisadas de las legiones romanas y no se sintió nunca, por tanto, la misma compenetración con Occidente que en la Alemania meridional y occidental, se crea en las actuales circunstancias llegada la hora de afirmar una nueva concepción del mundo. Esa tendencia, manifiesta cada vez más perceptiblemente desde el final de la guerra del 14-18, es la que intentó adaptar Hitler a lo que consideró una posible nueva trayectoria de la vieja cultura occidental a la que él se sentía hondamente ligado, pese a los numerosos errores y excesos de su conducta; pero la unión contra él de elementos envejecidos, que no tuvieron el más leve palpito de la significación de la hora, con los que en realidad aguardaban impacientes la campanada anunciadora del final de un ciclo de cultura y del comienzo de otro, dió al traste con su intento, tras de lo cual, disuelta ya la circunstancial amalgama en Naciones Unidas, UNESCOS, Beneluxes, Pactos del Atlántico y Uniones Europeas por un lado, y comunismo soviético por el otro, empiezan a definirse, en contraste con la pobreza

espiritual, vanamente intentada disimular con aquella proliferación de organizaciones o estructuras materiales, concepciones bastante más irreconciliables con nuestra cultura que las aniquiladas en la pasada contienda.

La marcha del nacional-bolchevismo fue definida en una ocasión por uno de sus adeptos en la forma siguiente: contra el Occidente civilizador-capitalista, contra el Sur católico-romano, por y con el Norte campesino-germánico y el Este bárbaro-bolchevista. Con variaciones de matiz en cuanto al Este y al Sur, cree Mohler que podría también la revolución-conservadora hacer suya esta rosa de los vientos. Y tan poco agradable tendencia es la que el mundo occidental ha liberado, a costa de grandes esfuerzos y sufrimientos. Sería curioso seguir a este respecto el curso de la evolución del nacional-socialismo junto con las reacciones que despertó, tanto en Occidente como en Oriente, en cada una de sus fases. Dejando para otra ocasión el hacerlo más detenidamente la verdadera historia del nacional-socialismo aún no ha sido iniciada, y la mayor parte de sus determinantes más esenciales está rodeada de una espesa capa tabú; cabe, sin embargo, hacer aquí referencia al giro realizado en la historia alemana de estos últimos años, desde la época del acercamiento a Rusia, que desembocó en Rapallo y fue precedida por los acuerdos militares de von Seeckt y por los diplomáticos del llamado "conde rojo" von Brockdorff Rantzau, así como del secretario de Estado en el Ministerio de Asuntos Exteriores, von Maltzan, hasta el advenimiento del nacional-socialismo.

Aun en los primeros tiempos de éste la atmósfera es confusa y todas las soluciones parecen posibles: la unión con la Italia fascista para la cruzada contra el bolchevismo, tanto como la unión de los jóvenes pueblos nórdicos para sojuzgar a los meridionales con alma de "fella". Ciertamente que hay una actitud clara en la declaración de guerra contra judíos y masones, pero tampoco se excluye la eventualidad de una alianza final entre los pueblos proletarios - alemanes y rusos en primer línea - contra los pueblos capitalistas. Esta nebulosidad en cuanto a los últimos objetivos, mantenida

siempre de modo deliberado por Hitler con objeto de reclutar el mayor número de adeptos, desorientó por supuesto, durante algún tiempo, a la revolución conservadora y explica sus vacilaciones en cuanto al apoyo que debía prestarse al nacional-socialismo. Es significativo, sin embargo, que precisamente a partir de 1952, cuando el grupo de Munich -Hitler, Rosenberg, etc.- desautorizó las directrices rusófilas --los hermanos Strasser, Reventlov, Stöhr, Koch, en parte el propio Goebbels-, fue cuando la revolución conservadora inició también su alejamiento del nacional-socialismo y estableció sus primeros contactos con el mundo occidental.

No quiere decirse con ello que la revolución conservadora actuara como un todo homogéneo ni en una dirección claramente determinada. Esto -valga la repetición- sería contrario a su verdadera esencia. Fueron determinadas individualidades pertenecientes a su campo las que adoptaron esa actitud, mientras otros siguieron fieles al nacional-socialismo hasta el final: pero análogamente a lo que sucede en el orden de las relaciones con el cristianismo, donde, sin perjuicio de que algunos cristianos convencidos y hasta teólogos militen en el campo revolucionario-conservador, es innegable un radical alejamiento entre unas y otras doctrinas, también es lo cierto que el núcleo o meollo de la revolución conservadora contribuyó a formar un ambiente bastante hostil al nacional-socialismo desde la subida de este partido al Poder.

Ya se ha indicado, sin embargo, que la revolución conservadora no es un fenómeno exclusivo de Alemania, aunque haya tenido en este país su manifestación más visible, acusándose también su presencia en otros países en formas más o menos variadas, formas que sería interesante observar y analizar, tanto como la actitud que en cada uno de dichos países ha adoptado en relación con los regímenes nacidos, al igual que ella, de la aguda necesidad sentida por los pueblos de defender su existencia contra la tremenda amenaza hecha visible al llevar a sus últimas consecuencias los principios de la Revolución francesa.

Ideas para Europa: la Revolución Conservadora

Luca Leonello Rimbotti

La Revolución Conservadora de Ernst Nolte

La investigación de aquella galaxia cultural e ideológica que fue la Revolución Conservadora en los últimos años se ha convertido en un importante punto de la reflexión sobre la Europa del siglo XX. Ernst Nolte, en su pequeño libro titulado "La Revolución Conservadora en la Alemania de la República de Weimar", publicado por Rubbettino y editado por Luigi Iannone, lleva a cabo una rápida encuesta, pero completa, de algunos de los protagonistas de aquella época del pensamiento. Que tenía como fundamento común una crítica radical de la sociedad liberal-democrática hegemónica en Occidente, expresand, de una parte, la voluntad de restaurar a Alemania -tras la caída de 1918- en sus derechos mundiales y, en segundo lugar, de otra parte, una visión anti-progresista de la historia. En este sentido, se puede decir con Nolte que la Revolución Conservadora fue uno de los movimientos más significativos en contra de la modernidad, pero, al mismo tiempo, la política no fue su verdadera inspiración. Fue un impulso intelectual, ciertamente importante, pero incapaz de interceptar las motivaciones políticas que agitaban a las masas. Y sin las masas, ya se sabe, toda revolución es poco factible.

Nolte opta por presentar algunos de los principales representantes de aquel culto e innovador movimiento, encuadrándolo como un "medallón", sintético pero exhaustivo. Pero primero, el historiador alemán hace un repaso histórico, tratando de enmarcar el fondo del que surgieron las distintas posiciones. Y pone de relieve que el elemento más importante que une a estos intelectuales es que casi todos ya estaban

activos antes de 1914 e impregnados de nacionalismo, sin duda, por el trauma sufrido durante la Revolución bolchevique.

Por un lado, se desató el terror entre los que -al igual que Spengler y Klages- vieron casi amenazada la identidad europea y quedaron muy impresionados por el deseo expresado por Lenin de aniquilar a Occidente. Por otro lado, este dramático suceso atrajo la atención y la simpatía de algunos, como Niekisch y por un período Jünger, que vieron en Oriente el brillo de nuevas posibilidades políticas. Advirtieron la Rusia soviética como una máquina de destrucción que, por fin, ayudaría a eliminar de la escena al liberalismo del mundo burgués, casi siempre visto como la pieza central de la decadencia de la civilización y el surgimiento de la economista mercantilista de dominio. Se formularon escenarios en los que una Alemania nacionalista y socialista podría ayudar a la URSS en un enfrentamiento final contra el Occidente capitalista.

En un aspecto más general, Nolte no deja de hacer un guiño al hecho de que los ideales de la Revolución Conservadora alemana eran comunes a la mayoría de Europa. Cita a Enrico Corradini, quien a principios del siglo XX había hablado en nombre del "socialismo nacional" y había derrocado la idea marxista de la lucha de clases, lanzando la conceptualización de una "lucha de clases" entre las naciones: los pobres y los proletarios -entre ellos Italia, en primer lugar - contra los ricos que gobernaban el mundo. Pero incluso en Francia se estaba moviendo algo único. Por ejemplo, una cierta alianza entre Sorel, teórico de la violencia revolucionaria basada en el mito popular, pero hostil al socialismo marxista, y Maurras, el líder de la Action Française, movimiento monárquico y reaccionario. Ésta fue la base ideológica sobre la que se movían los revolucionarios conservadores. Que incluía también al primer Thomas Mann, quien en sus "Consideraciones de un apolítico", escrito durante la guerra, reflexionaba sobre la dicotomía spengleriana entre la Kultur germánica, tradicional y creativa, y la Zivilisation occidental y decadente, carente

de alma, sobre la base de los derechos abstractos. Mann, por otra parte, sabemos que ya en su obra maestra sobre la saga de los Buddenbrook, había expresado una visión pesimista sobre la suerte del mundo burgués-capitalista, plagado por una enfermedad interna de la desintegración. Por lo tanto, se entiende naturalmente que comparten el mal pronóstico que formuló Spengler en su monumental "Decadencia de Occidente".



Sólo Spengler había radicalizado la hostilidad hacia todas las formas de progresismo. En comparación con la primavera de energía vital de la que brotaron las más grandes civilizaciones de la historia, la civilización occidental y cosmopolita no era más que un largo invierno de la idolatría de todo lo que es corrosivo y superficial: el mito de la fiebre por el progreso técnico, de los fines de lucro, del hedonismo desenfrenado. Nolte escribe que "Spengler llega a una suerte de condena de muerte para este tipo de civilización, que parece como lo opuesto de la vida." Era un mundo del que verificó, obre todo en "Prusianismo y Socialismo", la actuación de las dos amenazas más terribles que planean sobre la civilización europea: tanto del marxismo, la lucha de clases proletaria y la "revolución mundial de color", que con rara anticipación Spengler predijo con claridad.

Spengler es, en general, más bien conocido a nivel divulgativo. No es así con Ludwig Klages -del cual en Italia sólo en los

últimos años se han publicado algunas traducciones de sus libros- que representa realmente un verdadero hito en el universo de la Revolución Conservadora. Fue una especie de místico de la naturaleza, que creía en el magnetismo cósmico, pero con la vena racista y sobrehumanista. Para él, el hombre podría volver a la pureza original sólo sumergiéndose en el "grandioso acaecer universal", del cual, como escribe Nolte, "tienen su origen en las obras que la Kultur mezcla, como en un sueño, con la vorágine de sonido del planeta". En resumen, un metafísico. Pero no demasiado. Él, como muchos otros, juzgaba la culpa del judeo-cristianismo por haber causado la ruptura entre el hombre y la naturaleza, ya presente en la Biblia, que enseñó a los hombres a entrar en conflicto entre la creación con el intento de dominio, haciéndolo como un "sangriento sacrilegio a la vida". Y el capitalismo, que él consideraba un fruto del cristianismo, también fue situado por Klages en el centro de una acusación de violencia. Este estudiante inusual de la psicología, la grafología y la filosofía, era un naturista y un ecologista con muchas décadas de anticipo del movimiento "verde" de hoy. Él escribió, ya en los años veinte, palabras de sorprendente capacidad profética. Denunció que el capitalismo estaba haciendo estragos en la integridad de la Tierra -habló de "vertidos tóxicos de las fábricas que contaminan las aguas de la tierra"- y profetizó que, si nada se le oponía, el liberalismo habría reducido el mundo a "un único Chicago." Extraordinaria visión de la "aldea global". Y uno se pregunta qué demonios se ha dicho sobre las recientes medidas de la urbanización salvaje y de las destrucción masiva del medio ambiente ...

Después de Klages, es el momento de Jünger. En unas pocas páginas, la capacidad probada de la síntesis de Nolte se confirma. Interesantes son las pistas -que deberían hacer reflexionar a los muchos teóricos antinazis de Jünger -y las palabras que el autor escribió en Der Arbeiter, cuando se incorporó como agresivo publicista en las columnas de los periódicos nacionalistas. Varias veces, en esta militancia, se constató que trabajaba en estrecha colaboración con

los nazis, que compartía gran parte de su ideología. Por ejemplo, Nolte recordó una pequeña página escrita en 1923 por Jünger en el *Völkischer Beobachter*, periódico de Hitler, en el que el futuro "resistente" dijo algunas cosas "inocentes" según el típico marchamo "democrático": "La idea de la verdadera revolución es aquella nacionalista ... su bandera es la cruz esvástica, su forma de expresión la concentración de la voluntad en un único punto momento dado, la dictadura". Esta revolución fue la de sustituir la "acción por la palabra, la tinta por la sangre, el sacrificio por la espada por la retórica de la pluma." Nolte subraya los contactos entre Jünger y los "herejes" nacionalbolcheviques, de acuerdo con su teoría de la "proximidad con el enemigo", y reitera que la de Jünger era una ideología de la guerra, pero de ninguna manera manera destacando un más o menos velado antisemitismo.

Nolte completa su cuadro con otros estimulantes retratos de los protagonistas de la Revolución Conservadora, incluyendo a Schmitt o a los menos conocidos Moeller van den Bruck, August Winnig, Ernst Niekisch y los hermanos Strasser, y también incluye tres intelectuales que eran, por así decirlo, los "padres espirituales" de ese movimiento, como Ludwig Woltmann, Max Scheler y Eduard Stadtler. Figuras que cruzaron las primeras décadas del siglo XX procedentes de culturas muy diferentes: el catolicismo, socialdemocracia, radicalismo nacionalista radical- y de una gran variedad de clases sociales, desde los ricos al simple artesano. A todos se les mide con las energías ideológicas que luchaban en la época. Algunos ponen más énfasis en el nacionalismo, otros en el socialismo, pero no hay ninguno que no estuviese de acuerdo en que el "enemigo principal" -para citar a de Benoist- era Occidente, con su devastadora aplicación del capitalismo depredador y con su degradante cosmopolitismo. Y ninguno de ellos descuida el valor innovador y socialmente decisivo del nacionalismo. Incluso Winnig, socialdemócrata, y Niekisch, filo-bolchevique, quien en 1919 formó parte de los consejos de trabajadores, ponen el énfasis

en la importancia de proteger los aspectos identitarios de la nación.

Algunos de ellos, en algún momento de la lucha, tomaron la actitud de un radicalismo en el que el propio Hitler era considerado como elemento moderador de equilibrio en el complejo movimiento nacionalista. Con esto, la Revolución Conservadora trajo una maduración y una contribución a las ideas políticas realmente no marginales. Que fue siempre anti-liberal y casi siempre anti-comunista.. El mismo Niekisch, que a partir de 1945 será invitado a formar parte de la *Volkskammer* de la República Democrática Alemana, y que fue de los primeros en sufrir pena de prisión bajo el Tercer Reich hasta 1936, había sido capaz de publicar su revista filo-bolchevique *Widerstand*. Era porque, si veía simpatía por ciertos aspectos del bolchevismo, no era comunista, y de la Rusia soviética dio una interpretación "muy suya". Según Niekisch, de hecho, como escribe Nolte, "el ideal comunista era el escudo que habría cubierto el vital impulso de la nacionalidad rusa, en su extrema necesidad para tener éxito."

Muchos revolucionarios conservadores se unieron en el Partido Nacional Socialista, pero muchos otros no lo hicieron. En otros, no se eludió el fenómeno, sino que también, como en los casos de Winnig o Niekisch, desembocaron finalmente en una abierta hostilidad. De todo este revuelto de posiciones, desde ese laboratorio de ideas que fue la Revolución Conservadora tenemos la lección de hoy, como afirma Nolte, que la carga global de fenómenos como el nacional-socialismo, y que incluye también a los movimientos que permanecieron en su órbita ideológica, debe ser observada con una "visión más amplia", con el fin de entender mejor la interrelación del pensamiento y la complejidad de la síntesis que surgieron como tentativas.

El rostro ambiguo de la Revolución Conservadora

La Revolución Conservadora -fenómeno esencialmente alemán, pero no exclusivamente- fue una colección de ideas, un laboratorio, en el que se crearon y difundieron los ideales de un movimiento

que rechazaba el liberalismo y el progresismo iluminístico de Occidente, mientras que, por otra parte, propugnaba el dinamismo de una revolución de gran nivel, pero en el sentido de “re-volver”, de un retorno a la tradición nacional, al orden de los valores naturales, al heroísmo, a la comunidad popular, a la idea de que la vida es trágica aunque magnífica lucha.

Entre 1918 y 1932, estos ideales contarán con numerosos simpatizantes de alto nivel intelectual, así como una gama muy amplia de variedad ideológica: desde la pequeña minoría de aquellos que vieron en el bolchevismo el alba de una nueva conciencia comunitaria, a la gran mayoría de los que, en cambio, lucharon por la extrema afirmación del destino europeo en la era de la técnica de las masas, manteniendo intacta, aunque preservándola de un modo revolucionario, la cualidad tradicional legada por los orígenes del pueblo: identidad, historia, estirpe, patria, cultura. Entre estos últimos, con mucho los más importantes, figuraban personajes de la talla de Jünger, Schmitt, Moeller van den Bruck, Heidegger, Spengler, Thomas Mann, Sombart, Benn, Scheler, Klages y otros muchos. En aquella caótica Sodoma que era la República de Weimar – donde la crisis del Reich era intereptada como la crisis de todo el Occidente liberal– todos estos genios tenían un denominador común: participar en la lucha de oposición a la desintegración de la civilización europea, restaurando la función moderna del orden tradicional a través de la revolución. Desgraciadamente, ninguno de ellos fue nunca un político. Y pocos, incluso, tuvieron cierta cultura política. Esta ausencia de “sensibilidad” fue el motivo por el cual, en un momento dado, la historia les privó de reconocimiento. Y, entre los más famosos, sólo algunos se dieron cuenta que el destino no siempre puede adivinar el silencio de sus estudios.

Escribieron de una Alemania que restaurar en su potencia, hablando de un tipo de hombre heroico y valiente, de “acero”, que habría de dominar el nihilismo de la época moderna, describiendo la civilización occidental como el mayor “mal”, el progreso como un demonio, el capitalismo como la

lepra de la usura, el igualitarismo y el comunismo como primitivas pesadillas... y redescubriendo en las ancestrales raíces del germanismo las fuentes de identidad. Armados de la sabiduría de Nietzsche y del mito dionisiaco, se reavivó el fuego de aquella noche primordial en la que nació el hombre europeo... Sin embargo, cuando los mitos y las invocaciones asumieron la forma humana, de un partido, de una voluntad política, de una voz, cuando el “hombre de acero” descrito en sus libros llamó a las puertas en la forma estilizada de la política, muchos ojos dejaron de ver, muchos oídos comenzaron a dejar de sentir. El viejo síndrome del soñador, que no debe ser perturbado ni siquiera por el propio sueño que le devuelve a la vida... La Revolución Conservadora alemana expresa a menudo la trágica ceguera de muchos de sus seguidores para dar forma y afrontar muchas de sus construcciones teóricas.



Ellos no reconocieron el sonido de una campana, cuyo estruendo fue, en gran parte, provocado por sus propios libros. Entonces, de repente, todo devino demasiado demagógico, demasiado populista, demasiado plebeyo y vulgar. Los intelectuales huían de la militancia, la verdadera lucha, no accedían a ensuciarse las manos con los hechos. Algunos derivaron en

el nacionalsocialismo, otros se adscribieron a la resistencia intelectual e ideológica, hubo quienes no participaron en la “lucha por los valores” y, después de haber predicado largamente, se refugiaron en un pequeño mundo de narraciones y divagaciones. Mentalidad de club: ¿“exilio interior” o más bien deserción de sus propios ideales? Sin embargo, un cierto espacio crítico fundamental siguió existiendo en los márgenes del régimen totalitario, cuando los historiadores informan de las intestinas luchas ideológicas durante el Tercer Reich, de polémicas, de divergencias insalvables: Rosenberg no pensaba como Klages; Heidegger y Krieck eran adversarios políticos irreconciliables... Pensemos en Jünger. Incluso en 1932 había hablado del “dominio”, de la “jerarquía de las formas”, de la sabiduría de los ancestros, del guerrero, del realismo heroico, de la fuerza primigenia, del soldado político, de la “masa que ve reafirmada su existencia en los símbolos de grandeza”... Recordemos de paso que Jünger, en los años veinte, colaboró, no sólo con los líderes del nacionalismo radical, sino también en el *Völkischer Beobachter*, el periódico nacionalsocialista, y que en 1923 envió a Hitler un ejemplar de su libro “Tempestades de Acero” con una dedicatoria. A la luz de los hechos, ¿es obligado el momento de considerar aquellas proclamas sólo como unos buenos ejercicios literarios? Ni siquiera durante la verdadera lucha por el “dominio”, durante los años decisivos de la Segunda Guerra Mundial, encontramos a Jünger en las trincheras donde había estado de joven, sino en las mesas de los cafés parisinos. Así que lo vemos intentando burlarse de Hitler en su diario secreto, en las breves páginas en las que se deleitaba llamándole con el sobrenombre de *Kniebolo*. ¿Todo esto era una “fronda” esotérica o emprobecimiento ideológico? ¿Ejemplo histórico de la disidencia aristocrática o patético agotamiento de un antiguo coraje de militante?

¿Y Spengler? Él también profetizó el restablecimiento del germanismo y de la civilización blanca, postulados que no sólo esbozaban los contornos de un partido

político, sino que parecía tomarlos en serio, a los que opuso después un desdeñoso y soberbio distanciamiento. ¿Y Gottfried Benn? Después de cantar el destino del “hombres superior que combate trágicamente”, después de celebrar la “buena raza del hombre alemán que el vive el sentimiento de su tierra natal”, al comprobar que todo ello se convertía en un Estado, una ley, una política, declinó su pluma...

Pero la Revolución Conservadora, en realidad, no fue sólo esto. Fue también el socialismo de Moeller, el antieconomicismo de Sombart, la idea nacional y popular de Heidegger. En efecto, gran parte de los afiliados a diversas entidades revolucionario-conservadoras confluyeron en el NSDAP, lo cual contribuyó a soldificar su pensamiento político y, en algunos casos, llegaron a ser hombres importantes: de Baeumler a Krieck. Siguiendo a Ernst Nolte –el más grande historiador alemán– la Revolución Conservadora tuvo la oportunidad de ser más una “revolución” que una “conservación”, si no fuera porque se cruzó con la vía política nacionalsocialista: un partido de masas, una propaganda moderna, un líder carismático capaz de alcanzar el poder. ¿No fue el nacionalsocialismo – se pregunta Nolte–, en cuanto negación de la Revolución francesa y de la bolchevique-comunista, una contrarrevolución tan revolucionaria, como la Revolución Conservadora nunca podría serlo?

Después de todo, como ha afirmado el estudioso más experto de este tema, Armin Mohler, “el nacionalsocialismo fue también en puridad una tentativa de realización política de las premisas culturales presentes en la Revolución Conservadora”. El intento póstumo de agregar los temas ideológicos de la Revolución Conservadora y de los diversos movimientos nacional-populares de la época weimeriana a la ideología nacionalsocialista es, no obstante, objetivamente anti-histórico.

Revolución Conservadora y nacionalsocialismo

Andrea Virga

Este artículo analiza las interrelaciones entre la Revolución Conservadora, por un lado, y fascismo y nacionalsocialismo, por otro. Este es un punto muy controvertido, aunque debido a la importancia política del discurso: si los herederos de la primera, como Mohler, insisten en la diversidad y en el contraste entre los dos movimientos políticos, para sostener la validez de una Nueva Derecha (*Neue Rechte*) basada en el pensamiento revolucionario-conservador, *ipso facto* los estudiosos “independientes” e “inocentes” de los crímenes nacionalsocialistas, ideológicamente contrarios, hacen hincapié en la continuidad y la contigüidad de la Revolución Conservadora respecto al nacionalsocialismo, con la consiguiente culpa moral e ilegitimidad política derivadas, con el peso intelectual y académico que, desgraciadamente, proporciona el uso político de la historia.

Por otro lado, sobre el propio concepto de fascismo no hay una opinión unánime entre los especialistas. Creemos, sin embargo, digno de particular atención y crédito la tesis del estudioso israelí Zeev Sternhell, que sitúa los orígenes del fascismo en Francia, definiendo la ideología como una síntesis entre la derecha legitimista, monárquica, nacionalista y anti-republicana, y la izquierda del sindicalismo revolucionario y el socialismo revisionista. Se trata de una definición muy similar a la otorgada a la Revolución Conservadora, pero existe una radical distinción entre los dos: el fascismo, tanto a nivel teórico como a nivel práctico, es una ideología que se expresa en los partidos de masas para movilizar “militarmente” a las masas, especialmente en

el interior de los Estados modernos. Inversamente, la Revolución Conservadora tiene un papel predominante en la publicística política y en el debate cultural, como un *think tank* de análisis político y producción ideológica.

La diversidad del fascismo, sin embargo, nos obliga a subrayar ulteriores precisiones y especificaciones. El extenso término “fascismo” puede asumir una doble acepción: en sentido estricto, como es típico de la historiografía italiana, se limita al fascismo italiano de 1919 hasta 1945; si se entiende en sentido más amplio, de la mano de la historiografía angloamericana, se concibe como una corriente ideológica que abarcaría el fascismo mussoliniano, el falangismo, el nacionalsocialismo y los otros fascismos restantes. En el caso específico que interesa a nuestra investigación, que es el alemán, es el nacionalsocialismo la forma de fascismo nacida y afirmada en el mundo germánico, surgida de otras formas híbridas como el *Vaterländische Front* austríaco o la *Stahlhelm Bund der Frontsoldaten* alemana, a medio camino entre el fascismo y el conservadurismo nacional, los cuales carecían de la inspiración y el ímpetu revolucionario del fascismo auténtico.

Comparando el nacionalsocialismo con el fascismo italiano –el cual, por ser el primero en establecerse y afirmarse como movimiento unitario y alcanzar el poder, es un paradigma de referencia de esta ideología–, la diferencia fundamental, sin perjuicio de una mayoritaria presencia de puntos en común, es la relativa a la cuestión racial y a la cuestión judía. El nacionalsocialismo adoptó, desde el principio, una posición explícitamente racista y antisemita, que el fascismo italiano, sólo en una fase posterior y en menor grado, asumió esencialmente por derivación e influencia del nacionalsocialismo alemán. Incluso la misma idea de Estado, que en la doctrina fascista, siguiendo la filosofía política neohegeliana de Gentile, constituía el bien supremo de la alta política, se presentaba en el nacionalsocialismo sometida al *Volk* (pueblo) de connotaciones raciales.

Del mismo modo, también hay algunas notables diferencias que deben ser tenidas en cuenta y que marcan la distancia entre el nacionalsocialismo y la Revolución Conservadora. La primera y más obvia constituye una característica distintiva del nacionalsocialismo respecto de los otros fascismos y es la doctrina de la supremacía racial y el antisemitismo. Ambos estuvieron presentes, bien es cierto, sobre todo como consecuencia del positivismo y del imperialismo, en la mentalidad común de la burguesía europea y americana, por lo que, incluso en la Revolución Conservadora existieron posiciones más o menos racistas o antisemitas, especialmente en la facción *Völkisch*, pero el nacionalsocialismo fundaba en aquellas orientaciones una parte importante de su propia ideología, sin ninguna concesión sociológica o geopolítica.

En segundo lugar, el nacionalsocialismo y en menor medida el fascismo italiano, se caracterizaban por el *Führerprinzip* (principio de liderazgo), máxima de la doctrina política que impone una jerarquía de líderes en la que cada uno debe ciega obediencia a su superior y tiene la máxima autoridad sobre sus inferiores. En la parte superior se encuentra el *Führer*, como expresión del *Volkgeist* (espíritu del pueblo) y, por tanto, máxima autoridad en todos los poderes (decisionismo). En el ámbito revolucionario-conservador, por el contrario, la estructura de poder teórica estaba basada en la tradición aristocrática y militar, lo que proporcionaba una rígida jerarquía, pero también una amplia autonomía para los cuadros intermedios y la presencia de una estructura colegial. En particular, y generalmente ausente la idea de un *Führer* omnipotente, aparte del cesarismo spengleriano o del decisionismo schmittiano, las concepciones predominantes fueron la aristocrática o, incluso, la formalmente democrática, como de hecho sucedía en corrientes como los *Bündisch* o los *Nationalrevolutionäre* con sus teorías de la soberanía y de la gestión del poder.

Reconstruyendo la historia de la relación entre nacionalsocialismo y Revolución Conservadora, pueden resultar útiles dos ejemplos analógicos. El primero lo

encontramos en la obra de De Felice, el cual distingue entre movimiento fascista y régimen fascista, considerando que el nacionalsocialismo tuvo su propia fase como movimiento, afín por temas comunes pero distinto de la Revolución Conservadora en sí misma, y que se subdividía a grandes rasgos en un “ala izquierda”, berlinesa, prusiana y nacionalbolchevique, dirigida por Goebbels y los hermanos Strasser, y un “ala derecha”, muniquesa, neopagana y *völkisch*, encabezada por Ronsenberg y Himmler, con la mediación “centrista” y *jungkonservativ* de Hitler.



Mientras que en Italia, sin embargo, la fase “movimentística” –al margen del “canto del cisne” de la República Social- fue más breve y condensada y menos articulada antes del establecimiento del régimen con la Marcha sobre Roma, por el contrario en Alemania la Revolución Conservadora pudo desarrollarse plenamente durante una década antes de pasar la transición hacia la fase del régimen de poder. Incluso en este caso nos encontramos de frente con un abrupto endurecimiento y un brusco enfrentamiento de conjunto en la transición de movimiento a régimen, y la consiguiente marginación de los disidentes y del frente de resistencia interior, que supuso, al contrario que en el caso italiano, la persecución y la eliminación física, como en la Noche de los Cuchillos Largos.

Otro ejemplo similar es el relativo a la Revolución Bolchevique, donde es posible operar una distinción entre el movimiento marxista pre-revolucionario y proto-revolucionario (Lenin, Liebknecht,

Luxemburg, Kun, Trotsky) y el régimen marxista, consolidado con el stalinismo, de manera que Mohler pudo hablar precisamente de los “trotskistas del nacionalsocialismo” al referirse a la condición de los revolucionario-conservadores en comparación con el régimen hitleriano y la ideología oficial. No se trataba, sin embargo, de un simple *Wegbereiter*, por citar a Petzold, sino de una concurrencia, respecto del nacionalsocialismo, en el momento de sus desarrollos históricos.

El partido nacionalsocialista, fundado de hecho por miembros de la sociedad secreta *Thule Gesellschaft*, e inspirado en el *Deutsche Arbeiter Partei* austríaco, tuvo un origen independiente de la galaxia formada por la Revolución Conservadora. Si bien el origen, en la época bismarckiana, pudo ser rastreado entre los conservadores y sus predecesores social-cristianos, en los cuales estaban presentes posiciones antisemitas y socialistas, el NSDAP, sin embargo, tomó de las diversas corrientes revolucionario-conservadoras muchas ideas, a diversos niveles, que luego vulgarizó en forma de eslóganes y lemas que conseguían llegar a una mayoría de las masas.

Se puede concluir que la tercera diferencia fundamental era el carácter esencialmente populista y la organización de las masas inherentes al nacionalsocialismo frente al elitista y fraccionado de la Revolución Conservadora. De esta manera, el nacionalsocialismo dio lugar a una forma partidista totalmente diferente de la Revolución Conservadora, y que, combinando el encuadramiento de las masas y de los partidos conservadores tradicionales con la innovación de las ideas sociales y revolucionarias, logró un consenso que le llevaría a la victoria. En cualquier caso, es un error situar estas dos corrientes – nacionalsocialismo y conservadurismo revolucionario- en una relación sucesoria ideológica y cronológica, puesto que nos encontramos exclusivamente ante una relación de tipo dialéctico.

Evola y la Revolución Conservadora

Giano Accame

Restringimos el tema a algunos de sus aspectos instrumentales: la contribución de la utilización política de las ideas de la derecha radical alemana y, en particular, a la “lucha de la sangre contra el oro”, en la consideración de un complejo sistema que retoma la vuelta a la acción, aunque observemos el pulso de un interés transversal por aquella cultura que ha llegado hasta la “liquidación” de Evola.

El concepto de *Konservative Revolution* fue formulado el 10 de enero de 1927 por Hugo von Hofmannsthal, gran escritor de origen judío (su bisabuelo, rehabilitado y ennoblecido un siglo antes por el emperador Francisco I, había construido una sinagoga en Viena, pero su familia era católica desde hacía un par de generaciones), en una conferencia en Baviera con el título “La literatura como espacio espiritual de la nación”. La sistematización orgánica y bibliográfica de este complejo movimiento fue llevada a cabo por Armin Mohler en 1950 en su ensayo “*Die Konservative Revolution in Deutschland, 1918-1932*”, del que Julius Evola informó en Italia en 1953 en las primeras páginas de “Los hombres y las ruinas”.

Fue un mensaje importante para el joven mundo de la derecha, que leía a Evola y tendía, más que a todo aquello que provenía del período fascista, a colegiarse culturalmente con las principales familias del pensamiento tradicional.

Como intermediario cultural de algunos de los autores más interesantes de la Revolución Conservadora alemana, Evola ejerció en el ambiente de la joven derecha italiana postbélica una influencia comparable a la de Paul Sérant con “Romanticismo fascista” (1960). El libro de Sérant nos

permitió descubrir, sobre todo, su consonancia con la narrativa del fascismo francés, que la arrogancia del provincialismo nacional italiano había pasado por alto estúpidamente. Massimo Risi publicó en Italia en los años 60 la obra de Drieu La Rochelle. Del mismo modo, durante el régimen no se había comprendido el extraordinario interés de la ensayística surgida bajo el designio de la Alemania derrotada y sometida a Versalles. De Ernst Jünger fue traducida la novel anti-nazi "Sobre los acantilados de mármol", pero no el diario de la Primera Gran Guerra "Tempestades de acero", ni "A fuego y sangre", que estaban más cercanas a las pasiones de la época, ni siquiera "El Trabajador", obra fundamental de 1935 que describía un nuevo tipo humano de trabajador más próximo a los supervivientes de las trincheras que al proletario marxista o al burgués liberal.

Konservative



Revolution

Por otra parte, los alemanes (y no muchos de ellos) redescubrieron la complejidad y la riqueza, más allá del nacionalsocialismo, de la Revolución Conservadora como la corriente más común que llevó a aquél al éxito político, cuando en 1950 Friedrich Vorwerk, un pequeño editor de derecha, publicó en Stuttgart la Revolución Conservadora de Mohler, un joven estudioso suizo que se había ofrecido voluntariamente a las SS y que sería el secretario particular de Jünger.

En el verano de 1954, un año después de que Evola informase de la noticia editorial, fui a Stuttgart para contactar con el editor Vorwerk y convení con él una conferencia en

Baden-Baden, en un ambiente del *Herrenklub* que sobrevivía bajo el nombre de *Laubheimer Kreis* a la durísima represión de la conjura aristocrática antihitleriana del 20 de junio de 1944 y al proceso democrático de re-educación (*Karakterwaesche*, lavado de carácter, como lo definía Schrenk-Notzing) después de la derrota de 1945. Después tuve la ocasión de restablecer –con resultados modestos– el contacto con Carl Schmitt y Carlo Costamagna, que había mantenido (con Evola) colaboración en la revista *Lo Stato*. Sobre estos temas pude escribir en *Il reazionario* de Buscaroli, en *Lotta politica* (semanario del MSI) y en *Tabula rasa*, la revista que preparó en 1956 el distanciamiento del MSI.

Sobre las relaciones entre Evola y la Revolución Conservadora alemana, continúa siendo básico el estudio de H.T. Hansen para la revista *Criticon* de Gaspar Schrenk-Notzing, inmediatamente traducido por Alessandro Grossato para los "Estudios Evolianos" de 1998, que reconstruyó el encuentro de Evola con los seguidores de Arthur Moeller van den Bruck (se había suicidado –se dice– por la desilusión de ver crudamente aplicado por Hitler su sueño del Tercer Reich), con Othmar Spann (cuya obra fundamental "El verdadero Estado" ha sido traducida) y Walter Heinrich, con Gottfried Benn, Carl Schmitt, Oswald Spengler, del cual el propio Evola publicó la traducción de "La Decadencia de Occidente" y la edición del ensayo evoliano sobre *L'Operario nel pensiero di Ernst Jünger*. También debemos recordar la cita en "Revuelta contra el mundo moderno" del "Burgués" de Sombart y de la magistral biografía del emperador Federico II de Ernst Kantorowicz, un nacionalista alemán que sirvió en los *Freikorps* y después fue obligado a emigrar a los Estados Unidos por motivos de discriminación racial. También debemos a Evola alguna mención solitaria del amplio ensayo de Christoph Steging *Das Reich und die Krankheit der europaischen Kultur* (Hamburgo, 1938): el autor murió en la guerra y la desconfianza ha condenado a su libro a un completo olvido. Fueron mediaciones culturales de excepcional importancia, no sólo retrospectiva, por un

estudio histórico de las ideas, sino también para construir el futuro. Y en este ámbito no debemos pasar por alto el papel postbélico de la pequeña editorial de derecha, precursora de tantos posteriores “descubrimientos”.

Tampoco es coincidencia que la ruptura del “cinturón sanitario” que la izquierda había creado contra la influencia del “maestro”, viniera de dos excelentes conocedores de la cultura alemana de derecha, Antonio Gnoli y Franco Volpi, que ya tenía un libro de conversaciones con Ernst Jünger *“I prossimi Titani”* (1997). Gnoli, por su parte, abrió las páginas culturales de *La Repubblica* con la introducción de Volpi a la reedición del “Ensayo sobre el idealismo mágico” de Evola, anunciando la re-evaluación de un filósofo reconocido en el ámbito del idealismo; un día después *Panorama* también dedicaba unas cuantas páginas al mismo argumento rebatiendo la “liquidación” del “barón negro”.

A punto de imprimirse por un profundo erudito como Franco Volpi una recopilación de diversos autores de la Revolución Conservadora alemana, del padre Nietzsche a Heidegger, a Schmitt, a Romano Guardini, a Gottfried Benn, Volpi había añadido dos textos de Evola, “Revuelta contra el mundo moderno” y “Metafísica del sexo”, en la versión italiana (la primera edición salió en Alemania) del *Dizionario delle opere filosofiche* (Mondadori, 2000); y un par de años después, interviniendo en una emisión de *Rai Educational* sobre Evola, diría sin vacilar que Evola debía incluirse, junto a Croce y Gentile, entre los tres principales pensadores del siglo XX.

En resumen: recuperó a Evola, como hacía algún tiempo se había recuperado a Nietzsche, Schmitt, Heidegger, Jünger, Spengler, mostrando un interés común por la Revolución Conservadora alemana.

Entre las razones destinadas a impulsar la difusión de los escritos evolianos pudo influir las direcciones cada vez más transversales en la actualidad de la crítica al economicismo realizada por los autores alemanes de la Revolución Conservadora. En *Rivolta* es ya explícita esta cuestión, junto a la

clásica obra de Max Weber sobre el origen protestante del capitalismo, de la interpretación de Sombart que ilustra el proceso de la destrucción espiritual en el vacío que se produjo por la conversión del hombre en *uomo economico*, creado por los grandes empresarios capitalistas en interés de sus propios negocios, un fin que se apoderó del vértigo al abismo, del horror de una vida privada de todo sentido.

La crítica del economicismo en las posiciones de derecha es precisamente el tema –que podíamos definir como “la guerra de la sangre contra el oro”– que sale fortalecido para el presente milenio, mientras se debilitan las fuerzas del sentimiento nacional, por no hablar del mito imperial. A decir verdad el tema de la guerra de la sangre contra el oro fue utilizado por la propaganda fascista con un significado restringido y demagógico, como un choque entre los pueblos jóvenes y pobres contra los ricos. Versión no más utilizable ahora que en el pasado, por otra parte. El verdadero significado del conflicto entre el espíritu y la materia ha sido usurpado de la auténtica política y de la misma economía productiva por parte de la economía financiera, como ya sucedió en la primera parte del siglo pasado.

Incluso en los polémicos comentarios dirigidos por Evola a los “demonios de la economía” en “Los hombres y las ruinas” (1953), tiene un lugar privilegiado la cita directa de Sombart, cuyas obras principales han precedido a Spengler, si bien Evola confronta sus puntos críticos. Pero los ecos de Sombart es imposible no recordar “La Decadencia de Occidente” y, en particular, su conclusión, que habla del “titánico asalto del dinero” contra las fuerzas –ligadas a la tierra– de la técnica, de la industria, incluso la del campesinado: “Sólo las altas finanzas son completamente libres, completamente intransferibles... La máquina, bajo el seguimiento humano, la máquina, verdadera soberana del siglo, está a punto de sucumbir a un poder más fuerte. Pero esta será la última de las victorias que el dinero puede reportar; después, comenzará la última lucha, la lucha con la que la civilización alcanzará su forma final: la lucha entre el dinero y la sangre”.

Esta lucha es permanente o, más exactamente, está aún por llegar, mientras Spengler –equivocadamente– profetizaba un fin próximo: “El advenimiento del cesarismo reomperá la dictadura del dinero y de su arma política, la democracia. Después de un largo triunfo de la economía cosmopolita y de sus intereses sobre las fuerzas políticas creativas, el aspecto político de la vida demostrará ser, a pesar de todo, el más fuerte. La espada triunfará sobre el dinero, la voluntad de los señores doblará de nuevo la voluntad del depredador”. Sustanciosa, aunque como anticipación de la polémica de Pound contra la usurocracia, la crítica de Spengler continúa: “errores extraños, como aquellos de los que derivó el culto a Bruto, millonario usurero que, como ideólogo de una constitución oligárquica, asesinó al hombre de la democracia entre los aplausos de los patricios del Senado”.



El motivo del cesarismo, que Evola en “Los hombres y las ruinas” más bien se limita a señalar –y a degradar– como bonapartismo, se concretó y se perdió de tal manera que lo habrían hecho irrepetible. Mientras tanto se había consumado otra de las profecías de Spengler en “Años decisivos” de 1933: la partición entre Rusia y América del dominio mundial y la equivalencia entre el materialismo soviético y el materialismo capitalista. Observaciones que encontramos anticipadas más lúcidamente en el ensayo de Evola sobre “Americanismo y bolchevismo” de 1929 e incorporado también en la parte final de “Revuelta contra el mundo moderno”. En el

ensayo de 1929, también es interesante la fuerza con la que se afirma “la tradición mediterránea, clásica y romana, inicialmente citada en “La Decadencia de Occidente”, que introduce el motivo spengleriano de la sangre y del oro en la crítica de la civilización americana, que (como la Rusia soviética), practica la religión del interés por el beneficio, de la producción, de la realización mecánica, inmediata, visible, cuantitativa, siempre por encima de cualquier otro interés. Se construye un ente gigantesco, que tiene oro por sangre, máquinas por miembros, técnica por cerebro...

A *grosso modo*, el mismo tema polémico contra la usurpación de la política por la economía financiera es el fundamento de “*L’Operaio nel pensiero di Ernst Jünger*”, cuya presentación por Evola está fechada en 1960. Habla de la “dictadura del pensamiento económico”, anticipándose a la más reciente controversia sobre el “pensamiento único”, ultraliberal, con una importante precisión: “Aal negar el mundo económico como aquello que determina la vida, que es como un destino, lo que se hace es cuestionar su rango, no su existencia”. No se trata de patrocinar un extrañamiento del espíritu de toda lucha económica; incluso puede ser bueno que la lucha económica asuma una extrema dureza. Pero “la economía no debe dictar las reglas del juego”, éste debe “estar ordenado por una ley superior de la lucha”. La superación del mundo burgués exige “la declaración de independencia del hombre nuevo respecto del mundo económico”, declaración que “no significa la renuncia a tal mundo sino a la subordinación y a la pretensión que tiene de ejercer un dominio superior”. Precisión importante, repito, porque establece una jerarquía de valores, pero que no implica la exclusión de los que se ocupan de la economía y de sus mecanismos, como en ocasiones piensan algunos evolianos. Para hacer frente a la crisis, hay que redirigirla hacia la soberanía de los derechos nacionales y sociales, como recomendaba Ezra Pund.

La *Konservative Revolution* como doctrina de la decadencia de Alemania

Miguel Ángel Simón

No obstante, quizás es en Alemania, en el terreno abonado de un país asombrado por una derrota acontecida sin que un solo soldado enemigo haya pisado el suelo patrio, y que la iconografía nacional asimilará inmediatamente al mito de la «puñalada por la espalda», donde más fácilmente cuajan los sentimientos de final de ciclo, de crisis de civilización y de decadencia. Es precisamente en Alemania donde la derecha radical adopta la idea de palingenesia y regeneración nacional como elemento central para escapar a la postración política y social y para vengar la humillación del *diktat* de Versalles. Y, en esa labor de apropiación y reformulación del discurso de la decadencia por la derecha radical, corresponderá un papel fundamental a la *Konservative Revolution*.

Si, como señala Armin Mohler, el término de Revolución Conservadora ya había sido utilizado por Thomas Mann en un artículo de 1921 titulado «Antología Rusa», Stefan Breuer también ha constatado otras utilizaciones de ese término fuera de Alemania por Dostoïevski y Maurras. Pero la formulación más precisa del movimiento fue realizada por Hugo von Hofmannsthal en 1927 al reclamar un movimiento de reacción al proceso desencadenado por el Renacimiento y la Reforma, un movimiento de reacción que permita al hombre actual escapar a la disociación moderna y reencontrar su «vínculo con la totalidad». Pero esa reforma conservadora debe adoptar ciertos elementos, especialmente la técnica, propios de la modernidad como medio de fortalecimiento, de potencia, que permita la regeneración nacional. En esa ambigüedad hacia la modernidad, en esa aceptación de la técnica como medio de poder pero puesta al

servicio de valores tradicionales, se encuentra el origen de las disputas conceptuales actuales. Si Breuer rechaza el término Revolución Conservadora,

Louis Dupeux propone usar el de «reacción moderna», mientras que Jeffrey Herf habla de «modernismo reaccionario» y Denis Goeldel prefiere referirse a la «modernización radical del conservadurismo». En todo caso nos interesa menos la génesis exacta del concepto y el debate nominal que su contenido. Tampoco nos detendremos en los vínculos de estos autores con el nacionalsocialismo, vínculos que toman todas las formas posibles, desde la colaboración (Carl Schmitt), la resistencia a las ofertas de colaboración (Van den Bruck), la expectativa y el desencanto (Ernst Jünger), el rechazo frontal y la persecución (Ernst Niekisch, Thomas Mann) o la ejecución (Edgard J. Jung).

Lo que nos interesa aquí, más que esas vicisitudes personales, es que estos autores constituyen una parte del sustrato intelectual en el que cuajará el fascismo como movimiento de masas. Del mismo modo que los autores mencionados más arriba, con su trabajo contribuyen a extender unos sentimientos y percepciones que, siendo compartidos por la derecha radical (no sólo nacionalsocialista), familiarizarán a las masas con unas ideas y temáticas que además se apoyan en el prestigio de reconocidos intelectuales, habida cuenta de que «la revolución conservadora, fue de hecho la ideología dominante en Alemania durante el período de Weimar». No entraremos en el espinoso tema de la responsabilidad del intelectual por el uso de sus obras. No se trata aquí de realizar un juicio moral sobre la responsabilidad de estos autores, simplemente se señala que su reformulación del ideario conservador tradicional constituye un jalón fundamental en la extensión y familiarización del público con el ideario de la extrema derecha radical de la que *también* forma parte el fascismo.

La gran novedad de estos autores es que recuperan la idea de revolución para la tradición intelectual de la extrema derecha, son así participantes activos en la creación de

una nueva corriente de extrema derecha. Efectivamente, desde la Revolución Conservadora se añade, a la extrema derecha tradicionalista y a la reaccionaria, la extrema derecha radical. De hecho Moeller van den Bruck señalaba expresamente que su objetivo era arrancar la revolución de las manos de los revolucionarios y abre su libro con el epígrafe «queremos ganar la revolución», y ello para proceder a un resurgimiento radical utilizando ciertas formas de la modernidad. También encontramos en estos autores la formulación de la necesidad de construir una «tercera vía» entre el capitalismo y el comunismo, desde el «socialismo prusiano» de Moeller van der Bruck, hasta la corriente nacional-revolucionaria de Ernst Jünger y la nacional-bolchevique o «fascismo rojo» de Ernst Niekisch o Karl Otto Paetel, lo que pretenden estos autores es «poner las bases de un nuevo mundo capaz de materializar la síntesis de la izquierda y la derecha, de la revolución de octubre y de la contrarrevolución». Así pues, el punto de encuentro de estos autores, pese a sus diversas recetas, radica en que «se trata de la toma de posición de una elite intelectual que rechaza el corsé de las teorías políticas del siglo XIX y de sus prolongaciones en el siglo XX. Al tiempo que se siente interpelada por la crisis fatal que les parece afectar a la sociedad capitalista y liberal moderna».

Por tanto, uno de los núcleos que constituyen la urdimbre intelectual de la Revolución Conservadora radica en la misma idea de decadencia, en «la constatación de los destrozos causados por el progreso destruyendo valores y estructuras tradicionales (...) hay que parar este proceso, que se ha acelerado desde la Revolución Francesa, por una contrarrevolución que restaure los valores tradicionales». Pero, como decíamos, estos pensadores no se ven como reaccionarios, no pretenden una vuelta a un mundo premoderno, de hecho lo que defienden es «mantener los valores tradicionales que merecen ser salvados». Un ejemplo evidente es que la técnica ocupará un lugar importante en la obra de estos autores, destacando el caso más conocido de Ernst Junger, para ellos la regeneración y la salida de la decadencia pasa por un dominio

de la técnica pero puesta al servicio de valores tradicionales. Por ello se ha llegado a sostener que la Revolución Conservadora, lejos de ser antimodernista y reaccionaria, acepta decididamente la modernidad, especialmente (¿exclusivamente?) la modernidad *industrial y técnica*.

Como ha señalado Barbara Koehn, en el estudio más reciente sobre este movimiento, la Revolución Conservadora «nace de un sentimiento de crisis frente a la civilización capitalista moderna, que se esfuerza por superar a través de un nuevo modelo de sociedad civil y política (y constituye) una corriente de ideas ambiguas, interesante por la insatisfacción profunda que expresa frente al modelo social y político de la modernidad». Dentro de este movimiento cultural encontramos gran cantidad de autores que presentan diferentes soluciones a la decadencia moderna, pero en todos ellos constituye un elemento incuestionable la consideración de que la obra de la modernidad ha abocado al declive de occidente. Será una idea que recojan los trabajos de Oswald Spengler, los hermanos Jünger, Hugo von Hofmannsthal, Moeller van den Bruck, Carl Schmitt, Hans Grimm, Edgar Julius Jung, Ernst von Salomón, Thomas Mann, etc.

De la centralidad de la idea de decadencia en esta corriente da cuenta el título de una las obras más conocidas dedicadas a su estudio, Fritz Stern adopta para referirse al conjunto de valores que, remontándose al siglo XIX, están en el núcleo de la Revolución conservadora el expresivo calificativo de «la política de la desesperación cultural». Efectivamente, simplemente la lectura de *El trabajador* de Ernst Jünger, nos indicará que estamos ante algo nuevo, ante una reivindicación de valores y fines tradicionales y a su defensa a través de *medios* modernos (técnica) y todo ello para evitar «la descomposición y la decadencia que golpean al mundo burgués, el gran ancestro de Jünger es (...) Georges Sorel». El mismo sentido de salvar la decadencia de la modernidad a través del uso de la técnica por valores tradicionales tiene su concepto de «movilización total». La referencia a Sorel es tanto más interesante

cuanto que, junto con Spengler, constituye el vínculo efectivo entre los revolucionarios conservadores y el *kulturpessimismus* del cambio de siglo y que se remonta, sin que podamos entrar en estas breves líneas en más detalle, a la reacción que en Alemania provocaron las guerras napoleónicas y al movimiento de industrialización del XIX, así como a las corrientes románticas, antipositivistas y al darwinismo que gana los ambientes intelectuales de la Alemania Guillermina y que tiene ejemplos notables en Lagarde, Langbehn, Nietzsche, y el amplísimo movimiento juvenil nacional alemán.

No obstante, la cesura entre el *Kulturpessimismus* y la Revolución Conservadora que Dupeux cree constatar en que los revolucionarios conservadores presentan un optimismo palingenésico frente al pesimismo anterior, no es absolutamente convincente. Si es cierto que Moeller van den Bruck, Ernst Jünger, Ernst Niekisch, etc. Defienden la posibilidad de regeneración nacional, no menos cierto es que el diagnóstico de la sociedad moderna (en la que viven) sigue siendo el de la decadencia toda vez que, como señala el propio Dupeux «los temas pesimistas de la decadencia o del declive, o incluso de la degeneración biológica (...) se habían convertido en moneda corriente».

El ejemplo más evidente de decadentismo *pesimista* será Oswald Spengler y su *Decadencia de occidente*, pero el mismo diagnóstico de decadencia (aunque con recetas *optimistas* sobre la regeneración) encontramos en los revolucionarios conservadores. Ambos comparten el diagnóstico decadentista pero difieren en el tratamiento, si el *kulturpessimismus* no deja apenas resquicios a la regeneración (decadentismo *pesimista*) la Revolución Conservadora cree en la posibilidad de regeneración nacional (decadentismo *optimista*). Si para Spengler «Occidente » es equiparable a la decadencia a través de sus valores, para Thomas Mann, la lucha entre la *cultura* (alemania) y la *civilización* (la modernidad, Francia, Inglaterra, EEUU) es la lucha por salvar el espíritu alemán de la perversión, mientras que tanto el concepto

de «movilización total» de Ernst Jünger y de Ernst von Salomon y el de «Estado total» de Carl Schmitt remiten a la oposición de la «pseudosociedad atomizada propia del liberalismo» frente a la sociedad orgánica, jerarquizada y unificada. Explícito es a este respecto Theodor Fritsch, que escribía en 1930, en la revista *Hammer*: «la humanidad actual está en patente declive».

Jünger no dudará en calificar ese momento como la «época del dolor» y su oposición de «vulcanistas» frente a «neptunistas» no consiste en otra cosa que en la diferencia entre catastrofismo y progresismo o evolucionismo, si el XIX fue un siglo neptuniano fue porque «predominaron las ideas evolucionistas», en cambio, el siglo XX, escribe Jünger, es más bien vulcaniano por «la tendencia al catastrofismo (...) las visiones apocalípticas (...) el ser humano está familiarizándose con la visión de futuros campos de ruinas». Y más adelante insiste: «La situación en que nosotros nos encontramos es la de unos caminantes que han estado marchando durante largo tiempo sobre un lago helado cuya superficie comienza ahora a cuartearse».

Y si la ilustración y la modernidad han creído que a través de la ciencia y la política se podía eliminar el dolor, no han producido más que debilidad, entiende Jünger, que frente a ello opone «tanto la disciplina ascética del sacerdote (...) como la disciplina heroica del guerrero, dirigida a lograr un endurecimiento como el del acero». El modelo, la *figura* que propone Jünger es, como es sabido, la del *Trabajador*, y en éste se procede «como una operación quirúrgica mediante la cual se extirpa a la vida la zona de sentimentalidad (...) de la zona de sentimentalidad forma parte ante todo la libertad individual».

Por otra parte, Jünger entiende que la razón de la derrota de Alemania en la Gran Guerra radicó en que no fue capaz de alcanzar la movilización total, de incorporar a las masas a la defensa de unos ideales, de nacionalizar a las masas totalmente. La solución que propone para salir de la decadencia pasa así por nacionalizar esas

masas ya que «la cantidad de asentimiento, de público, está convirtiéndose en el factor decisivo de la política. En especial el socialismo y el nacionalismo son las dos grandes piedras de molino entre las cuales tritura el progreso los restos del mundo viejo y finalmente se tritura a sí mismo».

Frente a ello, y habida cuenta de que «la sociedad burguesa está condenada a morir», salir de la decadencia supone entrar en la era de la *figura* del trabajador, una figura que entienda que «aunque perezca el mundo es preciso cumplir el mandato», del mismo modo «el orden es la imagen de la libertad reflejada en un espejo de acero. La obediencia (...) y el orden son la disponibilidad a ejecutar el mandato que cual un rayo penetra por la copa y llega hasta las raíces», mientras que «al jefe se lo reconoce en que es el primer servidor, el primer soldado, el primer trabajador. De ahí que la libertad y el orden estén referidos no a la sociedad, sino al Estado, y que el modelo de toda articulación sea la articulación del ejército y no el contrato social. De ahí también que el momento en que nosotros los alemanes alcanzamos nuestro estado de máxima fortaleza es aquel en el que no caben dudas acerca de quién es el jefe». Sólo saliendo de la «edad burguesa» será posible la regeneración, ese mundo burgués ya toca a su fin, estamos en el extremo de la decadencia, en el final de una era, «en tal edad todas las cosas se diluían en ideas, en conceptos (...) y los polos de ese espacio líquido eran la razón y la sentimentalidad. Europa, el mundo, que se encuentran ya en el último estadio de su disolución, siguen estando recubiertos de ese líquido (...) pero el burgués no pertenece a las figuras; de ahí que (...) el tiempo lo devore».

Igualmente clara es la descripción decadentista que pinta Ernst von Salomon en *Los proscritos*: «Eran cosas que ya no podía soportar mi vista (...) eran cosas que habían perdido todo su valor (...) en aquella hora menguada en que todo parecía derrumbarse (...) me veía yo (...) frente a los nuevos tiempos, tiempos llenos de acontecimientos informes que me hostigaban por todas partes y en los cuales no vibraba ninguna llamada clara, ninguna certeza que iluminara

irresistiblemente en cerebro, salvo la de que aquel mundo en el que yo vivía (...) iba a desplomarse definitiva e irrevocablemente, y que no resucitaría, no renacería jamás».

Efectivamente, la autobiografía de Salomon está absolutamente plagada de referencias negativas que no dejan ningún lugar a la duda, la época que vive es percibida como la más absoluta disolución, las referencias en las que abunda en la descripción son suficientemente expresivas: «sombras negras y amenazadoras», «olor fétido», «piedra grisácea», «tantas cosas monstruosas», «los hombres acosados se arrastraban con cansancio infinito», «el suelo se estremecía (...) pero el edificio, aunque cayéndose a pedazos, todavía se tenía en pie». También la causa de las desgracias está clara para este autor: «¡condenada razón que siempre estaba de su parte!, y con sus razonamientos prudentes y comedidos ahogaban toda protesta y asfixiaban el entusiasmo más ardiente. La disgregación del antiguo orden, añadida al desencantamiento (...) y al relajamiento de todos los vínculos».

La solución también nos resulta familiar: «movilización total» proclamará Salomon como haciéndose eco de Jünger y de Schmitt. Y para ello sólo hace falta un líder que «le quitaría a la desesperación su lúgubre tristeza, que haría resurgir de cada brizna de hierba, de cada muralla, de cada ventana y de cada puerta, nuestro odio y nuestra fe». Y, también de un modo característico, encontrará en las cualidades guerreras la receta de la regeneración, y en los soldados la verdadera personificación de la patria. La salvación sólo puede estar en esos soldados que «traían consigo un aliento temible, un ambiente de sangre, de acero, de materias explosivas, de decisiones inmediatas (...) la patria está en ellos y en ellos la nación (...) no creen en las palabras (...) marchar adelante era para nosotros (...) la destrucción de todos los vínculos que nos ligaban a un mundo podrido, un mundo a la deriva, con el cual el verdadero guerrero no podía ya tener nada en común».

En definitiva, son los frutos de la modernidad los que gangrenan el espíritu

alemán, la ilustración y la burguesía corrompen al pueblo virtuoso, pero en realidad, entiende, Salomon, pertenecen ya a una época pasada. La decadencia alcanza su cenit y la labor de disolución está prácticamente cumplida, un mundo toca a su fin: «el mundo de los burgueses, de las ideas que la burguesía se había fabricado para su propio uso: instrucción laica, libertad individual, orgullo en el trabajo (...) sabíamos que una vez muerto aquello ya no resucitaría jamás (...) lo que por nada del mundo queríamos, era oír hablar de lo que se discutía y se deliberaba en la Asamblea Nacional».

Y, de nuevo, si la palingenesia supone la eliminación de la sociedad «burguesa», y de los valores e instituciones modernas, la vía de la verdadera revolución pasa por el dominio de la técnica, en la que se encuentra el secreto del poder: «¡es como si, al contacto del metal estremecido de mi arma, yo sintiera las balas hundirse en los cuerpos humanos, en cuerpos vivos y calientes! ¡Placer satánico! ¡Formo un todo con mi máquina! ¡Yo mismo soy máquina, frío metal! ¡Balas, más balas que perforan la masa compacta! (...) somos nosotros quienes hemos de hacer la revolución. Pienso que la revolución aún está por hacer, ¿democracia parlamentaria? Vamos, eso fue moderno en 1848 (...) aún falta hacer la revolución. Esa es la tarea que nos espera ahora (...) hacer la revolución por la nación, la verdadera revolución nacional».

Es ese el sustrato intelectual, las fuentes en las que bebe la reformulación ideológica de la derecha radical tras la Segunda Guerra Mundial. Alain de Benoist, alrededor de quien se aglutinó el movimiento conocido como *Nouvelle Droite*, y Julius Evola, autor de lo que ha dado en denominarse «neotradicionalismo», constituyen sin duda los dos autores más destacados del radicalismo de derecha, y su cosmovisión emana directamente de lo que hemos visto anteriormente.

© Miguel Ángel Simón Gómez. *El decadentismo en la derecha radical contemporánea*, en *Política y Sociedad*, 2007, Vol. 44 Núm. 1.

La influencia de Armin Mohler sobre la cosmovisión de la Nueva Derecha

Robert Steuckers

¿Qué permanecerá de su enfoque en el futuro? La respuesta esta pregunta es extensa. Muy extensa. Desafía la biografía de Armin Mohler, la historia de su trayectoria personal, que tuvo muchas veces la ocasión de mencionar (en *Von rechts gesehen* o en *Der Nasenring*). Vuestra cuestión requeriría todo un libro para ser respondida, aquél que será necesario consagrar algún día a ese hombre asombroso. Creo que Karlheinz Weissmann se prepara a esta tarea. Es el hombre mejor preparado para redactar esa biografía. Primera observación sobre las ideas de Mohler, y en consecuencia sobre su influencia, es que nacen siempre de la experiencia existencial, de lo particular y nunca de fórmulas abstractas o grandes ideas abstractas.

Toda la obra de Mohler esta influenciada por este recurso constante a lo particular y a lo vivido, corolario de una crítica sin igual de las ideas abstractas. El prólogo de su *Konservative Revolution in Deutschland* es muy claro sobre este tema. Para responder sucintamente a vuestra pregunta, diré que la influencia de Mohler viene sobre todo de las recomendaciones literarias que dio a lo largo de su carrera, en particular, en las columnas de la revista *Criticón* y, a veces en las de la colección *Herderbücherei Initiative*, dirigida por Gerd- Klaus Kaltenbrunner, colección que no ha sido reeditada desgraciadamente pero que nos deja una masa impresionante de documentos para construir y precisar nuestras posiciones ideológicas.

La influencia de Mohler que ejerció sobre mí se debe principalmente a lo siguiente:

El realismo heroico.

Primero.- Me ordenó leer el libro de Walter Hof, *DER Weg zum heroischen Realismus. Pessimismus und Nihilismus in der deutschen Literatur von Hamerling bis Benn* (Verlag Lothar Rotsch, Bebenhausen, 1974, ISBN 3-87674-015-0). Hof examina dos grandes períodos de transición en la historia literaria alemana (y europea): el Sturm und Drang al final del siglo XVIII y la Revolución Conservadora al principio del XX. Estos dos tiempos tienen en común que las certezas se hundían. Los espíritus clarividentes de estos tiempos se dan cuenta de que las certezas muertas nunca se sustituirán por nuevas certezas similares, es decir sólidas y tan afianzadas. Las sustancialidades de ayer, en las cuales los hombres se basaban, y que percibían como fuera de ellos, como boyas exteriores que daban seguridad, desaparecen del horizonte. Los pasadistas nostálgicos consideran que esa desaparición conduce al nihilismo. Con Heidegger, los revolucionarios conservadores, que constatan la quiebra de estas últimas sustancialidades, dicen: "la sustancia del hombre, es la existencia". Se lanza efectivamente al hombre (geworfen) al movimiento aleatorio de la vida sobre este planeta: porque no tiene otro lugar donde actuar. Las boyas sustancialistas de antes solo sirven a los que renuncian a combatir, que pretenden escapar del flujo furioso de los hechos desafiantes, que abandonan la idea de decidir, cortar, por lo tanto de existir, de salir de los entorpecimientos diarios, es decir, de la inautenticidad. Esta actitud revolucionaria conservadora (y heideggeriana) favorece, pues, el gesto heroico, la acción concreta que acepta la aventura, el riesgo (Faye), el viaje en este mundo immanente sin estabilidad consoladora. Desde este punto de vista, el "rebasamiento" no es una voluntad de borrar lo que es, lo que es herencia del pasado, lo que molesta, sino una utilización mediata y funcional de todos los materiales que están allí (en el mundo) para crear formas: bonitas, nuevas, ejemplares, movilizadoras.

El realismo heroico de los revolucionarios conservadores reside, pues, completamente en la voluntad personal

(persona individual o colectiva) que crea formas, que da forma al bruto (Gottfried Benn). Esta definición del realismo heroico por Hof se incorpora al "nominalismo", tal como lo definió Mohler (según su lectura atenta de Georges Sorel) o la concepción "esférica" de la historia, presentada por Mohler en su famosa obra de referencia sobre la "Revolución Conservadora" alemana y por Giorgio Locchi en las columnas de Nouvelle Ecole. Esta concepción "esférica" del tiempo y la historia rompe tanto con la concepción reaccionaria y restauradora de la historia, que describe ésta como cíclica (retorno del tiempo sobre sí mismo a intervalos regulares), como con las concepciones lineales y progresistas (que ven la historia como una marcha hacia lo "mejor" según un esquema vectorial). Las concepciones cíclicas consideran que el retorno de lo mismo es ineludible (forma de fatalismo). Las concepciones lineales devalúan el pasado, no respetan ninguna de las formas forjadas anteriormente, y contemplan un tólos, que nos lleva a lo será necesariamente mejor e insuperable. La concepción esférica de Mohler y Locchi implica que hay retornos pero nunca retornos de lo idéntico, y que la esfera del tiempo puede ser impulsada en una dirección u otra por una voluntad fuerte, por una personalidad carismática, un pueblo audaz. No hay pues ni repetición ni regreso a la sustancia inmóvil y ni tampoco una linearidad vectorial que progresa. La concepción esférica admira al creador de la forma, el que trastorna las rutinas y destruye los ídolos inútiles, sin importar si es artista (el *Artisten-Metaphysik* de Nietzsche) o un terapeuta o ingeniero.

Mohler nos sugirió una antropología heroica concreta, derivada, en particular, de su amor del arte, de las formas y de la poesía de Gottfried Benn. Pero, para completar este realismo heroico de Hof y Mohler, añadiría - también para dar una mayor profundidad genealógica a la ND- el pensamiento de la acción, formulado por Maurice Blondel, en el que la persona es receptora de fragmentos del mundo, de jugos vitales, decía, y que debe transformarlos por medio de la alquimia particular que opera en ella, para

realizar acciones originales que desarrollarán y constituirán su ser, obtendrá una "mayor originalidad", una digna intensidad de admiración (la acción, OP cit., p. 467-468).

El debate realismo/nominalismo.

Segundo.- Porque inició el debate realismo/nominalismo en una discusión que le oponía al católico Thomas Molnar (Criticón, nº47, 1978). Traduje fragmentos de este debate para la revista neoderechista belga Para un Renacimiento europeo, luego Alain de Benoist reanudó esa discusión en Nouvelle Ecole. La Nueva Derecha manejó la etiqueta autorreferencial del "nominalismo" durante numerosos años. Desgraciadamente, el uso del término "nominalismo" por Alain de Benoist y sus seguidores fue demasiado a menudo inadecuado y, sobre todo, sin referencia a Blondel, Sorel y Papini, mientras que Mohler, especialista de Sorel, conocía muy bien el contexto de la utilización de ese término. ¡La crítica católica de la ND tuvo el mérito de destacar la insuficiencia del "nominalismo" medieval, en tanto que fue el origen del individualismo y el liberalismo posteriores, que de Benoist rechazaba! La nueva derecha así se estancó, dando nacimiento a un diálogo de sordos, donde se ignoraba la posición de Blondel, a ese católico, doctrinario de la acción por la acción. Un día se lanzó un verdadero debate sobre el nominalismo en una "conferencia federal de los responsables" del GRECE, realizada en la región de Lyon, en Francia. Ese día, Pierre Bérard criticó el mal uso del término "nominalismo" en las filas de la ND, basándose en las tesis de Louis Dumont que - resumo muy esquemáticamente - deplora la erosión de los lazos comunitarios bajo los ataques de una modernidad a la vez intelectual (constituida por la filosofía de la Ilustración), industrial y moral. Tenía razón. Pero al oír esta brillante argumentación, de Benoist entró en cólera y abandonó la sala, con un comportamiento bastante pueril. Bérard, pese a sus títulos y a su preparación, fue tratado como un alumno irrespetuoso. Modesto aceptó, en nombre de la disciplina (!) de grupo, abdicar su papel de universitario crítico, para dejar el campo libre al periodista sin calificaciones académicas que fue de Benoist.

Algunos años más tarde, de Benoist se acercó, no obstante, a las posiciones de Bérard, y las hizo suyas, pero sin nunca explicar a sus lectores, de manera precisa, como ocurrió esta importante transición, entre una primera interpretación torpe del "nominalismo", dejando por medio un buen número de ambigüedades, y la defensa de las diferencias (pues de las particularidades contra las grandes ideas abstractas), que implicaban la crítica del individualismo de las Luces, según el método de Louis Dumont. Para volver de nuevo a la parte fundamental de esta parte de mi respuesta, en cuanto al "nominalismo", Mohler nos enseñaba en un artículo de Criticón (nº47, op. cit.).

- a desconfiar de las concepciones demasiado rígidas del "Orden" o de la "Naturaleza", como las que la escolástica y el racionalismo (cartesiano o no) habían avanzado.

- a abandonar el "mar muerto de las abstracciones" para entrar en "las tierras fértiles de lo real con sus irregularidades, sus imprevisiones y sus sorpresas".

- a concebir toda alteridad como alteridad en sí, como alteridad autónoma, más allá del "bien" y del "Mal", como todas las gestiones que vuelven a dar al hombre su carácter aventurero, por lo tanto su dignidad. Hay en todos los textos de Mohler esa aspiración insaciable hacia una libertad plena y completa, no una libertad que se traslada de las cosas concretas para volar hacia empíreos sin carne y sin grosor, sino una libertad de trabajar (gestalten, prägen) algo en la inmensa riqueza immanente del mundo, del aquí y del ahora, sin ocuparse de las amonestaciones de los filósofos de salón, siempre dogmáticos y polvorientos, que se reclaman en la escolástica medieval o en una modernidad racionalista.

El "sí" a lo real de Clemente Rosset.

Tercero.- Porque animó a Clemente Rosset (Criticón, nº67, 1981), que había descubierto algunos años antes, hace veinte años, en la antinaturaleza y la lógica de lo peor, dos obras que muy profundamente le influenciaron. Mohler saludaba en Clemente Rosset al filósofo que decía "sí" a lo real

(Bejahung des Wirklichen), criticando los pensamientos que mantenían la existencia de otro mundo, que habría precedido o que sería el verdadero mundo. En el retrato que crujía de Rosset, Mohler arriesgaba un deseo: ver esta apología verdadera de la realidad a ser el fundamento filosófico e ideológico de una "nueva derecha", finalmente capaz de deshacerse de todo lastre incapacitante.

La crítica del Occidente de Richard Faber, católico de izquierdas.

Cuarto.- Porque llamó mi atención sobre la importancia de los trabajos de Richard Faber, profesor en Berlín y crítico amargo de las visiones históricas de las derechas alemanas (véase *Criticón*, n°90, 1985; de Robert Steuckers, "Occidente: concepto polémico", *Orientaciones*, n°5, 1984). Para Faber, católico de izquierdas, es necesario universalizar el catolicismo, arrancarlo de sus raíces romanas, paganas y oficiales. ¡Es lo contrario de nuestra posición, lo contrario del catolicismo de un Carl Schmitt! Pero la documentación explotada por el profesor berlinés era tan abundante que completaba provechosamente la obra principal de Mohler, lo que reconocía de buen grado y deportivamente. El trabajo de Faber permitía una crítica del concepto de Occidente, en particular, de la voluntad americana de retomar el papel de la Roma imperial, poniendo a la vieja Europa bajo su tutela. Faber criticaba por allí algunas posiciones de Erich Voegelin, que proponía combinar sus opciones católicas conservadoras, pro-caudillistas, con la tutela americana en el marco de la alianza atlántica de la OTAN. Aunque no tenga en absoluto la misma óptica, la crítica del Occidente por Faber debe ponerse en paralelo con la de Niekisch, que era a largo plazo, una nueva alianza germanorrusa, actualización del tándem Rusia-Prusia de fines de la era napoleónica.

La mirada de Panayotis Kondylis sobre el conservadurismo.

Quinto.- Porque animó a los lectores de *Criticón*, luego, más tarde, de *Junge Freiheit*, a leer atentamente la obra de Panayotis Kondylis sobre el conservadurismo (*Criticón*, n° 98, 1986; Robert Steuckers, "es necesario informar al pleito de las derechas!", en

Querer, n°52-53, 1989, sobre P. Kondylis, v. p. 8). El enfoque del conservadurismo que se encuentra en la obra de Kondylis es fundamentalmente diferente al de Mohler, en el sentido de que Kondylis considera que la base del conservadurismo ha desaparecido porque la clase de los aristócratas latifundistas desapareció o ya no es bastante potente y numerosa para tener un peso político determinante. Mohler aceptó y asimiló las posiciones de Kondylis: reconoce la crítica del pensador griego que mantiene que todo conservadurismo post-aristocrático no es más que un estetismo (pero para Mohler, esto "no es una injuria!"), sobre todo si no defiende la sociedad civil contra la influencia disolvente del liberalismo. Debe haber la obligación, en toda la "derecha" no conformista de defender al pueblo real, es decir, a la sociedad civil contra las instituciones basadas en abstracciones filosóficas, pues, porque denegan la libertad. Gran mérito de Kondylis, concluía a Mohler: "Su encanto intelectual consiste precisamente en esto:" nos presenta los conceptos y las ideas que trata en sus concretos antecedentes".

Wolfgang Welsch y el postmodernidad.

Sexto.- Porque nos aconsejó leer las obras de Wolfgang Welsch sobre la postmodernidad (véase *Criticón*, n°106, 1988; de Robert Steuckers, "la génesis del postmodernidad", *Querer*, n°54-55, 1989). Con mucha razón, Mohler constata que Wolfgang Welsch da a sus lectores un hilo de Arianna para situarse en la selva de los conceptos filosóficos contemporáneos, a menudo bastante indeterminados e incomprensibles. Es más, Welsch logra una interpretación "afirmativa" del fenómeno postmodernista, que nos permite abandonar alegremente la prisión de la modernidad. El postmodernismo de Welsch, revisado por Mohler, no es ni una antimodernidad radical y rebelde ni una transmodernidad, sino otra modernidad que se libera de los límites y rigorismos anteriores. El postmodernismo rechaza la "Mathesis Universalis" tan querida por Descartes. Luego de Jean-François Lyotard, no cree ya en los "grandes relatos" que prometían una unificación-universalización del mundo bajo los

auspicios de una sola ideología racionalista. Este doble rechazo corrobora por supuesto las eternas intuiciones de Mohler. Y lleva, demás, el sello de Nietzsche.

Georges Sorel: referencia constante.

Séptimo.- Finalmente porque incansablemente nos invitó a releer a Georges Sorel y a explorar el contexto de su tiempo (Criticón, n°20, 1973; n°154, 1997; n°155, 1997). Sorel, que a veces fue llamado el "Tertuliano de la revolución", era alérgico al racionalismo estrecho, a los pequeños cálculos políticos que realizaba la social-democracia. A este espíritu de tendero, llevado por una ética eudémonista de la convicción y por una voluntad de excluir de la memoria todos los grandes impulsos del pasado y de borrar sus rastros, Sorel oponía el "mito", la fe en el mito de la revolución proletaria. La ética burguesa, a pesar de su pretensión de ser racional, ha conducido a la desorganización e incluso a la desagregación de las sociedades. Ninguna continuidad histórica y oficial es posible sin una dosis de fe, sin un impulso vital (Bergson). Básicamente, cuando Sorel desafía a los socialistas aburguesados de su tiempo, sugiere una diferente antropología: el racionalismo corta lo real, lo que es malsano, mientras que el mito casa los flujos. El mito, indiferente a todo "final" tomado como definitivo o creado como ídolo, es el núcleo de la cultura (de toda cultura). Su desaparición, su rechazo, su inutilización conducen a una entropía peligrosa, a la decadencia. Una sociedad obstruida por el filtro racionalista resulta incapaz de regenerarse, de dibujar y despertar sus propias fuerzas en su relato fundador. La definición sorélica del mito prohíbe pensar la historia como un determinismo; la historia es hecha por raras personalidades que la impulsan en ciertas direcciones, en períodos axiales (Armin Mohler reanuda la terminología de Karl Jaspers, que Raymond Ruyer utilizará a su vez en Francia). La visión mítica de las personalidades que la impulsan y de los períodos axiales es la concepción "esférica" de la historia, propia de la Nueva Derecha.

De la «*Konservative Revolution*» a la «*Nouvelle Droite*»: ¿apropiación o rehabilitación?

Sebastian J. Lorenz

I. El ser y el no-ser de una "Revolución Conservadora" en Europa

El ser.

Bajo la fórmula "Revolución Conservadora" (en adelante, se utilizarán también las siglas RC) acuñada por Armin Mohler (*Die Konservative Revolution in Deutschland 1918-1932*) se engloban una serie de corrientes de pensamiento, cuyas figuras más destacadas son Oswald Spengler, Ernst Jünger, Carl Schmitt y Moeller van den Bruck, entre otros. La denominación de la RC (o KR en sus siglas originales), quizás demasiado ecléctica y difusa, ha gozado, no obstante, de aceptación y arraigo, para abarcar a una serie de intelectuales alemanes "idiosincráticos" de la primera mitad del siglo XX, sin unidad organizativa ni homogeneidad ideológica, ni -mucho menos- adscripción política común, que alimentaron proyectos para una renovación cultural y espiritual de los auténticos valores contra los principios demoliberales de la República de Weimar, dentro de la dinámica de un proceso palingenésico que reclamaba un nuevo renacimiento alemán y europeo (una re-generación).

Aun siendo conscientes de que los lectores que se acerquen a un ensayo de estas características cuentan ya con un cierto bagaje de conocimientos sobre la llamada "Revolución Conservadora", parece conveniente abordar un intento por situarla ideológicamente, especialmente a través de determinadas descripciones de la misma por sus protagonistas, complementadas por una síntesis de sus principales actitudes ideológicas -o mejor, de rechazos- que son,

precisamente, el único vínculo de asociación entre todos ellos. Porque lo revolucionario-conservador se define principalmente por una actitud ante la vida y el mundo, un estilo, no por un programa o doctrina cualquiera.

Según Giorgio Locchi, entre 1918 y 1933 la *Konservative Revolution* nunca presentó un aspecto unitario o monolítico y «acabó por perfilar mil direcciones aparentemente divergentes», contradictorias incluso, antagónicas en otras ocasiones. Ahí encontraremos personajes tan diversos como el primer Thomas Mann, Ernst Jünger y su hermano Friedrich Georg, Oswald Spengler, Ernst von Salomon, Alfred Bäumler, Stefan Georg, Hugo von Hofmannsthal, Carl Schmitt, Jacob von Uexküll, Hans F.K. Günther, Werner Sombart, Gustav Kossinna, Hans Blüher, Gottfried Benn, Max Scheler y Ludwig Klages. Todos ellos dispersados en torno a una red de asociaciones diversas, sociedades de pensamiento, círculos literarios, organizaciones semi-clandestinas, ligas juveniles, grupúsculos políticos, en la mayoría de las ocasiones sin conexión alguna (su único vínculo ideológico era el archivo de Nietzsche), pero con una vocación común: un intelectualismo excesivamente elitista que implicó, finalmente, un descrédito popular ante la fastuosidad de un movimiento de masas como el nacionalsocialismo.

Esas diferencias han llevado a uno de los estudiosos de la Revolución Conservadora, Stefan Breuer, a considerar que realmente no existió la Revolución Conservadora y que tal concepto debe ser eliminado como herramienta heurística. Pero, como afirma Louis Dupeux, la Revolución Conservadora fue, de hecho, la ideología dominante en Alemania durante el período de Weimar.

Los orígenes de la RC –siguiendo la tesis de Locchi– hay que situarlos a mediados del siglo XIX, si bien situando lo que Mohler llama las “ideas”, o mejor, las “imágenes-conductoras” (*Leitbilder*) comunes al conjunto de los animadores de la Revolución Conservadora. Precisamente, uno de los efectos del hundimiento de la vieja y decadente actitud fue el desprestigio de los conceptos frente a la revalorización de las

imágenes. Estética frente a ética es la expresión que mejor describe esta nueva actitud.

En primer lugar, se sitúa el origen de la imagen del mundo en la obra de Nietzsche: se trata de la concepción esférica de la historia, frente a la lineal del cristianismo, el liberalismo y el marxismo; se trata, en realidad, de un “eterno retorno”, pues la historia no es una forma de progreso infinito e indefinido; en segundo lugar, la idea del “interregno”: el viejo orden se hunde y el nuevo orden se encuentra en el tránsito de hacerse visible, siendo nuevamente Nietzsche el profeta de este momento; en tercer lugar, el combate del nihilismo positivo y regenerativo, una “re-volución, un retorno, reproducción de un momento que ya ha sido”; y en cuarto y último lugar, la renovación religiosa de carácter anticristiano, a través de un “cristianismo germánico” liberado de las formas judaico-orientales o de la resurrección de antiguas divinidades paganas indoeuropeas.

Según Klaus Gauger, que se remite a Armin Mohler, la RC no podría ser comprendida sin Nietzsche. “Era él quien ofrecía a la nueva derecha los conceptos e ideas que la distinguían de la derecha tradicional de fin de siglo: la preponderancia del activismo y dinamismo nihilistas, una ética viril, militarista y nacionalista, una dura crítica del liberalismo, del marxismo y de la cultura de masas, y la visión postburguesa del nuevo superhombre heroico del futuro. La nueva derecha radical politizaba la filosofía de la vida de una manera radical y propugnaba la visión revalorizada de un nuevo orden postracional y postcristiano más allá del bien y del mal”. La culminación de esta interiorización de Nietzsche por la derecha radical alemana fue la interpretación de Alfred Bäumler con su libro *Nietzsche: Der Philosoph und Politiker*.

Resulta, pues, que Nietzsche constituye no sólo el punto de partida, sino también el nexo de unión de los protagonistas de la RC, el maestro de una generación rebelde, que sería filtrado por Spengler y Moeller van den Bruck, primero, y Jünger y Heidegger, posteriormente, como de forma magistral

expuso Gottfried Benn en su ensayo *Nietzsche, cincuenta años después*. En las propias palabras de Nietzsche encontramos el primer aviso del cambio: «Conozco mi destino. Algún día se unirá mi nombre al recuerdo de algo tremendo, a una crisis como no la hubo sobre la tierra, al más hondo conflicto de conciencia, a una decisión pronunciada contra todo lo que hasta ahora ha sido creído, exigido, reverenciado».

Nietzsche es la punta de un iceberg que rechazaba el viejo orden para sustituirlo por un nuevo renacimiento. Y los representantes generacionales de la Revolución Conservadora percibieron que podían encontrar en el filósofo germano a un “ancestro directo” para adaptar la revolución de la conciencia europea a su Kulturpessimismus. Ferrán Gallego ha escrito una aproximación a la esencia de la *Konservative Revolution*:

«... el elogio de las élites y la desigualdad, la concepción instrumental de las masas, el rechazo de la “nación de ciudadanos” a favor de la nación integral, la visión orgánica y comunitaria de la sociedad frente a las formulaciones mecanicistas y competitivas, la combinación del liderazgo con la hostilidad al individualismo, el ajuste entre la negación del materialismo y la búsqueda de verificaciones materiales en las ciencias de la naturaleza. Todo ello, presentado como un gran movimiento de revisión de los valores de la cultura decimonónica, como un rechazo idéntico del liberalismo y del socialismo marxista, estaba aún lejos de organizarse como movimiento político. La impresión de que había concluido un ciclo histórico, de que el impulso de las ideologías racionalistas había expirado, la contemplación del presente como decadencia, la convicción de que las civilizaciones son organismos vivos, no fueron una exclusiva del pesimismo alemán, acentuado por el rigor de la derrota en la gran guerra, sino que se trataba de una crisis internacional que ponía en duda las bases mismas del orden ideológico contemporáneo y que muchos vivieron en términos de tarea generacional.»

Louis Dupeux insiste, no obstante, en que la RC no constituye, en momento alguno, «una ideología unificada, sino una Weltanschauung plural, una constelación sentimental». Ya sean considerados “idealistas”, “espiritualistas” o “vitalistas”, todos los revolucionario-conservadores consideran prioritaria la lucha política y el liberalismo es considerado como el principal enemigo, si bien el combate político se sitúa en un mundo espiritual de oposición idealista, no en el objetivo de la conquista del poder ansiada por los partidos de masas. Según Dupeux, la fórmula de esta “revolución espiritualista” es propiciar el paso a la constitución de una “comunidad nacional orgánica”, estructurada y jerarquizada, consolidada por un mismo sistema de valores y dirigida por un Estado fuerte.

En fin, una “revuelta cultural” contra los ideales ilustrados y la civilización moderna, contra el racionalismo, la democracia liberal, el predominio de lo material sobre lo espiritual. La causa última de la decadencia de Occidente no es la crisis sentimental de entreguerras (aunque sí marque simbólicamente la necesidad del cambio): la neutralidad de los Estados liberales en materia espiritual debe dejar paso a un sistema en el que la autoridad temporal y la espiritual sean una y la misma, por lo que sólo un “Estado total” puede superar la era de disolución que representa la modernidad. Así que la labor de reformulación del discurso de la decadencia y de la necesaria regeneración será asumida por la Revolución Conservadora.

Si hubiéramos de subrayar ciertas actitudes o tendencias básicas como elementos constitutivos del pensamiento revolucionario-conservador, a pesar de su pluralidad contradictoria, podríamos señalar diversos aspectos como los siguientes: el cuestionamiento de la supremacía de la racionalidad sobre la espiritualidad, el rechazo de la actividad política de los partidos demoliberales, la preferencia por un Estado popular, autoritario y jerárquico, no democrático, así como un distanciamiento tanto del “viejo tradicionalismo conservador” como de los “nuevos

liberalismos" capitalista y marxista, al tiempo que se enfatizaba la experiencia de la guerra y el combate como máxima realización. La reformulación del ideario se fundamenta en la necesidad de construir una "tercera vía" entre el capitalismo y el comunismo (sea el socialismo prusiano de van den Bruck, el nacionalismo revolucionario de Jünger o el nacional-bolchevismo de Niekisch). Y por encima de estas actitudes se encontraba presente el sentimiento común de la necesidad de barrer el presente decadente y corrupto como tránsito para recuperar el contacto con una vida fundamentada en los valores eternos.

El propio Mohler, que entendía la "Revolución Conservadora" como «el movimiento espiritual de regeneración que trataba de desvanecer las ruinas del siglo XIX y crear un nuevo orden de vida» -igual que Hans Freyer consideraba que "barrerá los restos del siglo XIX"-, proporciona las evidencias más convincentes para una clasificación de los motivos centrales del pensamiento de la RC que, según su análisis, giran en torno a la consideración del final de un ciclo, su repentina metamorfosis, seguida de un renacimiento en el que concluirá definitivamente el "interregno" que comenzó en torno a la generación de 1914. Para ello, Mohler rescata a una serie de intelectuales y artistas alemanes que alimentaban proyectos comunitarios para la renovación cultural desde un auténtico rechazo a los principios demoliberales de la República de Weimar.

Para Mohler, según Steuckers, el punto esencial de contacto de la RC era una visión no-lineal de la historia, si bien no recogió simplemente la tradicional visión cíclica, sino una nietzscheana concepción esférica de la historia. Mohler, en este sentido, nunca creyó en las doctrinas políticas universalistas, sino en las fuertes personalidades y en sus seguidores, que eran capaces de abrir nuevas y originales caminos en la existencia.

La combinación terminológica *Konservative Revolution* aparecía ya asociada en fecha tan temprana como 1851 por Theobald Buddeus. Posteriormente lo hacen Youri Samarine, Dostoïevski y en 1900 Maurras. Pero en 1921 es Thomas Mann el

primero en utilizar la expresión RC con un sentido más ideologizado, en su *Russische Anthologie*, hablando de una «síntesis [...] de ilustración y fe, de libertad y obligación, de espíritu y cuerpo, dios y mundo, sensualidad y atención crítica de conservadurismo y revolución». El proceso del que hablaba Mann «no es otro que una revolución conservadora de un alcance como no lo ha conocido la historia europea.»

La expresión RC también tuvo fortuna en las tesis divulgadas por la Unión Cultural Europea (*Europäische Kulturbund*) dirigida por Karl Anton, príncipe de Rohan, aristócrata europeísta y animador cultural austríaco, cuya obra *La tarea de nuestra generación* de 1926 -inspirada precisamente en El tema de nuestro tiempo de Ortega y Gasset- utiliza dicha fórmula en varias ocasiones. Sin embargo, la fórmula RC adquirió plena popularidad en 1927 con la más célebre conferencia bávara de Hugo von Hofmannsthal, cuando se propuso descubrir la tarea verdaderamente hercúlea de la Revolución Conservadora: la necesidad de girar la rueda de la historia 400 años atrás, toda vez que el proceso restaurador en marcha «en realidad se inicia como una reacción interna contra aquella revolución espiritual del siglo XVI (se refiere al Renacimiento)». Hofmannsthal, en definitiva, reclamaba un movimiento de reacción que permitiera al hombre escapar a la disociación moderna y reencontrar su "vínculo con la totalidad".

En palabras de uno de los más destacados representantes de la RC, Edgar J. Jung: «Llamamos Revolución Conservadora a la reactivación de todas aquellas leyes y valores fundamentales sin los cuales el hombre pierde su relación con la Naturaleza y con Dios y se vuelve incapaz de construir un orden auténtico. En lugar de la igualdad se ha de imponer la valía interior; en lugar de la convicción social, la integración justa en la sociedad estamental; la elección mecánica es reemplazada por el crecimiento orgánico de los líderes; en lugar de la coerción burocrática existe una responsabilidad interior que viene de la autodeterminación genuina; el placer de las masas es sustituido

por el derecho de la personalidad del pueblo».

Por último, señalar que el propio Mohler reconocía que “Revolución Conservadora” era un “sintagma paradójico”, pero también que era la expresión, respecto a todas las demás propuestas que mejor resumía sus dos características esenciales de esta corriente de pensamiento: «Por un lado, la Revolución Conservadora puede ser definida como el intento de los exponentes desilusionados de la izquierda y de la derecha de crear algo nuevo (tercera vía), utilizando estímulos provenientes tanto de la izquierda como de la derecha. Las dicotomías tradicionales, como “derecha e izquierda”, “progreso y conservación”, ya no tienen valor. Prototipo de esta síntesis es Georges Sorel, redescubierto en Alemania, entre otros, por Carl Schmitt». La diferencia entre estos conservadores revolucionarios y el conservadurismo al viejo estilo fue establecida por Martin Greffenhagen, basándose en los textos de Moeller van den Bruck y Ernst Jünger: «Esta idea de crear situaciones dignas de ser conservadas es la idea fundamental de la Revolución Conservadora.»

El *no-ser*.

Otro de los lugares comunes de la RC es la autoconciencia de quienes pertenecían a la misma de no ser meramente conservadores. Es más, se esmeraban en distanciarse de los grupos encuadrados en el “viejo conservadurismo” (*Altkonservativen*) y de las ideas de los “reaccionarios” que sólo deseaban “restaurar” lo antiguo. La preocupación central era “combinar las ideas revolucionarias con las conservadoras” o “impulsarlas de un modo revolucionario-conservador” como proponía Moeller van den Bruck.

Por supuesto que la “revolución conservadora”, por más que les pese a los mal llamados “neoconservadores” (sean del tipo Reagan, Bush, Thatcher, Aznar, Sarkozy o Merkel), no tiene nada que ver con la “reacción conservadora” (una auténtica “contrarrevolución”) que éstos pretenden liderar frente al liberalismo progre, el comunismo posmoderno y el

contraculturalismo de la izquierda. La debilidad de la derecha clásico-tradicional estriba en su inclinación al centrismo y a la socialdemocracia (“la seducción de la izquierda”), en un frustrado intento por cerrar el paso al socialismo, simpatizando, incluso, con los únicos valores posibles de sus adversarios (igualitarismo, universalismo, falso progresismo). Un grave error para los que no han comprendido jamás que la acción política es un aspecto más de una larvada guerra ideológica entre dos concepciones del mundo completamente antagónicas.

En fin, la derecha neoconservadora no ha captado el mensaje de Gramsci, no ha sabido ver la amenaza del poder cultural sobre el Estado y como éste actúa sobre los valores implícitos que proporcionan un poder político duradero, desconociendo una verdad de perogrullo: no hay cambio posible en el poder y en la sociedad, si la transformación que se trata de imponer no ha tenido lugar antes en las mentes y en los espíritus. Se trata de una apuesta por el “neoconservadurismo” consumista, industrial y acomodaticio, o de la recreación de una “revolución conservadora” con patente europea que, en frase de Jünger, fusione el pasado y el futuro en un presente ardiente.

Entre tanto, el “neoconservadurismo” contrarrevolucionario, partiendo del pensamiento del alemán emigrado a norteamérica Leo Strauss, no es sino una especie de “reacción” frente a la pérdida de unos valores que tienen fecha de caducidad (precisamente los suyos, propios de la burguesía angloamericana mercantilista e imperialista). Sus principios son el universalismo ideal y humanitario, el capitalismo salvaje, el tradicionalismo académico, el burocratismo totalitario y el imperialismo agresivo contra los fundamentalismos terroristas “anti-occidentales”.

Para estos neoconservadores, Estados Unidos aparece como la representación más perfecta de los valores de la libertad, la democracia y la felicidad fundadas en el progreso material y en el regreso a la moral

judeocristiana, siendo obligación de Europa el copiar este modelo triunfante. En definitiva, entre las ideologías popularizadas por los “neocons” (neo-conservadores en la expresión vulgata de Irving Kristol) y los “recons” (revolucionarios-conservadores) existe un abismo insalvable. El tiempo dirá, como esperaban Jünger y Heidegger, cuál de las dos triunfa en el ámbito europeo de las ideas políticas.

El “neoconservadurismo” angloamericano, reaccionario y contrarrevolucionario es, en realidad, un neoliberalismo democratista y tradicionalista –lean si no a Fukuyama– heredero de los principios de la Revolución francesa. La Revolución Conservadora, sin embargo, puede definirse, según Mohler, como la auténtica “antirrevolución francesa”: la Revolución francesa disgregó la sociedad en individuos, la conservadora aspiraba a restablecer la unidad del conjunto social; la francesa proclamó la soberanía de la razón, desarticulando el mundo para aprehenderlo en conceptos, la conservadora trató intuir su sentido en imágenes; la francesa creyó en el progreso indefinido en una marcha lineal; la conservadora retornó a la idea del ciclo, donde los retrocesos y los avances se compensan de forma natural.

En la antagónica Revolución Conservadora, ni la “conservación” se refiere al intento de defender forma alguna caduca de vida, ni la “revolución” hace referencia al propósito de acelerar el proceso evolutivo para incorporar algo nuevo al presente. Lo primero es propio del viejo conservadurismo reaccionario –también del mal llamado neoconservadurismo– que vive del pasado; lo segundo es el logotipo del falso progresismo, que vive del presente-futuro más absoluto.

Mientras que en gran parte del llamado mundo occidental la reacción ante la democratización de las sociedades se ha movido siempre en la órbita de un conservadurismo sentimental proclive a ensalzar el pasado y lograr la restauración del viejo orden, los conservadores revolucionarios no escatimaron ningún esfuerzo por marcar diferencias y distancias con lo que para ellos era simple

reaccionarismo, aunque fuera, en expresión de Hans Freyer, una Revolución desde la derecha. La RC fue simplemente una rebelión espiritual, una revolución sin ninguna meta ni futuro reino mesiánico.

II. La rehabilitación de la “Revolución Conservadora” por la “Nueva Derecha”

Puede hablarse, incluso, de una segunda fase de la “Revolución Conservadora” en Europa. A partir del “mayo del 68”, la llamada “Nueva Derecha” francesa (*Nouvelle Droite*) y los diversos movimientos identitarios europeos, fundados por simulación o escisión de la misma, han invertido intelectualmente gran parte de sus esfuerzos en la recuperación del pensamiento de los principales autores de la RC, como Oswald Spengler, Ernst Jünger, Carl Schmitt y Moeller van den Bruck, junto a otros como Martin Heidegger, Ludwig Klages, Ernst Niekisch, Gottfried Benn, Edgar J. Jung, Ernst von Salomon, Arnold Gehlen y Werner Sombart (por citar sólo algunos de ellos), a través de una curiosa fórmula retrospectiva: el retorno a los orígenes teóricos, dando un salto en el tiempo para evitar “la tentación y el interregno totalitarios”, para comenzar de nuevo intentando reconstruir los fundamentos ideológicos de un conservadurismo revolucionario y eludiendo cualquier “desviacionismo”.

Desde esta concepción, puede afirmarse que la RC es uno de los arsenales centrales para el pensamiento de la Nueva Derecha (en adelante, se utilizarán también las siglas ND). Desde luego, aunque algunos autores han hablado abiertamente de una “apropiación”, la ND ha procurado una “rehabilitación” constante del pensamiento revolucionario-conservador, lo cual puede interpretarse como un intento deliberado de mantener vivo un proceso de renacimiento cultural y metapolítico, eludiendo otras propuestas más desacreditadas y revisando ciertas estrategias pasadas para, al final, dejar intacta su verdadera misión: acabar con la decadencia de la democracia liberal y reemplazarla por un nuevo orden de valores en las sociedades europeas, en el que sean revitalizadas las identidades étnicas y la herencia cultural indoeuropea. La RC ha

sido redirigida contemporáneamente contra el “paradigma único”: la universalización, la mundialización y la multiculturalización.

A pesar de las múltiples –e inevitables– escisiones y divisiones de esta escuela de pensamiento “néodroitier”, sus máximos exponentes teóricos, desde Locchi a Pauwels y Steuckers, pasando por De Benoist, han dedicado numerosos estudiosos a la “Revolución Conservadora”, bien efectuando revisiones y relecturas de sus principales pensadores, o bien realizando tesis de conjunto sobre este fenómeno, especialmente tras la esperada reedición del manual de Armin Mohler sobre la *Konservative Revolution* alemana. De ahí el certero aforismo según el cual “entre Jünger y De Benoist existe un puente llamado Mohler”.

En cualquier caso, la “Nueva Derecha” representa un nuevo tipo de política revolucionario-conservadora frente a la ya tradicional economicista, gestiona y demoliberal, situándose en algún lugar “neutro” (no equidistante) entre la derecha y la izquierda (extramuros de la política), dentro de una estrategia metapolítica (la mitopoeia benoistiana frente a la apoliteia evoliana).

Alain de Benoist se pregunta cuáles son las razones del retraimiento progresivo de la interferencia entre las nociones de derecha y de izquierda, precisando que «desde luego que la derecha quiere un poco más de liberalismo y un poco menos de política social, mientras que la izquierda prefiere un poco más de política social y un poco menos de liberalismo, pero al final, entre el social-liberalismo y el liberalismo social, no podemos decir que la clase política esté verdaderamente dividida». Y citando a Grumberg: «El fuerte vínculo entre el liberalismo cultural y la orientación a la izquierda por un lado, y el liberalismo económico y la orientación a la derecha por otro, podrían llevar a preguntarnos si estos dos liberalismos no constituyen los dos polos opuestos de una única e igual dimensión, que no sería otra que la misma dimensión derecha-izquierda.»

Pero seguramente ha sido Ernst Jünger quien mejor describió estos conceptos

políticos. El conservador genuino –escribe Jünger– no quiere conservar éste o aquél orden, lo que quiere es restablecer la imagen del ser humano, que es la medida de las cosas. De esta forma, «se vuelven muy parecidos los conservadores y los revolucionarios, ya que se aproximan necesariamente al mismo fondo. De ahí que sea siempre posible demostrar la existencia de ambas cualidades en los grandes modificadores, en las que no sólo derrocan órdenes, sino que también los fundan».

Jünger observaba cómo se fusionan de una manera extraña las diferencias entre la “reacción” y la “revolución”: «emergen teorías en las cuales los conceptos “conservador” y “revolucionario” quedan fatalmente identificados [...], ya que “derecha” e “izquierda” son conceptos que se bifurcan a partir de un eje común de simetría y tienen sentido únicamente si se los ve desde él. Tanto si cooperan como si lo hacen al mismo tiempo, la derecha y la izquierda dependen de un cuerpo cuya unidad tiene que hacerse visible cuando un movimiento pasa del marco del movimiento al marco del estado.»

Por todo ello, queremos subrayar aquí que, con las denominaciones de “Revolución Conservadora” y “Nueva Derecha” (aún respetando esta expresión por su difusión y popularidad y descartando otras como “Derecha radical”, hubieran sido preferibles otras como “ND Revolucionaria” o simplemente, para mantener sus orígenes, “Conservadurismo Revolucionario”), se hace referencia a un estilo ético y estético de pensamiento político dirigido al repudio de los dogmatismos, la formulación anti-igualitaria, el doble rechazo de los modelos capitalista y comunista, la defensa de los particularismos étnicos, la consideración de Europa como unidad, la lucha contra la amenaza planetaria frente a la vida, la racionalización de la técnica, la primacía de los valores espirituales sobre los materiales.

Para Dominique Venner, la estrategia de “purificación doctrinal y cultural”, siguiendo las pautas de un “gramscismo de derecha”, resituará el centralismo nacionalista en un nuevo proyecto revolucionario-conservador

europeo. Frases como “la unidad revolucionaria es imposible sin unidad de doctrina” o “la revolución es menos la toma de poder que su uso en la construcción de una nueva sociedad”, serán las aspiraciones metapolíticas de esta corriente de pensamiento, cuya estrategia asumirá la vía de la lucha de las ideas para conseguir, primero, el poder cultural, y, posteriormente, la hegemonía política y la transformación social.

Venner coincidirá con Jean Mabire en la realización de una síntesis del oxímoron “revolución-conservación”. Mabire dirá que “toda revolución es, antes que nada, revisión de las ideas recibidas”, en la creencia de “que los reaccionarios, es decir, aquellos que reaccionan, son obligatoriamente revolucionarios”. Es, en definitiva, el segundo acto de una “Revolución Conservadora Europea”, y a ello consagrarán su vida y su obra una serie de pensadores europeos identitarios, desligados del típico – y tónico- patrón del “intelectual occidental” no comprometido. Paganismo, europeísmo, socialismo, tradicionalismo y etnoculturalismo, consignas para una transmodernidad del siglo XXI.

El eje central de la crítica al sistema político “occidental” lo constituye la denuncia del cristianismo dogmático, el liberalismo y el marxismo, como elementos niveladores e igualadores de una civilización europea, perdida y desarraigada, que busca, sin encontrarla, la salida al laberinto de la “identidad específica”. En el núcleo de esta civilización europea destaca la existencia del “hombre europeo multidimensional”, tanto a nivel cultural (étnico) como biológico (antropológico), que en su concepción sociológica reafirma los valores innatos de la jerarquía y la territorialidad, como al específicamente humano, caracterizado por la cultura y la conciencia histórica. Constituye, en el fondo, una reivindicación de la “herencia” –tanto individual como comunitaria-, fenómeno conformador de la historia evolutiva del hombre y de los pueblos, que demuestra la caducidad de las ideologías de la nivelación y la actualidad de la rica diversidad de la condición humana. Un resumen incompleto y forzado por la

tiranía del espacio, pero que sirve al objeto de efectuar comparaciones.

Un análisis comparativo entre la filosofía de la RC alemana y la ND europea, del mismo modo que dentro de ambas corrientes no existió, ni existe, la homogeneidad, al encontrarnos con diversas tendencias, la comparación entre ambas tampoco es unívoca, pero sí permite establecer puntos de conexión en común.

En primer lugar, el eterno retorno y el mito. En ambas corrientes se percibe la historia desde una perspectiva cíclica (Evola, Spengler) o esférica (Nietzsche, Jünger, Mohler), por oposición a la concepción lineal común propia del cristianismo y el liberalismo.

En segundo lugar, el nihilismo y la regeneración. Se tiene la consideración de vivir en un interregno, de que el viejo orden se ha hundido con todos sus caducos valores, pero los principios del nuevo todavía no son visibles y se hace necesaria una elaboración doctrinal que los ponga de relieve.

En tercer lugar, la creencia en el individuo, si bien como parte indisoluble de una comunidad popular y no en el sentido igualitario de la revolución francesa, que lleva a propugnar un sobrehumanismo aristocrático y una concepción jerárquica de la sociedad humana e, incluso, de las civilizaciones.

En cuarto lugar, la renovación religiosa. La RC alemana tuvo un carácter marcadamente pagano (espiritualismo contra el igualitarismo cristiano), orientación que recogió fielmente la primera ND francesa, aunque la resistencia de sus seguidores cristianos suavizó el paganismo inicial de esta corriente. En cualquier caso, representaban una “salida de la religión”, es decir, la incapacidad de las confesiones para estructurar la sociedad.

En quinto lugar, la lucha contra el decadente espíritu burgués. En el seno de la RC alemana, las adversas condiciones bélicas, el frío mercantilismo y la gran corrupción administrativa provocaron, como reacción, el nacimiento de un espíritu aguerrido y combativo para barrer las

caducas morales. De Benoist ha hecho de su crítica al “burgués” uno de los ejes centrales de su pensamiento.

En sexto lugar, el comunitarismo orgánico. En ambas corrientes de pensamiento se buscaba una referencia en la historia popular para dar vida a nuevas formas de convivencia. Esa comunidad del pueblo no obedecería a principios constitucionales clásicos, ni mecanicistas, ni de competitividad, sino a leyes orgánicas naturales.

En séptimo lugar, la búsqueda de nuevas formas de Estado. Ambas ideologías, con diferencias en el tiempo, rechazaron y rechazan las formas políticas al uso, propugnando un decisionismo político y el establecimiento de la soberanía económica en grandes espacios autocentrados o autárquicos como garantía de la efectiva libertad nacional.

Y en último lugar, el reencuentro con un europeísmo enraizado en las tradiciones de nuestros antepasados (los indoeuropeos), que en el caso de la RC alemana quedó reducido, salvo honrosas excepciones como Spengler, a un vago europeísmo de naturaleza biologista y condicionado a un sutil pero explícito pangermanismo, mientras que en la ND europea el europeísmo es un tema nuclear de todo su pensamiento, si bien se trata de un europeísmo no enfrentado a los nacionalismos de los países históricos ni a las regiones étnicas, y planteado como una aspiración ideal de convivencia futura, con independencia de la forma institucional que pudiese adquirir.

La Nueva Derecha, además, se inspira en diversas líneas o ideas-fuerza en constante evolución que, no obstante, también estuvieron presentes, en mayor o menor medida, en los intelectuales revolucionario-conservadores. Podemos intentar, a modo de conclusión, una síntesis de los principios fundamentales de esta corriente de pensamiento:

a) Comunidad-Sociedad: La ND se declara resueltamente comunitarista. Esta actitud, derivada de los estudios de F. Tönnies, se ve, no obstante, atemperada por la reivindicación de la ciudad, ya que se

considera lo urbano como la muestra más alta de civilización. Esta idea de comunidad se desagrega en varios niveles: municipal, regional, nacional (Estado-nación) e imperial (Europa);

b) Tradición-Modernidad: La ND no identifica tradición con regresismo u oscurantismo. Ahora bien, amplía considerablemente la base de las tradiciones europeas (retrocediendo hasta el mundo indoeuropeo primitivo) y, a diferencia de sus predecesores -y sin caer en el progresismo optimista de la izquierda- privilegia a la ciencia y la tecnología en oposición al conocimiento tradicional. Es una actitud que se refuerza por el rechazo de cualquier metafísica y la tentación del empirismo-lógico;

c) Autoridad-Jerarquía: A diferencia del conservadurismo tradicional, que hacía derivar la autoridad y la jerarquía de un orden natural que era, a su vez, reflejo del divino, la ND las extrapola de los descubrimientos de la etología, y de esta forma, no sólo el mundo humano no es radicalmente diferente del animal, sino que el primero deriva del segundo con todas las consecuencias (agresividad y sociabilidad);

d) Libertad-Orden: La izquierda privilegia el primer término de la dualidad libertad-orden, mientras que la derecha privilegió largo tiempo el segundo. Para la ND, si el orden es una “constante de lo político”, el valor supremo es el de libertad, dado que sin libertad no hay creatividad, base de la vida, es decir, de la evolución y del progreso, sin los cuales el orden carece no sólo de interés, sino hasta de finalidad;

e) Lo sagrado y lo profano: Separándose del conservatismo clásico, la ND parte de una secularización y un inmanentismo de lo sagrado que le hace acercarse a planteamientos profanos, y aún, paganos. Pero tan arriesgadamente que no sólo une en un mismo ataque al cristianismo y al marxismo (acusando al primero de ser el generador del igualitarismo que conduce al segundo), sino que le reprocha al marxismo no ser más que una religión laica y encubierta;

f) La naturaleza del hombre: Como la ND considera al mundo humano una prolongación del animal, la naturaleza humana no sabría ser mala (para el conservadurismo clásico) o buena (para el progresismo), sino neutra, fundamentalmente instintiva e irracionalista: porque el hombre, en lugar de naturaleza condicionante, tiene historia y cultura;

g) Relaciones hombre-naturaleza: La posición de la ND se acerca a la de la izquierda progresista del siglo XIX, según la cual las relaciones hombre-naturaleza deben ser de control de la segunda por el primero, utilizando para ello el progreso tecnológico y científico. Difieren de esta actitud los conservadores clásicos y el izquierdismo ecologista, para los cuales esa relación debe de ser de sometimiento del hombre frente a la naturaleza o, a lo sumo, de armonía y de equilibrio entre ambos;

h) Particularismo-Globalismo: En sus análisis y planteamientos la ND, al igual que sus antecesores revolucionario-conservatistas, tienden a privilegiar lo diferenciador y a minimizar las similitudes. De esta forma, el neoconservatismo sigue siendo nacionalista (en sentido europeo-imperial), diferencialista (repudiando la cuestión racialista y matizando la biológica) y opuesto a cualquier forma homogeneizadora de universalismo o globalismo, aunque esta actitud se vea, no obstante, atemperada por un fuerte sentimiento cosmopolita y europeísta, a veces incluso, pro-tercermundista.

i) Individuo-Sociedad: Al igual que los conservadores, la ND combina un fuerte grado de individualismo (impregnado de un cierto elitismo vitalista) con una defensa a ultranza de la comunidad. Más allá, la desconfianza hacia la sociedad y la masa es radical;

j) Voluntarismo y providencialismo histórico: por ello, la ND es voluntarista, ya que el hombre es el motor de una historia sin sentido en un mundo absurdo, pero llenos de magia por la ley del "eterno retorno".

En España, las ideas de esta Nueva Derecha heredera, en parte, del conservadurismo revolucionario, no ha

tenido una buena acogida, si exceptuamos alguna publicación minoritaria aunque de indudable calidad (las desaparecidas *Fundamentos*, *Punto y Coma*, *Hespérides* y *El Manifiesto* –que se mantiene como periódico digital–, así como las actuales *Nihil Obstat* y *Elementos*), en el seno de los partidos políticos, medios de comunicación e intelectualidad de su ámbito. Según el profesor González Cuevas «el principal obstáculo para la recepción de este movimiento en España ha sido, y es, su radical crítica del cristianismo y su valoración positiva del paganismo y del politeísmo. «Para Benoist y sus seguidores, el monoteísmo cristiano implica totalitarismo, mientras que el paganismo lleva al pluralismo ético, político y moral, lo mismo que a la diversidad étnica y nacional. Además, los neoderechistas se remiten constantemente a las ciencias exactas y naturales, y apelan a los resultados de la sociología, para resucitar el pluralismo y la autonomía de los diferentes pueblos. Paralelamente, se remiten a la historia de las religiones para explicar sus mitos y para fundar las peculiaridades de los diferentes grupos humanos. En sus primeros tiempos, los miembros de la Nouvelle Droite combatieron el marxismo con la máxima dureza. Su visión de la extinta URSS era completamente negativa; pero también de los Estados Unidos, en cuya existencia ven la máxima amenaza para la identidad de los pueblos; es el máximo agente de homogeneización del mundo. A ese respecto, Benoist ha propugnado una alianza de los países del Tercer Mundo con Europa frente a Norteamérica.» Unas orientaciones ideológicas difíciles de digerir para un populismo hispánico ultracatólico, neoliberal y pro-americano, ajeno al universo diferencial de su entorno, no sólo europeo, sino internacional.

En España triunfa el pensamiento neoliberal, incluso entre la izquierda acomodada, pues el nuevo conservadurismo europeo no ha encontrado nunca su lugar y por ello se refugia en las fronteras de la metapolítica y la disidencia.

La Revolución Conservadora y la cuestión de las minorías nacionales

Xoxé M. Núñez Seixas

¿Cuáles eran las posiciones ideológicas generales y comunes de las organizaciones y órganos de los *Auslandsdeutsche* (“minorías alemanas en el extranjero”) en Alemania? Todavía hoy es posible afirmar que faltan estudios detallados sobre los valores, temas recurrentes y posiciones políticas del movimiento *Auslandsdeutsche* en su conjunto, si bien existe un consenso implícito sobre su orientación nacionalista-conservadora, lo que a su vez ha dado lugar a «muchas reflexiones azarosas sobre los valores *völkisch* del movimiento en Alemania. Pero se ha ahondado poco en las relaciones entre éstos y los diferentes grupos políticos y sociales». En general, debemos estar de acuerdo con Jacobsen cuando resalta el carácter utópico e idealista del movimiento en su conjunto, basado en la creencia y fe en una entidad germánica superior, la *deutsche Volksgemeinschaft* (comunidad nacional alemana), superadora de fracturas y divisiones sociales. Ese carácter utópico y poco explícito, sin embargo, era favorable a la recreación de un gran Imperio que le convertiría en fácil víctima del nazismo. Otros autores sostienen con razón que pese al aparente apoliticismo de las actividades de los *Auslandsdeutsche* (apertura de bibliotecas, escuelas, etc.), la ideología inspiradora del mismo no se limitaba meramente a los aspectos socio-culturales.

El cuerpo doctrinal *völkisch* era en esencia antiliberal y antidemócrata, con tendencia al racismo y al autoritarismo. La lealtad al sustrato étnico y objetivo de la nación, al *Volk*, sobre el Estado, podía entrañar tanto tolerancia como intolerancia, si el Estado no respetaba el grado de autonomía del *Volk*. En la Europa anterior a

1914, la existencia más o menos armónica de imperios multinacionales (sobre todo, el Imperio austro-húngaro) permitía que no apareciesen contradicciones, en cuanto la lealtad hacia la dinastía habsbúrgica se mostraba capaz de resolver ese dilema. Pero la nueva situación creada tras 1918 y la conversión de los grupos alemanes en «minorías» hizo girar al pensamiento *auslandsdeutsche* y *völkisch* hacia posturas más políticas, expresadas, por ejemplo en las obras de Othmar Spannⁱ *Der wahre Staat* (1921), o A. Moeller van den Bruck *Das dritte Reich* (1923), en un utópico deseo de unir a todos los alemanes en un solo Estado. Así, la política pragmática y realista seguida por la República de Weimar no podía agradar a esos sectores. Si se financiaba una escuela alemana en Polonia, por ejemplo en la que se enseñaba a los niños que el Tratado de Versalles era «abominable», evidentemente se estaba promoviendo algo más que la preservación de la cultura germánica.

En esos aspectos, el movimiento *Auslandsdeutsche* no parecía guardar una posición clara o mantener vínculos políticos definidos dentro del espectro de los partidos de la República de Weimar, si bien de un modo general se puede adscribir a los círculos conservadores-nacionalistas que oscilaban alrededor de partidos como el DVP y especialmente el DNVP. No obstante, es de recordar que «*völkisch*-nacionalista» y conservador eran durante la República de Weimar concepciones complementarias, a menudo sobrepuestas, pero no necesariamente idénticas. Y por otro lado, la «nueva derecha» alemana tras la I Guerra Mundial estaba muy diversificada entre el DNVP, Ligas Agrarias, numerosas ligas *völkisch*, etc. Aunque el movimiento *Auslandsdeutsche* no contaba con grandes portavoces ideológicos, dos figuras prominentes dentro de él, Karl von Loesch y sobre todo Max-Hildebert Boehm, estaban estrechamente ligados al conjunto de ideólogos intelectuales vinculados a la «revolución conservadora»; algunos de ellos, especialmente Boehm, eran destacados exponentes del grupo de los «jóvenes conservadores» (*Jungkonservativen*), inspirados en las ideas de la Guerra y en el

«cambio generacional» que ésta habría conllevado. Sus características básicas eran un deseo inconcreto de «renovación» del Reich, el rechazo de la política de partidos y la sustitución de los vínculos sociales (*Gesellschaft*) por una suerte de nueva comunidad (*Gemeinschaft*), creada por lazos formados y basados en las tradiciones corporativas germánicas. Las obras de Boehm serán en particular un exponente de aquella revolución conservadoraⁱⁱ, y su vínculo con A. Moeller van den Bruck y el círculo de los jóvenes conservadores de *Der Ring* perdurará hasta entrados los años 30.

Esas vinculaciones y ramificaciones personales, aunque no necesariamente tenían que uniformar ni impregnar ideológicamente al conjunto del movimiento *Auslandsdeutsche*, sí que ejercieron sobre él una cierta influencia, -como veremos más adelante-, pesando especialmente sus consideraciones teóricas en las formulaciones del Congreso de Nacionalidades Europeas, sobre todo en las provenientes de su «ala dura» (Werner Hasselblatt, p. ej.).

Como hemos señalado, la vinculación de Max-Hildebert Boehm con el *Ring-Bewegung* era sobresaliente, como también lo fue, sin ir más lejos, la de dirigentes de la *Deutscher Schutzbund* como von Loesch o W. Ullmann. En la conformación del *Juni-Klub*, formado en 1919 tras la fusión de tres grupos (la *Verein für nationale und soziale Solidarität*, la *Verein Kriegshilfe Ost* y la *Antibolschewistische Liga*), también tomaron parte numerosos baltoalemanes; así como Cari Georg Bruns, asesor legal en Berlín de la organización de minorías alemanas en Europa, asiduo asistente y participante del mismo. No es de extrañar, por lo tanto, que hacia comienzos de la década de los 20 las publicaciones que directa o indirectamente se situaban en la órbita de los «jóvenes conservadores» se ocupasen con profusión de la cuestión minoritaria, si bien su contribución político-ideológica práctica fue poco relevante, al igual que ocurría en los órganos de prensa muy cercanos a su órbita como *Die Grenzboten* (editado por Boehm), *Deutsches Volkstum* (editado por W. Stapel) y *Deutsche Arbeit* (editado por Hermann Ullmann). Tanto Bruns como Boehm, Loesch, Ullmann,

Robert Ernst o Walter Szagunn se ocupaban en el Politisches Kolleg de la sección *Arbeitsstelle für Nationalitäten und Stammesprobleme*, aunque Boehm abandonó con parte de sus colaboradores el Kolleg tras la muerte de Moeller van den Bruck y por eso fundó en 1926 el *Institut für Grenz- und Auslandsstudien*.

Las ideas del Juni-Klub y de los *Jungkonservativen* en general han sido consideradas por algunos autores como precursores «espirituales» del nazismoⁱⁱⁱ. Para Sontheimer, el Juniklub era sin duda el «círculo ideológico antiliberal más importante de los primeros años de la República de Weimar», que no sólo ejercía su influencia a través de sus propios órganos, sino también por medio de otros periódicos y revistas de orientación conservadora, «impregnando» en lo posible un amplio conjunto de publicaciones. En el centro de la ideología de los jóvenes conservadores sitúa este autor una serie de conceptos, que se repiten tópicamente a lo largo de toda la publicística antidemocrática. Uno de ellos, quizás el fundamental, era la idea del *Volk* como elemento central de una concepción antiliberal del Estado en Alemania, revestido de características organicistas que lo hacían baluarte de la tradición y del anti-occidentalismo. En ese sentido, los nuevos «conservadores revolucionarios» de tendencia *völkisch* representaban el desarrollo de la idea de *Volk* a su mejor nivel teórico, sobre todo Ullmann, Moeller, Stapel, Spann, Boehm y otros. Entre ellos destacaban con todo dos: Wilhelm Stapel y Max-Hildebert Boehm. Para ellos, el *Volk* se oponía al individualismo del liberalismo, y pretendía integrar toda rivalidad, división y «principios mecánicos de división». Del concepto del *Volk* como totalizador se derivaban una serie de consecuencias e ideas asociadas, susceptibles de alimentar posteriormente, p. ej., a un Rosenberg. Así, en la búsqueda de la «preservación interna de la sustancia nacional» se encontrarían puntos en común con las teorías defensoras de la desigualdad racial (*Rassentheorie*), «donde el mito del *Volk* pasa al mito de la raza y la sangre». Teóricos como Freyer, p. ej., definirán al conjunto del movimiento

antidemocrático como el «levantamiento de la Nación en realización contra el sistema de la sociedad industrial», en lo que se basará un nuevo «Estado nacional formado alrededor de la comunidad nacional (*Gemeinschaft*)». Schwierskott, por su parte, caracteriza la ideología del círculo de *Der Ring* en base a 4 elementos centrales: 1) Reacción contra el «viejo conservadurismo»; 2) el mito del Reich; 3) una valoración y reevaluación del pensamiento corporativo (*berufsständisch*) como reacción ante el parlamentarismo y el socialismo, y que además garantizaba el dominio de las élites (siendo Boehm especialmente incisivo en este punto); 4) «Ideología de expansión hacia el Este (*Ostideologie*) y nacional-bolchevismo», reforzado por la teoría de Moeller van den Bruck acerca de los pueblos o naciones «jóvenes» y «viejos»^{iv}. A lo que se podría añadir una crítica del capitalismo, que debería ser superado por un «socialismo nacional» que, aún sin rechazar absolutamente el sistema económico capitalista, hallaba su máxima expresión en la vuelta a una ordenación corporativa de la sociedad.

Boehm era sin duda alguna el máximo especialista en cuestiones de nacionalidades y «alemanes de frontera» (*Grenzlandsdeutschtum*) del movimiento. Compartía la absolutización del concepto de *Volk* y su conversión en centro de la Historia y la sociedad, característica igualmente de Stapel: para Boehm, «Antes de toda realidad estatal se sitúa [...] el fundamento orgánico de la Nación (*Volk*). La «ciencia de la Nación» debería convertirse en la ciencia histórico-política básica. El *Volk* posee una personalidad y entidad específica». Dado que el *Volk* es el «supuesto metahistórico de toda la Historia», la articulación de la sociedad y de las naciones en base a la forma del Estado nacional, superponiéndose a las «auténticas» fronteras nacionales, aparecía como «retrógrada y reaccionaria». En su obra *Europa Irredenta* (1923), Boehm arremete desde esa base teórica contra el sistema establecido en Versalles y propugna «una reordenación (*Neuordnung*) de acuerdo con el principio nacional, es decir, las fronteras estatales deberían coincidir con las fronteras

nacionales»: en este sentido, era esto, y no la recuperación de las viejas fronteras del Reich anteriores a 1914, lo que buscaba la ideología *völkisch*, al igual que defendían p. ej. la *Deutscher Schutzbund* o la VDA. Las comunidades étnico-nacionales (*Völker*) debían erigirse en la base de una suerte de nueva era, en la que coforinasen «el fundamento de un nuevo sistema europeo de Estados». Así, entre la derecha conservadora alemana se extendió la convicción de que era necesaria una mayor presencia de la «etnología nacional» (*Volkstumskunde*), p. ej., en las Universidades, y frecuentemente los postulados ideológicos que se derivaban de las formulaciones de la *Volkstheorie* estaban intrínsecamente relacionados con postulados y concepciones de naturaleza geopolítica.



Los principios básicos de la *Volkstheorie* de Boehm se pueden resumir en: a) el concepto de «frontera» entendido no sólo en sentido geográfico o territorial, sino como «concepto nacional-político», lo que le lleva a cuestionar abiertamente el Tratado de Versalles, por cuanto la Nación, el *Volk*, poseería sus fronteras naturales que no tendrían nada que ver con las del Estado: de ahí una separación radical entre Estado y Nación; b) cierto distanciamiento de los objetivos de la *Rassentheorie*, aunque incluya elementos biológicos determinantes en la configuración del *Volk*; más bien entendía éste como una realidad global, que de «individualidad nacional» (*Volksindividualität*) se convertiría en «personalidad nacional» (*Volkspersönlichkeit*), materializada a través de la cristalización de

una «expresión cultural externa, lo que llamamos *Volkstum*», lo que acaba por configurar el sentimiento de comunidad a una comunidad nacional (*Volksgemeinschaft*), la cual a su vez confiere un sentimiento y comportamiento peculiar a sus integrantes, unidos a través de las fronteras estatales por la «fuerza unificadora del *Volkstum* y del idioma»; c) en este sentido, una concepción contradictoria del sistema ginebrino para la protección de minorías: por un lado, lo verá como un instrumento necesario para impedir la asimilación de los grupos alemanes en el extranjero; pero por otro lado, impedía una más efectiva y profunda relación de aquéllos con la *Mutterland*. Ya hemos visto que en *Europa Irredenta* Boehm iba más allá de la mera defensa del sistema de protección de minorías, y defenderá una reordenación política de Europa basada en un reconocimiento de los verdaderos *caracteres nacionales* de todas las nacionalidades del continente. Sin embargo, Boehm no dejaba claro si esa reordenación habría de implicar al tiempo una hegemonía de la nación alemana sobre el conjunto de la nueva Europa, o si ésta por el contrario habría de basarse en una coexistencia igualitaria de todas las nacionalidades. Además de ello, en el mismo pensamiento de Boehm se puede apreciar una evolución: en 1935 no tendrá reparo en defender una reordenación nacional de Europa centro-oriental basada en el concepto de *Mitteleuropa* elaborado por Naumann, y que estaría jerarquizada en pueblos y Estados «más» y «menos» poderosos; d) Corporativismo como criterio de ordenación interior de la Nación, llegando a utilizar el término «socialismo orgánico-conservador».

El recurso a la solidaridad nacional con el conjunto de la *Volksgemeinschaft* era concebido de modo suprapartidario, y no solamente como tarea específica de las organizaciones dedicadas a la *Volkstumspolitik*. Por el contrario, organizaciones profesionales o estamentales mantenían también sus comités y *Arbeitsstelle*, celebraban actos y colectas, etc., en favor y beneficio de los alemanes en el extranjero, dependiendo de diversos factores geográficos e históricos la elección de la

minoría alemana en concreto hacia la cual dirigían su solidaridad. Así, p. ej., la filial bávara de la VDA trabajaba sobre todo a favor del Tirol del Sur y de los alemanes de los Sudetes. El objetivo declarado era convertir el «*Pflege des Grenz- und Auslandsdeutschtums*» en una reivindicación apolítica, aceptable por todo el espectro partidario de la República de Weimar, definiendo su función como de «educación patriótica» (*volkische Aufklärung*). Pero en realidad, fueron el DVP y el DNVP los que más simpatías mostraron hacia el movimiento de los *Auslandsdeutsche*: Hindenburg, sin ir más lejos, era presidente honorario de la VDA. También existía un cierto apoyo oficial por parte de los Gobiernos de la coalición de Weimar hacia este entramado de organizaciones.

Políticamente, existía también una relación cierta entre el movimiento *Auslandsdeutsche* y los *Volkskonservativen* (nacional-conservadores), hasta el punto de que la sede de la DTSB podía considerarse, según Joñas, como el auténtico representante de esa línea⁷⁰. Hermann Ullmann, uno de los personajes más destacados de la *Deutscher Schutzbund*, quien «estaba especialmente familiarizado con la problemática nacionalitaria de Austria-Hungría», era uno de los ideólogos más notables precisamente de los nacional-conservadores, e incluso el acuñador del término. Pero tampoco faltaban conexiones entre otros círculos políticos alemanes situados aún más a la derecha y las minorías alemanas de otros países: contactos de índole directa entre, p. ej., los sectores más politizados de la minoría alemana en Rumania y la derecha radical alemana, e incluso el incipiente movimiento nazi, eran ya registrados por la Wilhelmstrasse desde al menos 1923.

Esas diferencias ideológicas y la pluralidad de conexiones entre el complejo mundo de la derecha radical alemana y las organizaciones de minorías, el movimiento *Auslandsdeutsche* y el propio movimiento nacionalitario europeo pueden llevar así a la conclusión de que cualquier categorización resulta complicada. Los propios

protagonistas, como el mismo Boehm, establecerán años más tarde una división de tipo apartidario entre los líderes «jóvenes» de las organizaciones *Auslandsdeutsche* y los «viejos líderes» encarnados en la VDA, la *Alldeutscher Verband*, etc. Mientras estos últimos representarían un ideal intransigente, imperialista, poco respetuoso hacia otros pueblos y *burgués*, «lo que a nuestros ojos aparecía indudablemente como una debilidad de la mentalidad pangermanista era su afinidad estatalista con un militarismo reaccionario y con una política ligada a los intereses del capitalismo mundial. Nosotros rechazábamos decididamente su tendencia a la asimilación violenta de otras naciones». Distinción entre «viejos » y nuevos líderes del *Deutschtumsarbeit* que tiene mucho que ver con la que los mismos «conservadores revolucionarios» establecían para oponerse a las organizaciones conservadoras que provenían de los tiempos del II Imperio. Boehm, sin embargo, no definía con precisión cuál era esa nueva tendencia o aporte, la «renovación» del *Deutschtumsarbeit* que representaban hombres como él, von Loesch o Bruns, por no hablar de los líderes del Congreso de Nacionalidades Europeas, aparte de un supuesto espíritu legalista y de la apertura a la colaboración con otros pueblos. Asimismo, para los nuevos líderes y activistas del movimiento *Auslandsdeutsche*, generalmente provenientes de estratos sociales como profesores, pequeña y mediana burguesía profesional, escritores, funcionarios del Estado, oficiales retirados, etc., ese rechazo del carácter «burgués-capitalista» del *Deutschtumsarbeit* traería a colación un nuevo elemento: catapultador de su propia proyección social, a través de la promoción de la *Volksgemeinschaft* de todos los alemanes en armonía con los demás pueblos, el nacionalismo de esta nueva generación permitiría compensar su reducida influencia social mediante la agitación a favor de la «nación irredenta» alemana. De paso, era posible así crear a su alrededor un respetable consenso social, presentándose a sí mismos como la auténtica élite directora de la Nación germana. Naturalmente, esa idea de totalidad y consenso no podía ser ni homogénea ni

perfecta, y su casación con otros postulados resultaba a menudo problemática: la apelación a la *Volksgemeinschaft* y a la unidad con los alemanes en el extranjero podía ser así una especie de traje de domingo y un aditamento para grandes celebraciones; pero al mismo tiempo, la *Volkstumsideologie* podía esconder realmente postulados de naturaleza política inmediata, aplicables a la misma Alemania. En definitiva, los sueños e ideas que se aplicaban a los alemanes en el extranjero podían considerarse traslaciones de ideas pensadas en realidad para la misma Alemania. En este sentido, como afirma Jaworski, «El significado del conjunto de actividades en beneficio de los alemanes en el extranjero en la República de Weimar no ha de ser medido por el baremo de su éxito real, sino más bien en relación a sus valores y funciones ideológicas, y su notable capacidad de expansión pública».

Como ya hemos apuntado, la ideología *Auslandsdeutsche* partía de una crítica radical a la construcción nacional del Estado imperial alemán de 1871, basado en la solución «pequeño-alemana» (*kleindeutsch*), en la que la contradicción entre Nación y Estado (*Volk* versus *Staat*) no se había resuelto satisfactoriamente. De ahí que la derrota en la I Guerra Mundial hubiese producido en una generación más joven (los mismos Ullmann o Boehm) una concienciación crítica del fracaso alemán: «El pueblo alemán, que había sido atacado como un todo, no se ha defendido como un todo, y por lo tanto no ha pasado por la experiencia de la unidad». De aquí arrancaba en primer lugar una constante preocupación doctrinal por definir el concepto de *Volk* y *Volkstum*^{vi}, que Boehm llevaba a cabo en 1932 mediante su definición conjunta como «inmanente» (*eigenständig*), determinado por elementos histórico-organicistas y objetivos (de base étnica), superviviente a la «ley de las fronteras», siendo preciso en primer lugar «arraigar el *Volk* en todas las esferas vitales y afianzarla de modo duradero». En definitiva, la guerra había puesto de relieve la necesidad de «redefinir» de algún modo el proceso de construcción nacional alemana.

Igualmente, hacia el interior, la apelación a la *Volksgemeinschaft* cumpliría asimismo

una función integradora, superadora de las divisiones sociales (de clase): aspiración a la solidaridad con los alemanes del extranjero y defensa de sus derechos funcionaba en el mismo Reich como un mecanismo superador de toda división social y política interna «amenazadora». El recurso a las antiguas tradiciones corporativas de los alemanes del extranjero, particularmente del Báltico y de Prusia Oriental, incluso a los «viejos valores» conservados en las colonias y asentamientos agrícolas de las minorías alemanas en Europa Oriental, podía significar ni más ni menos un reflejo de una crítica a la modernidad capitalista, a la República de Weimar y a la democracia burguesa en sí. En las comunidades de colonos alemanes en Europa Oriental, p. ej., se identificaban, idealizadas, formas de comunidad y organización social precapitalistas (entrando en este esquema la interpretación de la autonomía cultural para las minorías nacionales, solución preconizada por el movimiento nacionalitario europeo, como una fórmula basada en las tradiciones corporativas, y especialmente adecuada para las características de las minorías alemanas). Como F. Kónig expresaba en 1929,

«Quien quiera conocer de qué modo actúa el *Volkstum* como una fuerza que une a los seres humanos, que vaya a junto de las minorías alemanas; verá así que allí fuera existen verdaderamente los valores comunitarios, que aquí apenas conservamos (...) El vínculo nacional (*Volkheit*) parece verdaderamente una unión de familias, que conquista la Patria a través de sus amos y que tiene una historia común de alegrías y sufrimientos (...) Se puede vivir todavía hoy, como los antepasados, en un orden vital consagrado por la tradición. Pastores y maestros, el estrato social de la *Intelligentsia* cultural que junto a médicos, abogados, etc., surge de modo orgánico de las entrañas del *Volkstum*, configuran el modelo orientador de la vida social, y no la burocracia o la plutocracia económica».

El Estado orgánico, articulado en base al principio corporativo (es decir, como expresión superior y legitimada por la Historia de ese principio, un

geschichstragender Höchststand) era incluso considerado desde círculos cercanos a los «jóvenes conservadores» como la mejor solución para el problema planteado por la convivencia de varias nacionalidades dentro de un mismo Estado, siendo así un posible «superador» de la mera autonomía cultural o del federalismo. Si los estamentos o «ámbitos vitales» (*Lebenskreise*) que conformaban la vida colectiva del individuo abarcaban desde el arte hasta la familia, como medios y canales por los que «cada individuo desarrolla su vida espiritual», cada *Volk* tenía pues el deber y derecho de organizar aquélla, y por ello mismo tampoco podía renunciar a una forma de Estado, pues éste era ni más ni menos que una condición para una completa vida orgánica y dirigida de cada *Volkstum*. Así, el conflicto nacional solamente podría solucionarse a través de una nueva concepción del Estado de tipo orgánico, opuesta al Estado centralista y liberal-democrático: «El Estado orgánico es capaz de forma más eficaz de contener todas estas divisiones corporativas intermedias, fortalecerlas y desarrollarlas». De este modo, el deseado Estado orgánico-plurinacional solamente podría alcanzarse mediante una «subordinación y conjunción de partes de la Nación, estamentos de alto rango», y sólo podría obtener su fuerza y extensión del mayor desarrollo posible de todos los ámbitos vitales de cada uno de los grupos étnicos. Así, «el término autonomía cultural aparece entonces tan insuficiente como el de autogobierno. Pues no se trata ni de ocuparse únicamente de las ideas culturales, ni de medidas administrativas de carácter político (...), sino que se trata en esencia del pleno desarrollo de cada una de las partes de la Nación (*Volkskorperschaften*) en los aspectos espirituales, políticos y económicos, y ciertamente tanto en la esfera del poder ejecutivo, como en la del legislativo y judicial».

Pero junto a estos componentes sociopolíticos del apoyo y apelación a los «alemanes del extranjero», existía asimismo un elemento de superación de una frustración: el poderío alemán, y la aspiración a ser una gran potencia anterior a 1914 daban paso ahora, tras 1919, a la

constatación amarga de una decadencia. Fronteras reducidas, colonias perdidas, hablaban de un imperialismo fracasado. La apelación a la comunidad cultural de las minorías alemanas con los alemanes del Reich, exaltando sus valores culturales y sociales y resaltando su expansión y dispersión, podía actuar a su vez como un modesto sustituto de esa frustración: los más de 70 millones de alemanes presentes en Centroeuropa testimoniarían esa presencia, y en cierto modo esa «superioridad». Los alemanes se presentaban de ese modo como el pueblo más grande y laborioso de Europa, así como el creador y promotor de grandes empresas. La comunidad étnica, cultural y «de destino» (*Schicksalsgemeinschaft*) germánica esparcida por el mundo aseguraría una presencia internacional, la recuperación del orgullo nacional abatido tras Versalles, y una promesa de regeneración social, política y económica; e igualmente suponía una posibilidad de utilizar las comunidades alemanas como puntos de apoyo para la defensa de los intereses del Reich en el extranjero. Naturalmente, aquí entraba una cierta valoración política susceptible de entrar en contacto o conflicto con los Estados de los que los alemanes formaban parte. De ahí deriva la distinción entre *Grenz-* y *Auslandsdeutschtum*, en cuanto la valoración, p. ej., de los alemanes residentes en los Estados Unidos habría de ser por fuerza diferente de los que vivían en Polonia o Checoslovaquia. Pero la apelación a un concepto ideal y uniforme de la «Germanidad en el extranjero» podía servir para camuflar y en cierto modo despolitizar exteriormente esos objetivos, en buena parte revisionistas.

Ello revelaba una vez más la difícil relación existente, en el seno del pensamiento nacionalista-conservador alemán, entre Estado y Nación, así como la aún más problemática casación entre nacionalismo e imperialismo. Varios autores coinciden en señalar que el «refugio» en una idea atemporal y a-estatal del *Volkstum* como personalidad nacionalcultural colectiva, actuaba a la vez como vehículo de escape para evitar «aceptar» y declarar cualquier

veleidad expansionista-imperialista del nacionalismo alemán. Y al mismo tiempo, el recurso a la *Volkstumsideologie* y al reconocimiento de la existencia de un pueblo alemán (y de otros pueblos) por encima de las fronteras estatales, podía llevar también a engañosas formas de solidaridad: según los teóricos del movimiento *Auslandsdeutsche*, los alemanes estarían interesados particularmente en una reordenación del continente europeo de acuerdo con «verdaderas» líneas nacionales, en primer lugar porque así se garantizaría la paz en el continente, pero también porque los alemanes conformaban, precisamente, la nación más fuerte, homogénea y numerosa, y por lo tanto la que más tendría que ganar en esa futura Europa:

«La paz del continente y el destino de la cultura occidental dependen de la solución de las cuestiones nacionales existentes en Europa. Nosotros los alemanes estamos particularmente interesados en ello, en razón de nuestra dispersión por el continente. Debemos situar esa cuestión en el centro de nuestro pensamiento y nuestros objetivos, en nuestro interés, el de la cultura occidental, el de la paz y el de una vida de las comunidades nacionales ordenada sobre bases justas. En la medida en que solucionemos nuestro problema nacional, ayudaremos también a solucionar el de otros pueblos y contribuiremos a la pacificación de Europa».

En relación con este aspecto, no será del todo extraño encontrar en las publicaciones afines al movimiento *Auslandsdeutsche* alusiones al resto de los pueblos o nacionalidades sin Estado de Europa, tanto de su parte oriental como incluso de la occidental: la cuestión alemana pasaba así a ser una de las varias cuestiones nacionales por resolver en una futura reordenación del continente^{vii}, estableciéndose a través de los contactos de líderes de minorías alemanas con representantes de otras minorías nacionales europeas en el Congreso de Nacionalidades Europeas algunas vías de comunicación con los más diversos nacionalismos irredentes. La *Deutscher Schutzbund*, por su parte, acostumbraba a incluir en sus circulares de propaganda un

apartado dedicado a las minorías nacionales europeas no-alemanas, las “irredentas” del continente. En cierto sentido, y como algún autor ha señalado, la afirmación totalizadora, orgánico-historicista y “autosuficiente” de la Nación en autores como Boehm podía encontrar fáciles paralelos y acomodaciones en los movimientos etnonacionalistas del Occidente europeo. Pero tampoco cabía llevar muy lejos la proclamación general del principio de autodeterminación universal y para todos los pueblos: el mismo Boehm, p. ej. consideraba que la reordenación global del mundo en base a ese criterio podría conducir a una anarquía política generalizada, que además acabaría con el “Sistema colonial y con el dominio de las razas, naciones y pueblos desarrollados”.

El abanico de posiciones, a menudo contradictorias, que podía abarcar el movimiento *Auslandsdeutsche* era, con todo, extremadamente variado. Como remarcaba un estudioso francés del «germanismo», Lévy, ya en 1933, era difícil hallar conceptos monovalentes y exentos de ambigüedad doctrinal que fuesen comunes a todas las asociaciones, revistas y centros:

«Nadie, ni en la dirección de Instituto alguno, ni en la oficina de la VDA, podría explicar de manera definitiva qué es el 'germanismo en el extranjero' (...) la imprecisión es grande, en efecto, en todo lo referente a la *Deutschtum* y sus derivados».

Para este mismo autor, cabía incluso distinguir entre un germanismo político, étnico, lingüístico, y hasta «electivo», en una relación entre ellos a menudo sobrepuesta, pero nunca coincidente. En todo caso, como Lévy continuaba, reinaba igualmente una gran imprecisión general acerca de los fines políticos del movimiento *Auslandsdeutsche*: desde la autonomía cultural a la política, el revisionismo o la simple concesión/aprovechamiento de las ventajas que se derivarían de la posesión de una cultura fuerte (la alemana) y la vinculación al Reich...

Las actividades de expansión, no obstante, se mantenían generalmente al nivel cultural: defensa y promoción de la cultura alemana y del sentimiento de pertenencia a

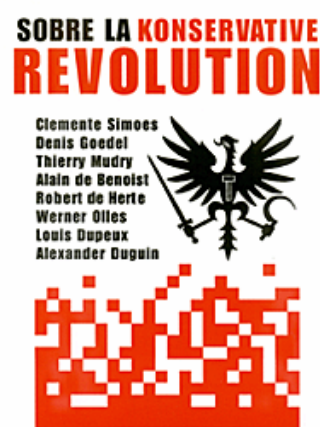
la «Germanidad», es decir, a una comunidad nacional común. Se trataba de que los límites políticos, tanto de Alemania como de otros Estados, no supusiesen «barreras» a la expansión y sentimiento nacional de los alemanes en el extranjero. Como recordaba H. Grothe, era preciso crear una «gran Alemania cultural», que no sería sino una Alemania «del espíritu», alimentada por 70 millones de compatriotas en toda Europa centro-oriental.

En ese contexto, la autonomía cultural aparece de nuevo como una reivindicación inmediata clave sobre la que la mayoría del movimiento *Auslandsdeutsche* podía estar de acuerdo. Aquélla no era concebida tanto como un fin en sí mismo, sino como un medio, para alcanzar precisamente la comunión con la *Volksgemeinschaft*: F. Wertheimer, secretario general del DAI de Stuttgart, expresaba claramente en 1927 que la autonomía cultural significaría el derecho absoluto de cultivar la lengua alemana, pudiendo así mantener los vínculos culturales con la *Mutterland*; al permitir la plena conservación en el campo intelectual de los caracteres nacionales originarios, implicaba asimismo un relajamiento de los lazos de las minorías nacionales con los Estados de los que formaban parte. Eso dejaba las puertas abiertas, en cierto modo, a otras derivaciones más tendentes hacia la autonomía política, y no solamente cultural. Así, Grothe afirmaba sin ambages que la «reunión (*Zusammenfassung*) cultural» del pueblo alemán prepararía la unión política que, tarde o temprano, y por sí misma, habría de venir en su día, como algo «ajeno», en lo que no se participaría activamente, pero esperado.... En el mismo sentido, Boehm suponía que la civilización y la cultura crearían las bases imprescindibles de la supervivencia nacional, siendo la reincorporación a Alemania una suerte de «decisión suprema» tomada en el dominio de la pura política, pero en la que las minorías alemanas no participarían, en principio, de modo activo⁹⁸. En noviembre de 1924, p. ej., Boehm expresaba sintéticamente en una convención de la VDA esos principios con gran claridad: el Tratado de Versalles era una imposición contra la que era justo que

Alemania se rebelase -y el mundo lo habría de entender; no obstante, la revisión del Tratado debería orientarse no sólo hacia la recuperación de las fronteras del Reich de 1914, sino también hacia la incorporación de Austria. Dado que no existía la posibilidad de una «renovación puramente política», es decir, de una solución armada, deberían prepararse las bases y condiciones para un futuro mejor, en el que quizás aquélla sería posible: mientras tanto, debía mantenerse la voluntad de «preservación» de la gran *Volksgemeinschaft* alemana, condición indispensable para alcanzar los objetivos finales (que siempre se mantenían, pese a todo, en una cierta imprecisión). La VDA se pronunciará inequívocamente por la *Grossdeutschland*, desde 1924/25, como claramente expresaba H. Ullmann: no solamente se debía llevar a cabo una labor de defensa y protección de los alemanes en el extranjero, sino que era necesario aspirar a una *Mitteleuropa* liderada por Alemania.

El hecho de que la aspiración al revisionismo fronterizo y político no apareciese siempre de modo explícito no quería decir que fuese inexistente, sino que más bien era contradictoria. La *Deutscher Schutzbund*, p. ej., mientras predicaba el objetivo de la unidad cultural de todo el pueblo alemán, no disimulaba sus preferencias por el Imperio gran-alemán (*Grossdeutsches Reich*). En casos más extremos, y conforme avancen los años y se palpe en los círculos *Auslandsdeutsche* el fracaso de la política de minorías de Stresemann, la reivindicación revisionista se acentuará, sobre todo en relación con los territorios perdidos en Versalles, la *Grenzlandsdeutschtum*, demandando sin más la aplicación integral del principio de autodeterminación: como señala Suval, «Muchos conservadores alemanes adoptaron la retórica democrática. Incluso defendieron los principios de autodeterminación wilsonianos, que eran sin duda heréticos para sus parámetros guillerminos. Pero estos conservadores descubrieron ahora que la autodeterminación era el mejor argumento a emplear para convencer a los recalcitrantes aliados de que Alemania tenía derechos legítimos». Lo cual llevaba aparejada,

naturalmente, otra problemática: la exigencia del *Anschluss* con Austria. Éste era considerado sin más como una consecuencia lógica de aquel principio de autodeterminación, y más de una ocasión era defendido también por la DtSB de modo explícito. La VDA incluso mantenía una filial austríaca, la *Deutscher Schulverein Südmark*, que trabajaba activamente en el mismo sentido. Y entre las principales minorías alemanas en el extranjero, ocioso es recordar que los partidos alemanes de los Sudetes también se orientaban, en buena parte, en una dirección clara y abiertamente revisionista.



El nacionalsocialismo acabaría con todas estas ambigüedades, produciéndose una «traslación» de gran parte de estos motivos ideológicos a la doctrina expansionista del nazismo, a pesar de que los teóricos del movimiento *Auslandsdeutsche* intentaron diferenciar su concepto de *Volk*, «creciente y compuesto de cuerpos cambiantes», del rígido racismo nazi^{viii}, del mismo modo que se apreciará en algunos ideólogos conservadores del Congreso de Nacionalidades Europeas, como el baltoalemán Werner Hasselblatt, una progresiva orientación hacia los postulados de «reordenación étnica» de Europa centro-oriental (*Volkerneuordnung*), y una idea de defensa de la «civilización occidental», simbolizada en los pueblos nórdicos y germánicos, contra el peligro eslavo y «asiático». A pesar de tener una raíz doctrinal diferente, sus propuestas ya se aproximaban peligrosamente a las concepciones de un Rosenberg, p. ej. El

régimen nazi llevaría a cabo finalmente una política mucho más expeditiva, como se puso de manifiesto durante la II Guerra Mundial: repatriación forzosa de la mayoría de las minorías alemanas (*Umsiedlung*), y jerarquización del resto de las nacionalidades del Centro y Este de Europa, hasta la exterminación sistemática de las razas «inferiores».

¹ El sociólogo vienés Othmar Spann ejerció en los años 20 un notable influjo sobre los jóvenes conservadores alemanes, a través de su pensamiento corporativista que más tarde se acomodaría en el fascismo socialcatólico de Dollfuss. Un detallado estudio de K.J. Siegried, *Universalismus und Faschismus. Das Gesellschaftsbild Othmar Spanns*, así como T.J.F. Riha, *Spann's Universalism – the foundation of the Neoromantic Theory of Corporative State*. La incursión más directa de Spann en el campo de la teoría nacionalitaria fue su libro *Von Wesen des Volkstums: Was ist deutsch?* (1929), en el que lleva a cabo un largo recorrido por la historia del concepto de Nación alemana, en busca de una definición útil para el presente, y acaba definiendo el “universalismo” del ser *völkisch*: “ser *völkisch* significa vivir de acuerdo con el espíritu de la esencia de la nación (Volkstum), y no adoptar externamente cualquier cosa”. Sin embargo, en su opinión, las diferentes minorías alemanas de Europa deberían conservar un estatus autónomo, por lo que no era partidario de su incorporación o dependencia política respecto del Reich. Debido a ello, será perseguido por los nazis, ya que además no basaba la nacionalidad sobre la raza, sino sobre el concepto de “comunidad espiritual”, lo que hacía posible p. ej. que un judío pudiese ser alemán.

¹ Vid. El clásico libro –aunque muy discutido– de A. Mohler, *Die Konservative Revolution in Deutschland, 1918-1932*.

¹ Los mismos integrantes del movimiento de los “jóvenes conservadores” señalaban su cierta función precursora, aunque de modo independiente, del nazismo: así, Edgar Jung afirmaba en 1932 que en los años 1919-27 fueron creadas por el *Ringbewegung* las “precondiciones espirituales de la revolución alemana (...) fuera del nacionalsocialismo” mediante la labor de una serie de ideólogos y centros de pensamiento, entre los que se contaba a Moeller, von Loesch, Boehm, la *Deutscher Schutzbund* y el *JuniKlub*.

¹ Schwierskott, Moeller van den Bruck. Sobre la teoría de Moeller acerca de los «pueblos jóvenes», vid. Gerstenberger. En cierta oposición a

Spengler, sobre todo en lo que respectaba a la teoría de la decadencia de Occidente, los jóvenes conservadores aducían el derecho a la existencia de los pueblos «jóvenes», es decir, aquellos que aún no habían alcanzado el cénit de su evolución hacia la civilización. Para Moeller, los pueblos jóvenes eran reconocibles por los signos de «Crecimiento, voluntad de perpetuación, preocupación por asegurar una «descendencia decuplicada». En cierto modo, se trataba de una justificación del imperialismo o revanchismo de los vencidos en la Guerra Mundial, que no contemplaba una solidaridad general de Alemania con el resto de los pueblos «oprimidos» del mundo, ni mucho menos p. ej. una revisión del colonialismo. Muy por el contrario, la teoría de Moeller se centra en Alemania y constituye un aspecto particular de la creencia en un «destino histórico» específico del pueblo alemán (*Sendungsglauben*).

¹ La diferencia, para los propios «jóvenes conservadores», consistiría en la búsqueda de una tercera vía que no implicase ni una vuelta al monarquismo imperial ni una aceptación del juego parlamentario dentro de la Constitución de Weimar, y por lo tanto perseguir una transformación, en un sentido un tanto indefinido, del sistema social y político mediante una activa labor de oposición parlamentaria.

¹ No existe una traducción precisa en castellano de estos dos términos. De manera aproximada, y como ya apuntamos, el Volk podría ser definido como el sustrato objetivo (determinado por factores étnicos e históricos) de la Nación, mientras el Volkstum implicaría la cualidad de pertenencia y existencia de ese Volk, con más connotaciones ideológicas que políticas.

¹ K. Traempler tendía a considerar que la superación de los problemas nacionales en Europa sería posible mediante una combinación, un tanto indefinida, de “autonomía cultural” y federalismo (llegando así a una “Federación Cultural Europea”), frente al sistema “injusto” de protección de minorías establecido al abrigo de la Sociedad de Naciones.

¹ Todavía Bohem trataría de justificar sus «errores» durante la República de Weimar, argumentando su profunda desconfianza hacia las soluciones liberales del problema nacionalitario, en *Die Krise des Nationalitätenrechts*.

© Extractos de *El nacionalismo radical alemán y la cuestión de las minorías nacionales durante la República de Weimar (1919-1933)*, de Xosé M. Núñez Seixas, Universidade de Santiago de Compostela. Studia Histórica-historia contemporánea, vol. XII (1994).

El sinsentido de la Revolución Conservadora

Historia de la idea, nacionalismo y *habitus*

Henning Eichberg

Desde muy diversos puntos de vista, muchos aspectos han sido adheridos al concepto de Revolución Conservadora. La mayor parte de ellos han resultado una desilusión. Desde el punto de vista continuístico, este montaje conceptual no aporta clarificación alguna. La fórmula Revolución Conservadora nos resulta interesante como proyecto histórico y político-espiritual para la reappropriación del modo de pensamiento típico de la época de la república de Weimar, proyecto que deja a la vista conexiones importantes, en particular aquella idea de unir a la gente de la derecha y de la izquierda, o el caso de los nacionalbolcheviques, sin olvidar la reflexión socialista sobre la nación. Del mismo modo, rescata aquellos aspectos propiamente revolucionarios del conservar —es decir, la ecología y la paz como nexo entre la crítica de la cultura y la reforma de la vida—, y otros muchos aspectos que una mirada de pájaro no puede abarcar.

Si bien posee un creciente atractivo en la renovada actualidad de la cuestión nacionalista, el debate sobre la Revolución Conservadora contribuye bien poco a dilucidar el significado del nacionalismo y la confrontación con sus manifestaciones más recientes. Pero el compuesto Revolución Conservadora puede impulsar de nuevo el debate sobre el nacionalismo en el ámbito ideológico a la vez que puede impedir un acercamiento a la dinámica psicosocial de la identidad colectiva de la nación. La continua referencia a la fórmula Revolución Conservadora puede ser un refugio para no hablar de nacionalismo y de pueblo.

En fin, el discurso ideológico sobre la Revolución Conservadora nos aleja de la

cuestión fundamental relativa a la base de las orientaciones sociales: la idea como fundamento de la vida realmente vivida. ¿Qué rol social ocupa la corporeidad cultural de los hombres? La historia moderna es una historia de lucha de *habitus*. Desde este punto de vista, el compuesto Revolución Conservadora se lamina en una miríada de tipologías contradictorias materialmente vividas.

Aclaremos primero un punto: no existe ninguna Revolución Conservadora. Y no tiene sentido seguir empleando una expresión similar.

Telos es una de las revistas de teoría crítica más vitales en el campo internacional, en cierto sentido es la filial de la Escuela de Frankfurt en América. Recientemente ha publicado un voluminoso número especial monográfico sobre el tema 'The New Right and The Conservative Revolution'. Aparte de presentar textos de Alain de Benoist y estudios críticos sobre la Nueva Derecha en Francia e Italia, este número monográfico se ha hecho eco de los argumentos de la regionalista Liga Norte de Italia y de la Revolución Conservadora en Suecia (PICONNE, 1993-94).

Res Publica es la revista teórica y literaria de la escuela crítica sueca, que era conocida antiguamente como *Tekla*, acróstico que viene a significar "teoría y lucha de clases". Su nuevo nombre se ha inaugurado con un número sobre la Revolución Conservadora, presentando, entre estudios de análisis crítico, textos y artículos de y sobre Ernst Jünger y Carl Schmitt, así como —el presentado bajo el título Un clásico actual— sobre Pierre Drieu La Rochelle. De la Revolución Conservadora del periodo de entreguerras se pasa a Junge Freiheit, a Botho Strauss y a Heiner Müller (HEIDEGREN/DHAL, 1993). Göran Dhal, coeditor de dicha publicación y profesor de sociología por la Universidad de Lund, había publicado en otra ocasión en la revista danesa *Kritik* un amplio y extenso dossier sobre este tema. Dhal sobrevuela el pensamiento de Heidegger, Jünger, Schmitt y otros revolucionarios conservadores para conducir su crítica de la cultura hacia las

posiciones de la Nueva Izquierda, asegurando que la Revolución Conservadora no es sino un *chance* posmoderno.

Estrategia espiritual con gesto de mentalidad

Esta atención observada en América y Escandinavia confirma a primera vista la tesis con la cual, en 1994, el *Jahrbuch zur Konservativen Revolution* presentaba su primera edición: Desde algunos años acá, el estudio de la estrategia político-espiritual de la Revolución Conservadora ha conocido un gran incremento (...). Sobre todo entre la nueva joven generación que comienza a desenvolverse en un contexto europeo ya marcado por la tradición del trabajo teórico alemán. Habiendo nacido como movimiento metapolítico de crisis y de renovación durante el periodo de la primera república alemana, la Revolución Conservadora fue sostenida por personajes de primer plano, por círculos ciudadanos y por grupos de intelectuales diversos. Su contribución fue muy considerable en la formación de un pensamiento rebelde hacia la cultura, hacia el Estado y hacia la historia, pensamiento que nace ya insatisfecho por contenido y mentalidad (HOMANN/QUAST, 1994).

En cuanto a sus manifestaciones más recientes, el *Jahrbuch* se refiere esencialmente a los círculos de la Nueva Derecha que han hecho de la Revolución Conservadora su guía vital. En Francia estos grupos se reúnen en torno a Alain de Benoist y a las revistas *Nouvelle Ecole*, *Elements* y *Krisis*, en Alemania —pero en un nivel mucho más modesto— en torno a la revista *Junge Freiheit*.

Mientras la *Nouvelle Droite* francesa lleva ya muchos años estudiando como objeto de análisis a la Revolución Conservadora, en Alemania no se ha superado la fase inicial limitada a referencias superficiales de tono apologético. Por ello, no deja de ser un motivo de satisfacción el ver como en el citado *Jahrbuch* se comienza a excavar más a fondo. Un punto de arranque ha sido los estudios biográficos y de historia y pensamiento: sobre Carl Schmitt, Othmar Spann y Oswald Spengler, sobre las fuentes *völkisch* de Wies Moens, sobre el compositor

Hans Pfitzner y sobre el escritor católico Reinhold Schneider, sobre el pintor del Jugendstil Fidus, sobre los fundadores de religiones paganas Ernst Bergmann y Friedrich Hielscher y del sacerdote católico, pacifista y animador del movimiento por la reforma de la vida, Johannes Ude. Otros artículos posteriores han hecho referencia a la búsqueda más reciente del significado de la idea revolucionaria-conservadora; estos son los que consideramos más fácilmente criticables, pues son los que aparecen en el *Jahrbuch* con un tono neto de adhesión apologética.

¿Qué es un revolucionario?

La nueva consideración actual de la Revolución Conservadora —a menudo asociada a los tres nombres preeminentes de Heidegger, Jünger y Schmitt— suele dar una consideración superficial al problema del significado del revolucionario. Ninguno de los tres autores citados —a los cuales debemos considerar en realidad de forma y manera separada, como siempre ha reclamado su amplia literatura crítica— se encuentra a gusto dentro de la categoría de revolución.

Todo lo más, este concepto puede ser aplicado a la breve fase de la vida de Ernst Jünger que la literatura clasifica como nuevo nacionalismo o nacionalismo militarista. Pero en aquella época Jünger no era propiamente un conservador, sino más bien un fascista bélico-estetizante en un sentido de acción. Si en alguna ocasión pudo dudar de la correcta definición revolucionaria, pronto la ubicó entre las categorías de técnica y de poder, alrededor de las cuales giraba su obra. En todo caso, Jünger pronto se enmarcó en una posición netamente antirrevolucionaria, en la contemplación solitaria y elitista del anarca y en el discurso sobre el Absoluto.

La distancia de la revolución es todavía más clara en Heidegger y Schmitt

Ninguno de ellos es un pensador de la revolución, y mucho menos un encargado de provocarla. Y a ninguno se le puede acusar de ser un pensador revolucionario. Ambos se colocaron en 1933 al servicio del Estado nacionalsocialista con retraso, y ni siquiera de un modo revolucionario en el sentido de

verlo como movimiento fascista de calle. Schmitt, después de 1933, era un simple jurista del Estado. Aunque ninguno de los dos fue utilizado por el Estado ni procuró buscar influencia dentro de él. Su pensamiento provenía del mundo de la contrarrevolución católica y de la dictadura presidencial. Sus discursos científico-políticos se centraban en los conceptos de élite, poder, planificación y orden. Así pues, se contraponían —y esto es una obviedad para los conocedores del pensamiento de ambos autores— al pensamiento revolucionario entendido como el pensamiento de la revuelta popular y del otro absoluto.

Aunque asumiendo en sentido lato el concepto de revolución, y todavía teniendo presente el caso de los bolcheviques rusos o de los fascistas italianos, desligando los gestos revolucionarios de la meta del ideal de la democracia, o bien del dominio del pueblo, la fórmula Revolución Conservadora aplicada sobre estos tres personajes preeminentes no resulta nula. Pero ahora, ¿cómo es posible comparecer ante el fantasma de la Revolución Conservadora? Esto es lo que viene evocando cierta literatura. Pero, ¿qué literatura?

Nos es imposible dar una sola respuesta. Una tentativa de responder a este interrogante debe referirse forzosamente al análisis de dos situaciones históricas del todo diferentes. La expresión Revolución Conservadora se aplicó por vez primera en torno a 1950. Y es después de 1989 cuando adquiere su significado político.

Sobre el consejero muerto y sobre la paradoja literaria

Lo primero que deberíamos hacer es retornar al pensamiento de finales de los años cuarenta. La tentativa de crear un imperio mundial racial por parte de la nación alemana había fracasado ruidosamente. De los escombros del Estado nazi salían los supervivientes y, junto con ellos, algunos fragmentos de una biografía política de lo más variada y contradictoria. Estas historias de vida que salían a la luz eran en muchos casos comprometidas. Algunas incluso aparentaban una cierta distancia y

enfrentamiento, en muy diversos grados, con el régimen recientemente derrotado.

Por aquella época, un joven académico suizo se ocupó en dar a conocer, con gran celo y una cierta sensibilidad artística, una lista de los trotskistas del nacionalsocialismo, insertándolos en un horizonte común. Con cierta fantasía y con gusto estético por lo paradójico acuñó el montaje conceptual —en sí contradictorio— Revolución Conservadora. Esta fue la obra de Armin Mohler (1950), aunque él se reclamaba continuador de ciertos precursores. Pero estos precedentes conceptuales indicaban a duras penas —en una consideración más atenta— lo que pudiera considerarse el contenido de la Revolución Conservadora: su visión del mundo y su ideología política.

El concepto es empleado por vez primera cuando, en 1948, el diario berlinés *Die Volksstimme* reprodujo la atmósfera de la revolución en la siguiente cita: individuos a un tiempo agitadores y conciliadores, reaccionarios revolucionarios y revolucionarios conservadores, consejeros difuntos, verdaderos bandidos, polizontes en uniforme, caricaturas vivas de la libertad y de la igualdad que se agitaban por los estrados en gran desorden.... La imagen reproducía la contradicción en medio de la situación y de las posiciones singulares, y este horizonte de significados merece tenerse presente en las recientes tentativas ideológicas de la derecha intelectual. Debería fijarse en la memoria como la caracterización de lo paradójico, del sin sentido. La Revolución Conservadora se inicia como caricatura y contraseña de un desorden realmente existente. El revolucionario conservador es un sujeto que ante todo pretende la conciliación de los contrarios.

Pero no debemos detenernos en este punto. La excavación en los pliegues paradójicos de la modernidad nos lleva a la conclusión de que la intersección involuntaria de la revolución y la conservación, provocó a finales del siglo XIX, en el campo del trabajo literario, la aparición del compuesto Revolución Conservadora, pleno de contradicciones. La expresión fue utilizada simultáneamente por Fjodor

Dostojewskij y Charles Maurras en el año 1900, mientras que Thomas Mann, en 1920 la usa para referirse a Nietzsche. Se trata de una expresión cultural de alternativa, un intento rebelde por crear una cultura del Medio. De acuerdo con esta tendencia literaria a lo paradójico, en 1927 Hugo von Hofmannstahl llamó a la búsqueda de las concordancias y a la búsqueda de la totalidad una revolución conservadora.

Hacia el concepto rehabilitado

En los inicios de los años treinta —y en el seno de las corrientes nacional-revolucionaria y fascista— la expresión Revolución Conservadora adquiere una significación política, aunque estancada y aislada. Sólo con la publicación del libro de Hermann Rauschning *Versuch und Bruch mit Hitler* (Encuentro y ruptura con Hitler), editado en Nueva York en 1941 con el título *La Revolución Conservadora*, este concepto entra con mayor fortuna en la historia de las ideas políticas (aunque debió desenvolverse al principio a la sombra del otro concepto, inicialmente más afortunado, ideado por Rauschning: la Revolución del nihilismo).

Y es aquella primera expresión la que Mohler recoge en 1950. En la disertación de Mohler, la Revolución Conservadora (*Konservative Revolution*), que en adelante será escrita con las iniciales mayúsculas, se usa para adjetivar a muy distintos grupos políticos, entre otros:

- *Völkischen* (nacionalpopulares), que basan su ideología sobre el pueblo, el germanismo, la raza.
- *Jungkonservativen* (jóvenes conservadores), que piensan en términos de imperio, medievo, clase.
- *Nationalrevolutionäre* (nacional-revolucionarios), cuyas principales referencias se dirigen hacia la nación, Prusia, guerra mundial y movimiento.

También debemos agrupar en el marco de la Revolución Conservadora a dos movimientos de excitación social que se caracterizaron por carecer de un programa predefinido:

- *Bündischen* (confederados), que son la continuación lógica del movimiento juvenil.
- *Landvolk* (pueblo campesino), como movimiento social de protesta de las clases rurales.

Según uno de los principales resultados interpretativos de Mohler, ninguna de estas corrientes puede ser identificada con el nacionalsocialismo, si bien existen algunos enlaces de carácter biográfico e ideológico. Hoy nos es imposible negar las conexiones con el movimiento nacionalsocialista, y también nos es imposible afirmar su fusión o su continuación lógica.

La Revolución Conservadora así definida en 1950 quería ser ante todo un concepto reivindicativo y justificatorio de la posguerra alemana. Es un concepto que quiere distinguir, diferenciar y delimitar. Mohler se adentra así en el terreno analítico, predominantemente sobre el aspecto bibliográfico-bibliófilo. Pero de aquí no podemos derivar el proyecto conceptual de un Estado por una Revolución Conservadora entendida como movimiento político actual.

Nos colocamos por ello en un punto de diferencia radical con la fase iniciada después de la situación creada en 1989. Aunque sí reconocemos la existencia de un paralelo: la situación creada por el vuelco ideológico que se deriva del naufragio de un imperio mundial.

Después de la revolución de 1989

En los años que giran alrededor de 1989 el imperio soviético se ve imposibilitado de afrontar los movimientos populares democráticos y regionalistas. Su economía implota sin previo aviso. El imperio colonial ruso-soviético es rápidamente disuelto en varios Estados parciales de impronta más o menos nacional. Su ejemplo es seguido por otras estructuras de carácter multinacional, como Yugoslavia y Checoslovaquia, creaciones ambas de la diplomacia de los vencedores en la Primera Guerra Mundial. La digestión de este evento deberá ser asumida por varias generaciones. Algunos tratan de explicar la situación de hoy en día con referencias a otros tiempos, percatándose

de que el complejo desorden ideológico sobre el cual toma base el fantasma revolucionario conservador ha comenzado a reanimarse.

1. La caída del Estado soviético ha venido a significar para la derecha el fin de su imagen del enemigo. La derecha conservadora, que durante la guerra fría había construido en torno al anticomunismo una imagen precisa del mundo, se ha visto de pronto sustraída de su propia identidad. Todo aquello que venían anunciando desde hace decenios —el peligro que viene del Este, la infiltración— ha demostrado ser más una protección que una construcción efectiva. El peligro que les era necesario para encontrar su propia afirmación ya no está constituido por los rojos, en cuanto que el inmenso poder soviético ha revelado tener los pies de arcilla (por cierto, un detalle que de vez en cuando era señalado por algunos *outsiders* que conocían la situación real del pueblo en las repúblicas ex soviéticas). Y, ¿dónde se encuentra ahora el enemigo, el enemigo imprescindible para afirmar la propia convicción política?

2. La izquierda clásica se encuentra sumida en el laberinto de una crisis verdaderamente profunda. Al margen del escepticismo, el sistema soviético era realmente entrevisto como una alternativa al capitalismo occidental, o al menos se contemplaba como posibilidad de otra imagen de sociedad. Y esto es algo que no pueden olvidar. El sistema soviético aparece ahora retrospectivamente como un capitalismo basado en el monopolio del Estado y en una nueva sociedad clasista burocrática —y por añadidura ineficiente, señalaron los pocos *outsiders* de la izquierda provenientes de la tradición socialista-anarquista—, aunque en un pasado no muy lejano estas intuiciones eran sistemáticamente marginalizadas. Al *mainstream* de la izquierda se añade ahora un sentimiento pesimista: ¿estamos ante el fin de la utopía?

3. En 1989 oímos el retumbo del grito triunfal del mercado y de la ideología de la libertad del capital, del liberalismo entendido en términos económicos. El

filósofo americano Francis Fukuyama predicó en 1989 el fin de la historia. A partir de ahora el sistema americano será tomado como único modelo para todo el mundo. Pero este triunfo se ha visto pronto deslucido. En 1993 el politólogo Samuel P. Huntington abrió una nueva discusión sosteniendo la tesis opuesta: el futuro traerá un gran *clash of civilisation*, obra del choque entre la cultura occidental y las otras, en particular con las agresivas culturas confuciana e islámica. El mercado, América y el capitalismo liberal se ven de nuevo amenazados. La nueva doctrina podría resumirse así: Nosotros contra el resto del mundo. La Guerra del Golfo de 1991 ha demostrado que esta tesis no es un simple pensamiento politológico.

4. Hemos visto el fracaso de una esperanza que era sostenida por todo el mundo desde el final de la Guerra Fría: la paz. Al contrario, la guerra se ha desvelado en una nueva vuelta y en una nueva y minuciosa dinámica. La guerra se nos aparece realmente como lo que es, la continuación de la política por otros medios. Esto lo vemos como algo evidente en el caso de la guerra imperialista —América en el Golfo Pérsico, Rusia en Chechenia— o en la guerra civil, sobretudo en los Balcanes y en el Cáucaso.

5. Después de las nuevas guerras y de las nuevas masacres nos encontramos ante el aspecto problemático de una realidad que ha saltado en evidencia tras la caída y descomposición del imperio soviético: el nacionalismo. En efecto, los movimientos nacionales populares y democráticos han reconvertido el sistema de Partido único y han disuelto los Estados multinacionales en unidades más pequeñas. Ciertamente, pero con un pero: también ciertas cabezas comunistas del extinto partido se han transformado de improvisado en nacionalistas, pudiendo de este modo —y sólo de este modo— conservar el poder o retornar al poder. Entretanto, los profetas del libre mercado se convierten, cuando las cosas se ponen serias, a las posiciones nacionalistas. Nacionalismo de liberación de minorías oprimidas y represión nacionalista de las minorías se encuentran juntos de modo casi impenetrable. Y todo

esto está ocurriendo a decenios vista de que el nacionalismo se decretara como oficialmente muerto en los análisis políticos más sesudos.

Nueva confusión y nueva búsqueda del enemigo

El colapso del anticomunismo de derechas, la crisis de la alternativa de izquierdas, la victoria y la ilusión perdida del liberalismo de mercado, la nueva dinámica de la guerra y la nueva actualidad de la temática nacionalista, el colosal trastorno y la ruina de toda fe han provocado un vuelco ideológico, un vuelco grave: el proyecto de la modernidad ha resultado fallido. ¿Quién cree en estos tiempos en el progreso como la única razón? ¿Quién sigue las palabras de la modernidad: libertad (de mercado), igualdad (frente a la tecnología), rendimiento? La Dialéctica del iluminismo de Horkheimer y Adorno (1947) se ha visto confirmada de un modo sorprendente. ¿Nos encontramos en el camino hacia lo transmoderno?

El nuevo desorden y la nueva confusión motivan el recurso a la paradoja de la Revolución Conservadora. Ya no se ve reconocible una línea coherente —ni a la derecha ni a la izquierda—, al tiempo que nos vemos absorbidos por los contenidos. En esta situación, la fórmula, en sí contradictoria, Revolución Conservadora puede simular un cuadro ideológico de referencia. Esta fórmula ofrece la ventaja de incluir en sí al nacionalismo, de pronto revelado como un hecho actual. Gracias a esto la derecha cree haberse agarrado finalmente a una corriente victoriosa.

En todo caso, sin este inicio, la fórmula Revolución Conservadora no se sostiene sobre sus propias patas. Y nos referimos, por supuesto, a la necesidad del enemigo. Que la identificación del enemigo es la base de lo político en cuanto tal, es una tesis sobradamente conocida de Carl Schmitt. Esta tesis adquiere ahora una función de filtro en el caos de la Revolución Conservadora, renovando así el viejo dilema de la derecha alemana: poderse definir en base a un enemigo. Todavía queda por debatir si la identificación del enemigo debe ser resuelta en primer lugar contra la izquierda o contra

los liberales, pero la duda se ve disipada ante la vista de aquellos del 68 (esta es la nota fundamental que se recorre desde *Junge Freiheit* hacia Armin Mohler, pasando por los *Jahrbuch* y, más recientemente, Reiner Zitelmann). El viejo modelo dicotómico del enemigo viene restaurado en un modelo binario: la Revolución Conservadora, la Revolución Cultural.

La identificación del enemigo se encuentra también reflejada desde hace tiempo en algunas partes de la izquierda, desde donde se guarda una gran preocupación hacia la Revolución Conservadora como nuevo peligro de derechas, y donde se habla de la necesidad de un patriotismo de la constitución tendente a conservar el status quo (GLOTZ, 1989).

Desde su posición estratégica en el ámbito de una crisis de orientación, la Revolución Conservadora trae un sentido social determinado. Consigue alzar a la derecha desde las ruinas que veía a su alrededor, y sirve a la izquierda como superficie de proyección para sus ansias intelectuales. Pero ¿tiene un sentido continuístico? ¿Se ha dotado de un contenido?.

Primer panfleto: ideas, ideología, historia de las ideas

En cuanto al contenido, conviene aclarar a qué nos referimos cuando hablamos de la Revolución Conservadora. ¿Con qué método analítico se debe tratar este objeto de examen?

Mohler había definido así su objeto de estudio, la Revolución Conservadora: visión del mundo y pensamiento político, forma de pensamiento e imagen-guía. Análogamente, en los *Jahrbuch zur Konservative Revolution*, la Revolución Conservadora aparece —con expresiones un tanto pomposas— como estrategia político-espiritual y como gesto de la mentalidad. Karlheinz Weissmann habla en otro lugar de la Revolución Conservadora como de un sector ideológico, y cita al francés Groupe d'Étude de la Revolution Conservatrice: la Revolución Conservadora se resuelve así como la ideología de hecho dominante en la Alemania de la época de Weimar.

El debate sobre la Revolución Conservadora esconde, por consiguiente, otro debate sobre ideas, sistemas de ideas e ideología, y esto se repite en los más variados estudios. Esto significa que debemos aplicar en este caso el método de estudio propio de la historia de las ideas. Respecto a la política de las ideas, la historia de las ideas nos parece suficientemente fructífera. Así pues, como denominador común del mundo revolucionario-conservador, Mohler, en 1950, había propuesto la visión cíclica del tiempo, oponiéndola a la linealidad de la historia propia del cristianismo y de la izquierda progresista. La Revolución Conservadora aparecía, en cierto modo, como el pensamiento del Anticristo. Esta reflexión paganizante fue el primer aspecto analizado por el joven Mohler en su objeto de estudio. Pero tal determinación continuística merece una observación más atenta. De un lado, es indiscutible un cierto *pathos* por el progreso lineal de parte de los grupos nacional-revolucionarios, así como una fe científica en los naturalistas *völkisch*. De otro lado, no se puede negar el rol de primera magnitud que representaron, dentro de la Revolución Conservadora, el club de los jóvenes conservadores, de cultura profundamente cristiana, y esto es algo que se aleja de esa interpretación anticristiana, tanto más cuanto Carl Schmitt, católico confeso, es presentado por Mohler como uno de los guías de la Revolución Conservadora.

En las ediciones sucesivas de su libro, Mohler modificó la visión pagano-circular y se centró en individualizar otras líneas comunes en el interior de la Revolución Conservadora. De este modo resaltó la representación voluntarista de la política y acentuó el carácter perspectivo de su visión del mundo. Pero en esta revisión pasó por alto importantes datos de carácter empírico. Esta aclamación voluntarista se veía contrapuesta por el racismo, fundamentado científicamente, es decir, que su base científicista no se veía correspondida en el voluntarismo de algunos nacionalpopulares. Y la consideración del carácter perspectivo de todas las creencias se encontraba desmentida en el tono de fondo totalitario

que es fácilmente observable en numerosos escritos revolucionarios-conservadores, donde se esfuma toda perspectiva relativista. Como denominador común de la visión del mundo revolucionaria-conservadora no quedó otro sino el antimaterialismo (y aún así con algunas excepciones: el racismo de los nacionalpopulares tenía un marcado tono biológico-materialista) y el antiindividualismo. No quedó, pues, más remedio que designar la esencia de la Revolución Conservadora sino en una fórmula marcadamente negativa.

La tendencia al pensamiento del ovillo

En este método de estudio de la historia de las ideas de la Revolución Conservadora se deben pagar algunos precios, a menos de rebelarse contra el mismo procedimiento metodológico. Tal reproche afecta no sólo a las definiciones apologéticas de la fórmula Revolución Conservadora, que son fácilmente apreciables en ciertos ambientes de la derecha. También se observa en numerosos estudios antifascistas de izquierda que dan prueba de un celo clasificatorio muy discutible.

Algunos estudios, sobre todo los que se centran en el discernimiento de las corrientes neorreligiosas y ecológicas de cierta derecha, tienden a mezclar todo en todo, sin reparar en ideas o conceptos (HAAK, 1981; WOELK, 1992; GUGENBERGER/SCHWEIDLENKA, 1987 y 1993; KRATZ, 1994). No es de extrañar, pues, que de la confusión de materiales nos encontremos con resultados inesperados. Pero aun cuando esté presente un esfuerzo de diferenciación, no es infrecuente ver cómo se pierden algunas importantes adquisiciones que son obviadas o que son puestas por la reflexión de izquierdas bajo los presupuestos materiales que más le conviene. La idea verdadera sólo puede ser comprendida poniéndola en conexión con las condiciones reales de vida en ese momento. Contribuye bien poco a esclarecer los conceptos ese enmascaramiento que se goza en velar los enlaces y las conexiones ideológicas. Obrando de este modo, el nuevo análisis de la izquierda cae en los brazos del idealismo metodológico —coincidiendo en forma con los correspondientes estudios de derecha

(WEISSMANN, 1991)—. No está de más recalcar aquí la importancia de la vida material, en base a la cual los hombres pensamos de un cierto modo y no de otro.

Esta ha sido hasta el momento la cosecha que ha producido el debate en torno a la *Junge Freiheit*, que toma en un sentido totalmente acrítico —no obstante algunas tentativas relevantes de diferenciación— la fórmula Revolución Conservadora (KELLERSHOHN, 1994). Baste como ejemplo la siguiente cita, donde el autor declara alegremente: Empleamos el concepto de fascismo en su sentido más amplio, incluyendo en él todo el ovillo mohleriano de la Revolución Conservadora, sin olvidarnos que muchos de estos precursores fueron más tarde perseguidos directamente por el nacionalsocialismo posterior, lo cual no resta para señalar que la Revolución Conservadora es una parte más de la vasta corriente del fascismo (KRATZ, 1994). Discursos de este tipo son los que han traído posteriormente un atrincheramiento que impide esclarecer el objeto de estudio en la historia de las ideas. Se produce así una fijación en la imagen del enemigo, identificado directamente con el adversario de derecha. Deberíamos darnos cuenta que este proceso no es sino una especie de doblete especular, tal como la derecha de un tiempo atrás había modelado la figura —imaginaria— del enemigo desde su anticomunismo.

¿Determinan las ideas el ser social?

Lo que para nosotros puede ser un método especial, es algo demostrado en los estudios de un grupo de investigación de Frankfurt, que ha analizado comparativamente la Nouvelle Droite francesa, el extremismo de derechas en Gran Bretaña y el nacionalneutralismo y la Nueva Derecha en Alemania Occidental (GRESS/JASCHKE/SCHÖNEKÄS, 1990). La historia social y el método comparativo se resuelven aquí como una válida y fructífera alternativa respecto a la historia de las ideas.

De cualquier modo es preciso señalar la escasa atención suscitada por dicho estudio, hasta ahora el mejor publicado sobre la Nueva Derecha alemana. Su visión

diferencialista se ha revelado indiferente tanto para la derecha como para los antifascistas. No es algo especial el hecho de que en este caso no pudo polemizarse con la deseada desenvoltura. La historia social comparada restringe el espacio del qualunquismo. La historia de las ideologías permite ciertos compuestos en donde se mezcla el todo con el todo, en sentido afirmativo o bien negativo. La historia de las ideas se presta a combinar el qualunquismo con la tendenciosidad.

Incluso y exclusivo: el nacionalbolchevismo

Pero la historia de las ideas no sólo permite mezclar a placer el todo con el todo. También nos da la ocasión de practicar en las apropiaciones y exclusiones tendenciosas. El compuesto Revolución Conservadora anula así el legado interno y externo de una de las más interesantes creaciones político-ideales del período de entreguerras, aquella que nos recobra la unión de las gentes de la derecha y de la izquierda, es decir: los nacional-revolucionarios o los nacionalbolcheviques (SCHÜDDEKOFF, 1960; PAETEL, 1965; DUPEUX 1979).

La historia de las ideas de la Revolución Conservadora siempre ha visto en la cuestión de los nacionalbolcheviques al ala izquierda del conjunto total de la Revolución Conservadora. De este modo son clasificados el Orkämpfer-Kreis de Hans Ebeling, el Schwarze Front de Otto Strasser, el movimiento Widerstand de Ernst Niekisch, el Aufbruch-Kreis —próximo al Partido Comunista— de Richard Scheringer, Beppo Römer, Bodo Uhse y Alexander Graf Stenbock-Fermor, el Gegner-Kreis de Harro Schulze-Boysen, los nacionalbolcheviques de Karl-Otto Paetel, Eberhard Koebel —alias *tusk*— y su DJ. 1.11 Bündisch, Arnolt Bronnen y Ernst von Salomon. Todas estas personas tenían en común el ser de izquierdas o el provenir de la izquierda (SPD, USPD) y por sus bamboleos que iban del Partido Nacionalsocialista al KPD (comunistas). Después de 1945, estas experiencias transversales tuvieron sus focos de expresión en los desviacionistas del SED (Partido Socialista Unificado Alemán), en la zona oriental, y en los nacionalneutralistas o

nacionalpacifistas de la zona occidental. En los años sesenta se delineó una corriente que, pasando por el grupo Ostermarsch y los encuentros de canción protesta de Waldeck, aunó los esfuerzos de los nacional-revolucionarios y de los *bündischen* con los de la izquierda APO (Oposición Extraparlamentaria), con ciertos sectores del SDS y de Los Verdes (FREY, 1979; STEINBISS 1984). Pero estas referencias superan los límites de la historia de las ideas.

En todo caso, el cuadro general viene determinado en sus esquemas esenciales en la posibilidad o no de incluir la considerable tendencia nacionalbolchevique en el concepto superior de la Revolución Conservadora, junto a contrarrevolucionarios como Carl Schmitt y antisemitas como Theodor Fritsch. De otra manera más lógica, esta tendencia puede ser puesta en conexión con los nacionalcomunistas hamburgueses de Heinrich Laufenberg y Fritsch Wolffheim (1920), con la Schlageter-Rede de Karl Radek y con el ala nacionalcomunista del KPD que giraba en torno a Heinz-Neumann (1930), con Bruno von Salomon, Ludwig Renn y Karl August Wittfogel, con Alexander Mitscherlich y A. Paul Weber.

La Liga Mundial contra el Imperialismo y por la Independencia Nacional, que celebró un congreso en Bruselas en 1927 y otro en Frankfurt a mediados de 1929, animó un primer movimiento de solidaridad con los movimientos anticolonialistas en África y Asia. En aquella ocasión se encontraron intelectuales de izquierda, pacifistas y comunistas —entre los que se encontraban Albert Einstein, Theodor Lessing, Ernst Toller, August Wittfogel y Willi Münzenberg— con los cabecillas nacionalistas revolucionarios venidos desde la India (Jawaharlar Nehru), de China (Song Quing-Ling), de Indonesia (Mohammed Hatta) y de Arabia. Pero la intervención de nacional-revolucionarios y *bündischen* alemanes de tendencia radical, así como las cuestiones nacionales del Tirol-Sur, del Sarre, de Flandes y de Irlanda provocaron que las discusiones y conclusiones del congreso fuesen prácticamente nulas.

Por parte socialdemócrata se facilitaron encuentros análogos que fijaron la atención socialista en un cierto turbamiento nacional, sobre todo el que tuvieron en torno a 1923-1925 los jóvenes socialistas del Hofgeismarkreis. Theodor Haubach, Hermann Heller, Franz Osterroth y Ernst Niekisch intentaron explicar en clave marxista el camino desde la clase hasta la nación. Más tarde, los *Neuen Blättern für den Sozialismus* (1930-1933), que giraban en torno al socialdemócrata Reichbanner y al Eiserne Front, se propusieron establecer un diálogo con el nuevo nacionalismo. Hendrik de Man y Carlo Mierendorff discutían sobre la renovación del socialismo a través del mito, la voluntad y los símbolos. Adolf Reichwein (1932) disertó con Otto Strasser sobre Marx y sobre la cuestión nacional. Más tarde, el socialdemócrata alemán de los Sudetes Wenzel Jaksch escribiría el prefacio del libro antihitleriano de Otto Strasser sobre Thomas Masaryk (1939), definiendo a su autor como socialista y nacionalista. Asociaciones juveniles, derivadas de los *bündischen*, como el Edelweisspiraten, agruparon a los grupos más activos de la resistencia antinazi (KLÖNNE, 1981; JOVY, 1984; BUSCHER 1988).

Estas y otras conexiones plantean la duda —de forma arbitraria, pero no accidental— de la fijación de una Revolución Conservadora. Ésta, de un lado, se nos aparece como simple qualunquismo, mientras que del otro se le despacha como simple literatura tendenciosa. Por ahora, lo único que sacamos en claro es que quien dice Revolución Conservadora puede referirse a cualquier cosa.

Perdidos y enterrados: ecología y paz

Existe otro ámbito, tanto o más importante, que suele acompañar al lema Revolución Conservadora: la relación entre la reforma de la vida y la ecología, la crítica de la cultura y la paz. Conservación de la vida, paz entre los hombres, paz con la naturaleza. Este aspecto conservador tiene efectivamente una consecuencia revolucionaria, y podría justificar la paradoja revolucionaria-conservadora. Pero, ¿dónde lo encontramos en la literatura de la Revolución Conservadora?

En las filas de la Revolución Conservadora podemos encontrar el ejemplo de Hermann Popert, un estudiante *bündisch* del movimiento por la reforma de la vida (*Lebensreform*), quien dirigió la revista *Der Vortrupp*, así como Erich Scheuermann, autor de 'Papalagi', una crítica a la cultura y a la conducta desde el punto de vista de un nativo de una imaginaria isla de los mares del Sur. Pero si hay un autor que no puede dejarse en el olvido ese es Hans Paasche. En su calidad de oficial del Servicio Colonial, se vio lamentablemente envuelto en una de las masacres de nativos africanos perpetrada por las tropas alemanas. Abandonó el ejército y se convirtió en pacifista militante. Desde la revista de Popert, *Der Vortrupp*, Hans Paasche publicó entre 1912 y 1913 las cartas imaginarias que el africano Luganka Mukara enviaba a su rey desde la Alemania profunda. Estas cartas pronto se convertirían en un clásico de la *Kulturkritik* y del movimiento por la reforma de la vida ('Papalagi' no fue sino una imitación de estas cartas, aunque en un tono menos radical). En las cartas de Luganka Mukara se critica en tono satírico —en una especie de antropología ingenua vista desde el exterior— la mentalidad consumista, el alcoholismo y el tabaquismo de la burguesía alemana, la absurda lógica calculadora del capitalismo, la vida cotidiana mutilada por la industrialización. Al final, como una luz en el horizonte, se le aparece al africano la juventud reunida sobre los altos de Meissner, y sobre esta visión se alzará un nuevo pueblo. En 1917 Hans Paasche fue arrestado por su pacifismo radical y acusado de alta traición, aunque en noviembre de 1918 fue liberado por los marineros sublevados en Hamburgo y, en el mismo día, elegido consejero ejecutivo del Consejo de Obreros y Soldados. En 1920, unos soldados de la Brigada Ehrhardt le dispararon mientras caminaba por las calles de Baden.

Otro ejemplo fue Ludwig Klages, quien ocupó una posición importante dentro de la Revolución Conservadora con su aguda crítica de la cultura que entiende al espíritu como enemigo del alma. Estas concepciones de base las recibió de su amigo de juventud Theodor Lessing, del cual era un fuerte

deudor; más tarde Klages se separó de Lessing a causa de su judaísmo, pues el primero se adhirió a la entonces fuerte corriente antisemita.

Theodor Lessing (1916, 1921) desarrolló una crítica destructiva de los fundamentos del occidentalismo, acusado de destruir la naturaleza y de erradicar las diversas culturas de los pueblos. El medio ambiente es explotado, el bosque se reduce, la naturaleza agoniza, la vida muere, y el dinero domina todos los espacios. Lessing concebía la ecología como una crítica radical de la cultura que por aquel entonces no tenía precedentes. En un principio sus miras enfocaron hacia América y el exterminio de los indios, la opresión obrera y la destrucción de los pueblos caracterizó la confusión entre occidentalismo e identidad de los pueblos. Arriba del todo se encontraba la eliminación por los cristianos del antiguo paganismo europeo. Una vez eliminadas las minorías locales llegó el turno de los pueblos extraeuropeos —beduinos, esquimales, indios, groenlandeses, papúes— y de su ambiente natural. Para Theodor Lessing, el espíritu de la técnica, de la civilización y de la elevación cristiana del hombre se encuentra en conflicto contra la vida, que encontraba su perfecta expresión en los espíritus paganos de la naturaleza, en los Edda, en el Yggdrasil y en Odín, pero también en la mística sufí, en la sonrisa de Buda y, no por último, en el mito paganizante de la naturaleza característico del primer judaísmo.

Theodor Lessing representó un rol muy activo durante la república de Weimar su calidad de intelectual crítico y, como representante del judaísmo disgregador, fue odiado profundamente por los suyos, que le acusaban de marioneta en manos de los antisemitas. Su fin tuvo un sentido literario: un bando de las SS ofrecía 80.000 marcos de recompensa por su captura.

Luchar con amor

Gustav Landauer sufrió un destino análogo. Unió la tradición del pensamiento del anarquismo socialista con la visión de la mística alemana, de la cual reeditó muchos de sus escritos, con la intención de configurar

una alternativa a la alienación industrial-capitalista. La alternativa recibía el nombre de instalación. Factorías socialistas, aldeas socialistas deberían surgir en un movimiento voluntario que miraría hacia el interior del pueblo basándose en un principio confederal. Un legado hecho con legados de legados, un ser común hecho de la comunidad de las comunidades, una república construida con las repúblicas de las repúblicas (LANDAUER, 1978).

En 1908, Gustav Landauer fundó el Sozialistischer Bund, pero su utopía se construía con ideas muy simples. Después de la Primera Guerra Mundial fue nombrado ministro de cultura de la República Bávara, y tras su fracaso fue arrestado y huyó a Múnich, desde donde pudo observar la muerte de la revolución de 1919 a manos de los cuerpos francos.

Martin Buber, amigo de Landauer, contribuyó a introducir en el movimiento juvenil judío y en el Kulturzionismus la idea de un movimiento popular socialista de asentamiento —de esta idea, que partía del movimiento juvenil alemán, nació el proyecto de los *kibbutz*: un socialismo del trabajo y de la vida en común unido a un nacionalismo cultural de la convivencia— tal y como la pusieron en práctica los judíos en Arabia y Palestina. Luchar con amor, tal como escribió en 1939 al Mahatma Gandhi. Buber ante todo creó una filosofía de amplia tolerancia, una filosofía que permitiese dar vida a un principio de diálogo que permitiese el encuentro entre los hombres. Antes de 1933 Buber dialogó constantemente con los intelectuales revolucionarios-conservadores. En 1938 emigró a Palestina.

La paradoja de una revolución del conservar sólo puede tener sentido si nos referimos a personajes como Hans Paasche, Theodor Lessing, Gustav Landauer y Martin Buber. En éstos se expresa no sólo la influencia del romanticismo alemán, sino también el concepto de pueblo elaborado por Herder (en el debate contemporáneo sobre la Revolución Conservadora se observa una rara excepción en este ámbito de discusión, la ofrecida por Reinhard Farkas en su polémica con Johannes Ude, aparecida en los

Jahrbuch). Nos resta decir que las reflexiones de estos primeros ecopacifistas sobre la paz entre los hombres y la paz con la naturaleza encontraron su expresión gráfica en las obras de A. Paul Weber, así como en Bodo Manstein, Heinrich Schirmbeck, Werner Georg Haverbeck, Robert Jungk, Baldur Springmann, Herbert Gruhl, Rudolf Bahro, Günther Bartsch, Alfred Mechtterscheimer, Friedrich Hundertwasser y Günther Nenning, que prepararon el fuerte avance del movimiento de Los Verdes en los años setenta.

Pero las biografías de Paasche, Lessing, Landauer y Buber son algo más que simples ideas. En ellas observamos al hombre de carne y hueso, su vida individual, su intento por modificar la visión del mundo, y su consecuencia: la cárcel, la emigración, la ejecución capital. Esto les unía a un revolucionario como Ernst Niekisch, pero no al sistema burgués de la Revolución Conservadora. Este es uno de esos límites que no puede superar la historia de las ideas.

Segundo panfleto: nacionalismo, pueblo, identidad

Nos adentramos ahora en otro terreno para intentar aprehender las relaciones entre la Revolución Conservadora y el nacionalismo. La Revolución Conservadora sacaba —y continúa sacando aún hoy— una parte esencial de su fascinación de su fuerte tono nacionalista.

Nacionalismo: este concepto aparece inicialmente como una subcategoría de la historia de las ideas. Y, en efecto, siempre estamos tentados de identificar la Revolución Conservadora con el nacionalismo. Por ejemplo, Kurt Sontheimer (1968), partiendo desde una posición crítica a sus concepciones liberales, desarrolló una historia de las ideas de la Revolución Conservadora, incluyendo en este concepto a los jóvenes conservadores, a los que colocaba al lado de los nacionalpopulares, del nacionalismo revolucionario (Jünger), de los nacionalbolcheviques, de los nacional-alemanes y del nacionalsocialismo. Sontheimer agrupó todas estas corrientes bajo la simple denominación de nacionalismo alemán.

Recientemente, Stefan Breuer (1993) — siempre desde una distancia crítica — ha propuesto sustituir el debate sobre la Revolución Conservadora por un análisis del nuevo nacionalismo. Es interesante el hecho de que Breuer ve en este nuevo nacionalismo, compuesto por elementos jóvenes-conservadores y nacional-revolucionarios, una alternativa seria al racismo *völkisch* y al antisemitismo nazi. Como quiera que estas tentativas parten de la aceptación de hecho de los estudios sobre el nacionalismo, se inscriben por ello dentro de la historia de las ideas, donde el nacionalismo se incluye como idea o ideología. Aunque esto no deja de ser discutible.

En efecto, la mayor parte de la historia del nacionalismo es, por propia noción, historia de las ideas (KOHN, 1945; ALTER, 1985). Esto significa que para comprenderlo debemos reconstruir las ideas, la doctrina, los conceptos, la filosofía, las ideas-guía, los mundos conceptuales, las opiniones, los sistemas de ideas, las visiones del mundo, los sistemas de valores, las actitudes espirituales, la ideología, o como quiera que llamemos a los edificios conceptuales de los grandes nacionalistas. La literatura crítica recuenta ahora —con afirmación o con crítica— los escritos de Johann Gottfried Herder, Ernst Moritz Arndt, Friedrich Ludwig Jahn, Johann Grottlieb Fichte, Friedrich List, Giuseppe Mazzini, Giuseppe Garibaldi, Lajos Kossuth, László Németh, Adam Mickiewicz, Roman Dmowski, Jozef Pilsudski, Frantivek Placki, Thomas G. Masaryc, Fjiodor Dostojewskij, Taras Schewtschenko, N. F. S. Grundtvig, Padraic Pearse, James Connolly, Jules Michelet, Ernest Renan, Maurice Barrés, Charles Maurras, Theodor Herzl, Martin Buber, Adolf Stöker, Heinrich von Treitschke, Paul Lagarde, Georg von Schönerer, Walter Flex, Arthur Moeller van der Bruck y otros que han teorizado sobre esta cuestión (KOHN, 1948-1955; HEIGERT, 1967; KEDOURI, 1969; SCHWEDHELM, 1969; SEE, 1970).

Pero los análisis más profundamente analíticos nos conducen, por atajos pasando por lo sociológico o por lo psicológico, a la constatación de que el nacionalismo es, en su

núcleo, una ideología de integración de grandes grupos (LEMBERD, 1964). ¿Es, por consiguiente, una ideología y nada más?

El actor ideal ha desaparecido

El método seguido por la historia de las ideas comenzó a crujir cuando fue aplicado al Tercer Mundo y a las tendencias anticolonialistas de África, Asia e Iberoamérica. Desde esta perspectiva era —y es— sumamente interesante estudiar las biografías y las construcciones conceptuales de los pensadores nacionalistas y revolucionarios como Sun Yatsen, Mao Tse-Tung, Mahatma Gandhi, Subhas Chandra Bose, Jawaharlal Nehru, Sukarno, Ali Schariati, Gamal Abdel Nasser, Muammar Al-Gadhaffi, Frantz Fanon, Sekou Touré, Kwame Nkrumah, Leopold Senghor, Jomo kenyatta, Julius Nyerere, Fidel Castro, Che Guevara y tantos otros. Pero, ¿sus ideas adquieren fuerza social por la cuestión nacional o por la cuestión anticolonial?

A partir de 1989 la visión anclada de las ideas está superada definitivamente por el plano empírico. La reciente oleada de nacionalismos y de movimientos nacionales de liberación no se explica con referencias a la ideología o ideologías nacionalistas, sino que prescinde del hecho subjetivo de estar por o en contra del nacionalismo.

La revolución democrática-nacional de Alemania Oriental mostró con toda evidencia la fragilidad teórica de estas sólidas construcciones teóricas. No fue deducida por ninguno de sus precursores, ni por la Tercera Vía nacionalneutralista de los años cincuenta y sesenta —encarnada por Wolf Schenke, Otto Strasser y August Haussleiter (DOHSE, 1974; STÖSS, 1980; BARTSCH, 1990; ZILTEMANN, 1991)— ni por los nacional-revolucionarios de los años setenta (BARTSCH, 1975; PRÖHUBER, 1980). El hecho de que el reclamo a la ideología sólo encontrase ecos en la Alemania Occidental indica que se trataba más de un problema de sensibilidad alemana que de una adquisición teórica (GLOTZ, 1989; BACKES, 1989; ASSHEUER/SARKOWICZ, 1992; BACKES/JESSE, 1993).

Como ayuda para la comprensión de la dinámica de los procesos nacionales abiertos

en la Europa del Este y en Asia Central, daremos por referencia las biografías y las teorizaciones —extremadamente interesantes— de Gamsakurdia, Landsbergis, Meciar, Izetbégovic, Slobodan Milosevic, Franjo Tudjiman o Dschochar Dudaiev. Es bueno señalar aquí que aún en los tiempos de la gran quietud soviética, era siempre más realista prestar atención a la literatura nacionalista de un, por ejemplo, Alexander Solzenitzschyn, o de un Valentin Rasputin, que a las comunicaciones oficiales del Este o a la sociología del Oeste, según las cuales los problemas derivados de la cuestión nacionalista pertenecían definitivamente al pasado. Pero las revoluciones nacionalistas no pueden siempre explicarse a partir de las ideas nacionalistas.

Las descripciones más recientes se mueven en un plano diverso respecto a las teorizaciones ideológicas nacionalistas. Se tiende más a atender el tema del conflicto étnico, el choque entre los pueblos y los movimeintos culturales y sociales (NOWAK, 1994).

Por una psicología de la nación

El año 1989 viene a significar que las posiciones histórico-ideales pueden, desde entonces, descartarse. En contraste con la historia de las ideas, aparecieron en el curso de pocos años algunos estudios de impronta histórico-social que, partiendo del material aportado por cada nación y procediendo de un modo concreto y detallado antes que comparativo, han visto en el nacionalismo de la primera modernidad ante todo como un fenómeno social. Lo primero que se resalta es la participación muy diferenciada de las clases y de los estratos sociales en el proceso de la nacionalización (HROCH, 1968). Mientras que los estratos inferiores y medios —artesanos en Alemania, campesinos en Dinamarca, movimiento obrero en Irlanda— y sobre todo la clase intelectual (estudiantes) desarrollaron un rol importante, la burguesía empresaria y comercial formó parte de aquel proceso sólo excepcionalmente; no ocupó los primeros planos hasta que el primer nacionalismo democrático se transformó en el imperialismo nacional-liberal de finales del siglo XIX. Tal visión no se encontraba hasta la fecha presente en las teorías al uso,

empeñadas en aquella explicación economicista del nacionalismo burgués que, ampliamente difundida desde la década de los sesenta hasta los ochenta, naufragó de improviso en 1989.

Ya en 1937 Henri Lefebvre se empeñó en un análisis en profundidad sobre el nacionalismo. Con el título de *El nacionalismo contra la nación* y con la base de un amplio conocimiento de los teóricos nacionalistas —Barrés, Maurras, Scheler, Spengler, Moeller van der Bruck, Rosenberg, Benn— planteó la cuestión de la base social de la nación y del nacionalismo. Subrayó claramente la distancia del cosmopolitismo burgués de la modernidad y atribuyó a Goethe un noble, pero frío ideal, inexorablemente condenado a permanecer irrealizable. Su mayor esfuerzo fue el articular una psicología del sentimiento nacional, dispuesta a considerar este último como un fenómeno caliente, real. Para él la verdadera atención estaba presente en la inflexión religiosa del nacionalismo.

Henri Lefebvre no empuñó, pues, su objeto de estudio, como se suele hacer regularmente en la polémica relativa a la historia de las ideas. Su obra no resultó una verdadera crítica del nacionalismo. Lefebvre escribió su obra en calidad de intelectual orgánico del Partido Comunista de Francia. Pero el internacionalismo, que él considera que debe afirmarse, lo trata como objeto aparte de estudio. Ni autolimitación nacionalista, ni burguesía mundial elitista. Ni esquema reformista socialdemócrata, que lo ve todo desde el punto de vista de una nación (Habermas, Wehler, Grotz), ni esquema anárquico, que contesta la nacionalidad abriendo las puertas a un antipatriotismo que Lefebvre comparó con la impetuosidad destructiva de la máquina moderna. La suya es una posición caliente, que ve en la nación una realidad psíquica que debe asumirse como base para la autodeterminación nacional.

El estudio de Henri Lefebvre, como se podía prever, estaba lleno de numerosas imprecisiones debido a su óptica (nacional)estalinista. Tenía la ventaja de haber podido fundamentar la estrategia

nacional del Frente Popular y del Partido Comunista de Francia en oposición al fascismo. Pero este estudio se moverá en un nivel de análisis que hasta ahora no había sido alcanzado y que nos ha faltado poco para perder. Y no es un caso el hecho de que la amplia obra de Henri Lefebvre sobre la cuestión nacional acreditó al autor como sociólogo de la vida cotidiana.

Identidad étnica y neurosis nacional

Con el programa de una psicología del sentimiento nacional se había tendido precozmente un puente desde la sociología hasta la psicología de la cuestión nacional y el nacionalismo. Este terreno se encuentra impregnado, sobre todo, por el etnopsicoanálisis y por la diferenciación entre lo extraño y lo propio. De este modo, nos esforzamos en encontrar una tercera posición analítica: la identidad étnica, situada en un tercer lugar tras la familia y la cultura social (ERDHEIM, 1982-1988-1992).

El concepto de identidad es el que mantiene aquí el significado central. La identidad no es sólo ideología, es la conciencia producida socialmente y asumida literariamente, va más allá de la simple experiencia y de la subjetividad individual. La identidad étnica, popular, cultural y nacional se forma en un tercer lugar, allí donde la psique colectiva reelabora la experiencia. De este modo se vuelve accesible al psicoanálisis. El concepto de identidad fue ya definido en estos términos por Sigmund Freud —en su ensayo de 1923 sobre la identidad judía— y tratado como objeto de estudio en la obra de Erik H. Erikson (1950), en el ámbito de una psicología de la juventud.

El descubrimiento de las profundas dimensiones psíquicas del carácter nacional no es un motivo para la alegría ingenua, ya que nos percatamos que donde se encuentra una identidad colectiva también puede estar presente la neurosis colectiva. Si nosotros somos alemanes —rusos, tártaros, finlandeses, curlenios, silesianos— llevamos en nosotros el peso y la infamia de nuestra historia colectiva. Mejor aún: yo lo llevo en mí.

El pasado reciente se insinúa en la vida de las generaciones sucesivas. Nosotros construimos Auschwitz, y siempre será este nosotros. El mayor aniquilamiento humano a escala industrial de la historia que se incluye ligado a nuestro nombre en cuanto alemanes. Podremos encuadrarnos personalmente a la derecha o a la izquierda, pero entre los autores o entre las víctimas, o incluso en un tercer lugar, seremos para siempre los sucesores (SICHROVSKY, 1987; BUDE, 1992; BARON, 1993).

Pero con todo ello, la turbación no acaba, antes bien, comienza sólo entonces. Un interrogante nos asalta entonces: ¿a partir de qué presupuestos puede acaecer el genocidio? Éste no fue el punto de arranque de la identidad y de la neurosis de las generaciones posteriores, sino que asienta sus raíces en los problemas de identidad, en las neurosis y en las escisiones de las generaciones precedentes. ¿Tenía razón aquel psicólogo croata que, comparando la neurosis alemana y croata, ha evidenciado el rol que juega el *limes* (el límite) en nuestra historia colectiva? (LORKOVIC, 1983-1990-1992). ¿Estamos perpetuando un combate entre nosotros mismos, entre la libertad de las estirpes y la Roma interior?

La Roma interior parece prometer restituir los patrones. Pero, sin embargo, deberíamos entrar en su guardia pretoriana, al tiempo que deberíamos recordar el gran esfuerzo alemán, tanto de los tiempos en que Carlomagno derrotó a los sajones como de los del Sacro Imperio Romano Germánico. Es a un tiempo significativo y paradójico el hecho que, en Alemania, el movimiento de recuperación de lo germano fuese llamado Romanticismo (con una referencia conceptual a Roma), en lugar de, por ejemplo Germanicismo. Posteriormente, los estandartes romano-fascistas y el saludo romano pasaron a ser los estandartes germánicos acompañados del saludo alemán (NIEKISCH, 1932). Y al presente marchamos bajo la consigna de la Unión Europea o de la Comunidad Occidental, que se esfuerza en unirse a la Gran América o de asumir su responsabilidad materializada en el envío de soldados alemanes a todos los rincones del mundo (MECHTERSHEIMER, 1993). Preferir

por preferir, nos gustaría estar siempre en esta parte del *limes*, en la parte de los vencedores.

Los reclamos a la Roma interior de los alemanes siempre estarán supeditados a un para qué. Cuando fueron pronunciados por vez primera en Croacia reinaba la paz; después vino la guerra. ¿Partirá de Alemania una nueva guerra?

La menguada unificación alemana de 1989/90, la ocupación de la DDR por parte de Alemania Occidental y sus consecuencias psíquicas son causa de una inquietud posterior. La división interna entre occidentales y orientales no es el simple resultado de la formación de dos Estados (MAAZ, 1990). El problema en realidad se ha acentuado con el proceso de anexión y ha seguido sus viejas líneas históricas, actualizando en cierto modo las proyecciones de la Roma interior (NOWAK, 1994). Los dueños se encuentran frente a los pobres, los occidentales adelantados contemplan a los orientales atrasados, los demócratas no ven otra cosa que menesterosos necesitados de reeducación, a los occidentales cristianos les asustan esos paganos orientales...

La neurosis alemana no se encuentra instalada de forma exclusiva en las cabezas del pueblo alemán. No es solamente una idea o un concepto estratégico de represión que, inventado o disfrazado, sería corregible con un simple retorno a la historia, como creen algunos historiadores de las ideas de impronta conservadora (PEILS/MOHLER, 1980). La neurosis alemana se ha desarrollado a partir de la vida histórica y colectiva de nuestro pueblo, de las escisiones, internas y externas, de toda la historia alemana. El retorno a la propia historia, aun cuando es necesario, no aporta en sí ninguna solución, puesto que siempre nos encontraremos con la misma división: los alemanes de una pieza contra los retorcidos... Como algo natural en esta historia encontraremos las proyecciones alemanas (el comunista, el hebreo, el enemigo del Reich...) que siempre tendrán enfrente a los traumas alemanes (1945, Auschwitz, Versalles...). Y así somos nosotros. Debemos afrontarlo, ya

que nuestros muertos no están muertos; ni tampoco las víctimas, ni los autores.

Cierto, lo dicho hasta aquí vale para los demás pueblos. Pero esto lo estoy escribiendo yo como alemán.

Nacionalismo e innovación histórica

La perspectiva psicológica y el hecho social deben ser apreciadas en conjunto si se quiere determinar el sentido de la formación ideológica nacional, entre la cual encontramos a la Revolución Conservadora. Desde este punto de vista, el principio nacional, tal y como se presentó en torno a 1800 bajo la forma de nacionalismo, deviene parte de un reordenamiento de las actitudes espirituales. Las disposiciones psíquicas y los modelos sociales de comportamiento se entrecruzan. Con la aparición de la modernidad europea aparece el nacionalismo, con el nacionalismo aparece la modernidad europea. En el paso del siglo XVIII al XIX se formó una nueva identidad colectiva y se desarrollaron las nuevas energías de la práctica comunitaria. Los hombres se hicieron nuevos interrogantes y se inspiraron en ellos en su conducta vital. ¿Quién soy yo? ¿Quiénes somos nosotros? ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos?

Emerge así una relación de nuevo género entre la identidad y lo extraño, antaño desconocido. La nueva identidad somos nosotros, el pueblo. Nosotros somos algo más que simples objetos del dominio señorial y algo más que simple clase, somos pueblo. Y en cuanto pueblo queremos llegar a ser nación, sujeto colectivo y dueño de nuestra historia. El hacer político-social conduce a la nacionalización y, en consecuencia, se resolverá revolucionario: El pasado no es nacional. Es algo democrático decir: Nosotros, el pueblo, nos determinamos a nosotros mismos. Y así se abre una vía que lleva de los grandes imperios a las unidades más pequeñas.

Este nacionalismo es el precursor de la nación moderna, y no viceversa. El nacionalismo no era una ideología de integración sólo por el hecho de situarse en la cúspide del factor ideológico, pues no miraba por la integración en una unidad estatal subsistente, sino más bien por su

disgregación en pueblos. Allí donde en los Estados existentes —como en el reino multinacional de Dinamarca o en la Francia jacobina— maduró la ideología nacionalista, devinieron entonces naciones en el sentido moderno. No fue la nación la que creó el nacionalismo, sino el nacionalismo quien creó a la nación.

Revolucionario, democrático, liberador, pero esto no es todo. Pronto se vio que la identificación nacional portaba en sí el peso de lo colectivo, comportándose en un sentido neurotizante en cuenta introducía en la vida presente los traumas y las escisiones del pasado colectivo. Una de sus consecuencias fue la aparición de una nueva forma de violencia y de guerra.

Los hombres de la época moderna llegaron a ser nacionales o nacionalistas en el sentido existencial de pertenencia. En cuanto a alemanes, franceses, flamencos, bretones, etcétera, compartían una cierta identidad, así como, en la vida, se es musulmán, cristiano o librepensador. Pero ocurre que en la modernidad se puede cambiar fácilmente de religión, mientras que la posibilidad de elegir la identidad nacional y étnica es más limitada, aunque tampoco esté determinada de una vez para siempre, ni siquiera desde el punto de vista biológico. En este sentido el nacionalismo no es una ideología, pero está presente en la zona pre-ideológica. Absorbe cualidades sociales y religiosas, pero desde el punto de vista psicosocial funciona de un modo más profundo que la religión. Podemos desprendernos del cristianismo —de la responsabilidad histórico-religiosa de las Cruzadas, de las misiones o del exterminio cultural— pero no del legado alemán frente a Auschwitz.

El nacionalismo integral y su naufragio frente a la imagen del enemigo

El plano existencial de la pertenencia no agota por entero al nacionalismo. La modernidad industrial se abre camino con la necesidad de restituir las condiciones existenciales objeto de una visión política del mundo, de un sistema de ideas. Sobre la base de la praxis social comienza a formarse una superestructura de ideologías. Del catolicismo mundano brota el

ultramontanismo político-ideológico —y después el Opus Dei—. Del Islam nace el modernismo reformista de los Hermanos Musulmanes que acabará en el fundamentalismo ideológico. Del gremio del paganismo surgen los liberales religiosos, los pensadores liberales proletarios, los monistas, los fieles alemanes, etcétera. Análogamente, se multiplican las tentativas de restituir el carácter nacional objeto de la formación de la ideología. Tres procesos resultan particularmente interesantes.

1. Una tendencia a esclarecer la formación nacional de la ideología durante los siglos XIX y XX, que colocó el nacionalismo —bajo una forma que podríamos decir puro— en el centro de su sistema conceptual. Se trata de la tentativa de un nacionalismo integral: algunos núcleos ideológicos de la Revolución Conservadora se definirán como parte de esta corriente que se puede rastrear por toda Europa. Otros sectores de la Revolución Conservadora se mantendrán a distancia y se aproximarán más bien al cristianismo y al Reich como grandeza que trasciende el elemento nacional. Pero aunque los nacionalistas integrales en el interior de la Revolución Conservadora no tuvieron mucho éxito en su intento de alcanzar de lo que era o debiera ser el punto de referencia de la identificación nacional: ¿el pueblo (obviamente excluyendo a los hebreos alemanes)?, ¿la nación (como comunidad de voluntad)?, ¿Prusia (una actitud espiritual sin pueblo)?, ¿las regiones y las estirpes alemanas?, ¿un Reich nacional capaz de expandirse en una dirección imperial y colonial?, ¿un mítico Reich espiritual?, ¿la raza (según lo cual el pueblo debiera dividirse en grupos basados en la sangre)?

2. La confusión suscitada por la cuestión de la identidad dejó el puesto a una definición sustitutiva de la imagen del enemigo. Si ya no se podía decir quiénes eran o no alemanes, al menos sí se podía señalar al enemigo. Los nacionalpopulares se definían en base a la insignia del antisemitismo, esto es, con los ojos vueltos contra la imagen del hebreo; el nazismo recogió ese tipo de mirada, haciendo de ella un modelo fundamental de su visión del

mundo. Los jóvenes conservadores centraron su atención en el anticomunismo, la defensa frente a los rojos. Los nacional-revolucionarios se volvieron de una forma dualista contra la figura del burgués, a quien contrapusieron la imagen del soldado o del trabajador, aunque de cualquier modo la determinación de la imagen del enemigo en este grupo tuvo un desarrollo menor. Una mayor consideración de la multiplicidad no-dualista es la que se observa en los *bündischen*. La construcción de la imagen del enemigo, de cualquier modo, siempre está presente en los aspectos neuróticos de la identificación nacional. Las fisuras internas son, de una forma o de otra, proyectadas sobre el enemigo. El nacionalismo realiza en este punto un trabajo de proyección. Y lo mismo vale para el antinacionalismo (la contraposición dualista de Ernst Nolte entre nietzscheanismo y marxismo en la guerra civil europea puede resultar el extremo de este proceso; NOLTE, 1990). La elaboración ideológica sigue en conjunto la tendencia que lleva a ignorar las contradicciones y a empujar lejos de sí la neurosis. Si los traumas no pueden ser sanados en la vida, deben al menos desaparecer del libro, del manifiesto, del Sistema.

3. En una consideración más atenta, ninguna de las ideologías nacionales resulta desprendida del contenido social. El nacionalismo es, en efecto, una fusión de la cuestión nacional y de una posición frente a las contradicciones sociales internas. Así nos es posible diferenciar un nacionalismo campesino-democrático (N. F. S. Grundtvig) y uno burgués-liberal (Heinrich von Treitschke), un nacionalismo democrático-socialista (Thomas Masaryk) y uno marxista-dictatorial (Kim Il Sung), uno anárquico-socialista (Martin Buber) y uno fascista (Wladimir Jabotinski), un nacionalismo sindicalista (James Connolly) y uno antisindicalista (Hitler/Hugenberg). El nacionalismo inherente a la guerra (el del primer Ernst Jünger) se opone al nacionalpacifismo (Alfred Mechttersheimer). Las contradicciones sociales se vuelven a encontrar en el interior del mismo nacionalismo. Esto es evidente en el choque entre las orientaciones

nacionalconservadoras con las de los nacional-revolucionarios.

El contenido social del nacionalismo repercute de un modo particularmente problemático cuando las contradicciones sociales coinciden con las escisiones neuróticas, los traumas y los miedos hacia el enemigo. El ejemplo lo encontramos cuando después de 1900 la burguesía conservadora se espantó ante la revolución social y, empujada por el deseo de una Roma interior, escogió la contraimagen de una minoría que provenía de fuera del *limes*: los hebreos. De esto, y no de la teoría de una Revolución Conservadora, se trató en los casos de Georg Lanz von Liebenfels, Theodor Fritsch, Carl Schmitt.

Aceptar toda la historia: nacionalismo transmoderno

La energía específicamente moderna del nacionalismo y su dinámica social requiere ahora una nueva aproximación respecto al collage de la historia de las ideas. Además, los peligros de violencia y de guerra unidos al nacionalismo revelan su fuerte carga de angustias y neurosis, a la vez que hacen necesaria una seria consideración de las bases psicosociales de la misma nacionalización. Al contrario, el fantasma de la Revolución Conservadora tiende a distraer la atención de este esfuerzo necesario.

Pero, ¿qué encontramos ahora en la modernidad? ¿Qué hacer con la forma moderna de la nacionalidad que hasta ahora hemos conocido? ¿Se perfila en el horizonte un nacionalismo posmoderno?

Cuando el nacionalismo de la época moderna, con un movimiento revolucionario directo contra lo extraño, se propuso aceptar como propia la historia colectiva, entendió la identidad en el seno de la unidad y la solidaridad, y cuando se tornó conservador, prosiguió con la unificación y la conservación. La unidad identitaria, como nacionalidad pura, debería ser producto del mero trámite de la (auto)reeducación. Y esto debía ser así por encima de los intereses y de los daños a las minorías, a las regiones y a los dialectos. Esta modernidad, como ha demostrado la limpieza étnica en los Balcanes, no pertenece a la historia. Pero

conforme a esto se nos presentan otras identificaciones. Identidad significa entonces aceptar la historia colectiva incluyendo sus neurosis colectivas. Las propias derrotas también son nuestras (HAVERBECK, 1985); se las hacen pasar por liberación, rebuscando y desplazando a hurtadillas la clemencia de los vencedores. Pero toda la historia de mi pueblo y de mi país está en mí. No sólo los puntos luminosos de los años de gloria — 1871— o de la revuelta —la guerra campesina de 1525, la revolución de 1848, el fin de la DDR en 1989— sino también 1933, 1945, Auschwitz. De nuestra identidad también forma parte aquello que la traumatiza, lo que la reprime y la divide. Pueblo significa contradicciones.

El nacionalismo transmoderno requiere por esta razón un trato psicoanalítico. No unidad, sino elaboración de los conflictos internos que descienden de la historia colectiva. No reeducación, sino una vida rica en contradicciones. Pero esto es válido también al contrario: el psicoanálisis de la opresión colectiva y nacionalista debe tomar un nuevo sentido. ¿Qué puedo hacer yo, yo que he nacido, que he crecido después, con el pasado de mi pueblo? Y con este yo no nos referimos a los individuos, porque aquel que en este sentido dice nosotros no está viendo la gracia de haber nacido tarde.

Dicho de otro modo: en la modernidad clásica éramos nosotros, éramos nuestro pueblo, en cuando que teníamos un andar común colectivo. Estábamos dispuestos siempre a dar rienda suelta a la tendencia de sentirnos como un pueblo en la medida en que éramos perseguidos en común y compartíamos angustias comunes; esto acontecía fatalmente aún cuando no hubiera enemigo. En este momento —en el giro transmoderno del nacionalismo— diríamos: nosotros somos un pueblo en cuanto tenemos un destino común, una carga común, una neurosis común y unas contradicciones comunes.

Pero, ¿cómo podemos asumir esas contradicciones?

Tercer panfleto: habitus, corporeidad, vida

Tomemos ahora —más allá de la ideología del nacionalismo— un tercer modo de análisis. Y retornemos al período de entreguerras.

Tres esbozos

Tomemos primero a los jóvenes conservadores, como representantes del *habitus* de los señores. Los señores eran súmamente atentos unos con otros, y sus reverencias eran frías y rígidas. Por encima de su ropaje burgués de levita y corbata llevaban la disciplina prusiana -o, al menos, su imagen: la voz debía tener un tono decisivamente metálico, todo en ellos debía reflejar la nobleza de un tiempo ya perdido-, algunos lo demostraban con el uso inútil del monóculo. El resultado es todavía, a un tiempo visto, bastante miserable. Cuando se hablaba de pueblo en verdad se hacía referencia a los otros. Con todo eso, se quería pasar por antiburgueses, y se menospreciaba a los interlocutores de la burguesía con el trato de vosotros (¿qué actitud tomaban con las mujeres?; ninguna, quedaban fuera de escena). Se encontraban satisfechos hablando del Reich.

Después viene la vuelta de los nacionalpopulares. Éstos ya no se encuentran a gusto en esas figuras de tipo extraño y solitario, y plantean una serie de argumentos un tanto originales. Se declaran favorables al nudismo y la reforma de la vida cotidiana. Reúnen regularmente a su familia y a sus amigos en torno al problema de la renovación germánica de la religión. Hablan constantemente del futuro. Renovación — que servirá de ayuda en la lucha contra el peligro que se cierne sobre nosotros, sobre el pueblo por parte de los hebreos y del espíritu hebreo, empeñados en enterrar los valores auténticos. Decadencia, ruina y deterioro cada vez más extendido. Pero siempre queda la esperanza, y es por esto mismo por lo que se dan a escribir un sistema donde poder reflejar todos estos conceptos.

Y, en fin, el tercer hombre. Lleva voluntariamente retazos de uniforme, lo que sin embargo le da un aspecto algo indisciplinado, insolente y descuidado. No, no se presenta como un burgués, y quiere que le hablen de tú. Se le ve rondando los

café y los círculos comunistas, donde le ha introducido su amiga, para poder conversar con sus ex camaradas de los Cuerpos Francos (pero es que la comunidad viril en la que formalmente milita es, ante todo, una entidad ficticia). Trabaja en una novela. En realidad tiene vocación de artista, pero la guerra... Se gana la vida con trabajos ocasionales, y no se distingue mucho de los proletarios, con los cuales durante un tiempo —sólo algunos meses— compartió penurias dentro del USPD. Coquetea con los recuerdos, cuando él era algo más que ese hacer aventuroso que lo tiene en movimiento. Sí, movimiento, de eso se trata, ésa es la palabra correcta —la meta, al contrario, es indefinida—. Él es un nacional-revolucionario.

Lucha de *habitus*

Las ideas —incluso aquellas que definen la Revolución Conservadora— no surgen de la nada. Forman una superestructura sobre la vida concreta de los hombres, son la expresión conceptual de sus experiencias y sus contrastes. Las ideas son siempre contradictorias, como contradictoria es la corporeidad singular que se encuentra en la base. Un *habitus* se contrapone a otro. Esta es la vida que se observa delante de las ideas. Y estos *habitus* se encuentran en lucha, no en el sentido de guerra —como el Kulturkampf bismarkiano o como la lucha de clases de los años veinte— sino en el sentido de un conflicto sociocultural. La historia de la modernidad es —en su base— una historia de lucha de *habitus*.

Pero los esbozos del joven conservador, del nacionalpopular y del nacional-revolucionario, ¿no aparecen así como una caricatura? Efectivamente que sí. Pero el estudio sobre la Revolución Conservadora no puede acabar en estos términos, en los libros. Debe profundizarse en el estudio de los hombres y de su vida social. En realidad, en los estudios sobre el comienzo de la Revolución Conservadora, la atmósfera se cargaba excesivamente en las limitaciones de la historia de las ideas. En su disertación, Armin Mohler —como marco de introducción a los recientes *Jahrbuch zur Konservative Revolution*— había propuesto

una superación del horizonte de la historia de las ideas, apuntando a lo que él mismo denominó aproximación fisionómica a la Revolución Conservadora, aunque ese proyecto nunca se realizó.

La fisionomía —si no se entiende este concepto en un sentido puramente metafórico— alude a la cara y al cuerpo, a la corporeidad social de los movimientos políticos. Se refiere —para decirlo con Mohler— a los hombres con sus anhelos y sus deseos, a aquello que está delante de las ideas. Pero Mohler solamente en un ensayo (1973) se enfrentó con esta dimensión, con el estilo, las actitudes, el ritmo, precisamente en el feliz intento de distanciarse de la historia de las ideas de Ernst Nolte. Pero el argumento de este ensayo no es la Revolución Conservadora, sino el estilo fascista. Mohler favorece la impresión de que la Revolución Conservadora —en cuanto concierne al estilo— fue más o menos idéntica al fascismo. Los antifascistas pronto adoptaron como propia esta idea. Aunque su propio estudio sobre la aproximación fisionómica de la Revolución Conservadora se revela más como un conjunto de ideas contradictorias, y no como una fisionomía o estilo. El debate sobre la Revolución Conservadora hasta ahora sólo ha tenido un sentido histórico-ideal, y quienes se han situado por encima de este debate, como los críticos Sontheimer y Breuer, han sostenido una tercera posición, al igual que los *Jahrbuch zur Konservative Revolution* o la revista sueca *Res Publica*. Este debate distorsiona la atención hacia los hombres de existencia real, los que han sostenido o suscitado esas ideas —pero, ¿por qué necesidad?—.

Algo más que fisionomía y estilo

La vida real de los hombres hace referencia forzosa a su corporeidad, a aquello que solemos nombrar con la palabra estilo. La expresión estilo de vida está en boga en la sociología contemporánea, pero tiene el peligro de ser demasiado estetizante y de poner en libertad una selección de factores sociales y existenciales. La sociedad no es un supermercado.

Pongamos un ejemplo: Ernst Niekisch — el nombre dice mucho más que cualquier

libro, idea o filosofía— dice ante todo un estilo. La vida de Niekisch como resistencia —antes y después de 1933— y como inconformismo (sobre todo después de 1945) requiere una aproximación completamente diversa. El *habitus* de Niekisch, desde este punto de vista, es algo más que una simple actitud individual, más que una simple moral personal, hecha de coraje y de firmeza. El *habitus* pone en conexión grupos sociales más grandes, y los delimita respecto a otros. Por consiguiente, *habitus* y pertenencia de clase están siempre unidos en cualquier mixtura. La clase, en el significado que adquiere en la época industrial moderna, ¿se forjó inicialmente como un *habitus* sociocultural? Con esto no queremos decir que la denominación de clase burguesa exprese en sí misma cualquier cosa: la confusión de *habitus* de los nacionalpopulares, de los jóvenes conservadores y de los nacional-revolucionarios dice mucho sobre los errores de la unidad y de la crisis de la burguesía. Pero tampoco la clase obrera aparece, en cuanto portadora de un *habitus*, como una unidad indivisa. La lucha de *habitus* en el interior del movimiento obrero socialista nos ofrece una prueba viva.

Conflictos de *habitus* en la izquierda

Mientras la SAJ (Juventud Obrera Socialista) y la Coalición Juvenil luchan contra la rígida educación militarista y aspiran a reunir a los chicos y chicas en una comunidad libre; mientras quieren introducir los ideales del movimiento juvenil —según la fórmula Meissner— en amplios grupos de la juventud obrera, en un intento de acercarla al socialismo, el Reichsbanner viene a reafirmar los ideales del militarismo. Mientras nuestros jóvenes deben salir juntos al aire abierto, con la frente y el pecho descubiertos, los componentes del Jungbanner dan vueltas con sus chaquetas americanas resguardados del viento y con la gorra de esquiar en la cabeza, este es su nuevo uniforme. Deben educarse al completo en su cualidad de futuros protagonistas del movimiento obrero de liberación, pero aprendiendo a realizar los ejercicios militares al son de las marchas.

Esta autocrítica apareció en 1924 en el boletín de la Jungsozialistische Blätter (ROHE, 1966). La crítica describe, no obstante con una terminología ideal, un conflicto que se daba de forma efectiva. En el ámbito de la experiencia socialdemócrata se distinguían dos tendencias: la del movimiento juvenil con impronta *bündisch* y la paramilitar. Con el tiempo ambas se fueron distanciando mientras una y otra aparecían, ora dominantes, ora en la sombra del partido socialdemócrata, mientras tanto aparecía por un lado la burocracia del partido y del otro unos rituales que permitían reunir a la militancia, como por ejemplo en los actos de bendición de la bandera roja o en los ingresos de los jóvenes en los gimnasios. Aquí se mezclaban las baratijas burguesas con la bandera y el muchacho portabandera rodeado de sus padrinos y madrinas y con otras formas que eran en parte mezcla del ritual guillermino y del ritual eclesiástico (ARBEITER/TURN/ZEITUNG, 1924).

Movimiento juvenil *bündisch* y disciplina paramilitar, baratijas y conflictos de *habitus*, contraseñas de la generación del campo de batalla y aquello que luego fue llamado carácter socialdemócrata del periodo de entreguerras (RABE, 1978). ¿Con qué categoría la lucha de *habitus* y los conflictos entre las generaciones pueden servir para descifrar y caracterizar su significado para la vida material? ¿Y cómo unir esto a la tipología del joven conservador, del nacionalpopular y del nacional-revolucionario?

Contradicciones alemanas

Allí donde se presenta una atención al significado de la corporeidad en los movimientos políticos, el cuerpo es interpretado, a lo más, como una variable ideológica. Primero están las ideas, de las que se origina un cuerpo ideal, al que más tarde sigue la acción. Si así creemos, por ejemplo, podremos individualizar una contradicción fundamental entre las facciones a la derecha y a la izquierda de un movimiento dado. Mientras la imagen corpórea a la derecha aparecerá como narcisista, racista e irracional, la izquierda

aparecerá ascética e ideológica (HOBERMAN, 1981-1984-1989).

Esta interpretación, así como la aproximación fisionómica recae en la imagen idealista del hombre, que retiene la praxis social como determinada de las ideas. Metodológicamente innovadora, tiene la capacidad de sustraer el debate de las -o en medio de- las contradicciones fundamentales.

¿Dónde vamos a llegar si seguimos la cuestión de las contradicciones fundamentales en la más reciente historia alemana de los *habitus*?

*Ahora el pueblo de la rígida pedantería,
ahora el ángulo recto
en cada movimiento, y a la vuelta
la gélida oscuridad.
Las cosas no siempre se están tiesas,
siempre derechas, como hierro colado,
como quien se traga un bastón
con el cual en otro tiempo golpeó furioso.*
(HEINE, 1844)

En 1844, Heinrich Heine —llegando de Francia a los confines de Prusia— escribe sobre el *habitus* rígido. Visto desde fuera, el ejemplo de Dinamarca es y está considerado en nuestros días un trato típico de los alemanes, propio de su historia. Nace en el interior de la burguesía prusiano-alemana del siglo XIX, con sus costumbres y sus modos militares, con su lenguaje corpóreo definido como enérgico o resolutivo, la posición rígida de la espalda y un sombrero que por entonces llamaban deportivo, con esa entonación de la voz, metálica, por así decir de arriba hacia abajo. Eran los modos de los oficiales de la reserva y de los estudiantes agrupados en asociaciones; los duelos y la gimnasia prusiana (no aquella de Friedrich Ludwig Jahn) concurrían a la formación de una coraza corpórea, gracias a la cual la sociedad satisfecha se distinguía del bajo pueblo (REICH, 1933; THEWELEIT, 1977; ELIAS, 1989).

Los jóvenes conservadores de la época weimariana conservaron ese *habitus* rígido

que en muchas maneras importaba más que la superestructura ideológica. Pero entre algunos escritores nacional-revolucionarios también se hacía sentir ese mismo tono de fondo. Y algunos teóricos *völkisch* de la raza llamaron a este *habitus* modelo nórdico. La pedagogía nacionalsocialista tradujo las costumbres enérgicas, la educación severa y el orden meticuloso en una rigidez del cuerpo y del espíritu capaz de extenderse al pueblo por entero. Pero el ámbito hegemónico del *habitus* rígido de la burguesía cultural prusiano-alemana no viene a significar que represente el carácter alemán. Una mirada desde el exterior nos sería instructiva. A los no-alemanes, la cordialidad alemana les parece demasiado vistosa y exótica: *Gemütlichkeit*, una palabra que en danés es tenida como intraducible, y que emparentan con *gemytlighted*. El *habitus* cordial tiene su fundamento en la atmósfera confidencial de la familia, pero se expande en el ambiente casi público de los círculos y de las tabernas. Se canta y se baila, se come y se bebe, se habla desordenadamente. Las tiendas de cerveza de la Oktoberfest bávara y los carnavales renanos de Colonia y Mainz son los puntos focales de esa cordialidad, tan llena de ornamentos que incluso resulta extraña a esa linealidad protestante y deportiva, y al moderno funcionalismo.

En esto del *habitus* cordial se respira un aire de barroco suralemán y católico. ¿Es que existe en Alemania un equilibrio regional de *habitus*? Como siempre, el *habitus* cordial, con su liberalidad y su generosidad, emana calor, mientras que el *habitus* rígido pone de relieve sólo el frío.

El *hábitus* lineal sufre en el curso de la modernidad desafíos reiterados por parte de las nuevas tendencias, que lo distingue, pero al mismo tiempo lo ancla en la cordialidad burguesa. Algunos observadores externos, sobre todo franceses, suelen quedar fascinados ante el *habitus* verde: melenas, naturalidad, educación física libre —con los nuevos modos y las nuevas actitudes se difunde una nueva sensibilidad, que hace posible el vivir en la diversidad—. Esta actitud estaba marcada particularmente en el movimiento juvenil del 1900: caminar sin rumbo, cantar juntos alrededor del fuego de

campamento, pasar juntos en silencio por los márgenes del bosque. Pero ya en torno al 1770-1820, en la época del *Sturm und Drang* y del romanticismo, se observaban impulsos análogos, impulsos que tomaron una nueva representación en 1968 (MUCHOW, 1962; CONTI, 1984; GROB, 1985; LINSE, 1986; FARKAS, 1992).

Como superestructura surgida del *habitus* verde —después del 1900— encontramos ciertas ideas *bündisch* de los nacional-revolucionarios, e incluso el tipo *völkisch* concede ciertos empujes a este modo de ser. El psicoanálisis y el expresionismo, los movimientos ecologistas y el Kulturzionismus de Martin Buber, anuncian ya la crítica anticapitalista de la Escuela de Frankfurt y de Ernst Bloch, que tiene sus antecedentes en esta experiencia.

Todo depende del conflicto

En su tiempo, sobretodo en los años treinta, los que sostenían la rigidez reaccionaron con extrema dureza contra el *habitus* verde. Se vio pasar —algo propio en las inflexiones nacionalistas— una tensión autonomista anti-*völkisch* y un empobrecimiento judío-oriental del debate sobre el Estado y el trabajo. El pensamiento de la discordia, el desarraigo y los alborotadores inconscientes amenazaban con hacer brotar el caos (KLÖNNE, 1981; BUSCHER, 1988). Tal conflicto es significativo en cuanto que apunta al conflicto. En efecto, las formas sociales del *habitus* no están delimitadas unívocamente en cuanto tales (ni siquiera son medibles). La superestructura ideológica no puede ser deducida linealmente de la corporeidad social. Todo depende más bien de los contrastes. La historia no está hecha con las formas de *habitus*, sino con los conflictos de *habitus*.

Un símil de conflicto de *habitus* —¿una de las principales contradicciones alemanas?— pasó por medio de aquel sector construido por la historia de las ideas que fue denominado Revolución Conservadora. Se trata de la disputa entre el hábito verde y el hábito rígido. Esto ilumina con una nueva luz la tipología del joven conservador, del nacionalpopular y del nacional-

revolucionario, e históricamente la emparenta estrechamente con aquella lucha de *habitus* en el interior de la izquierda socialista, en ocasión de la cual el movimiento juvenil (Freiheit-SAJ) y el paramilitarismo (Reichsbanner) chocaron el uno contra el otro.

Por cuanto que respeta la atención al conflicto de *habitus*, los *Jahrbuch zur Konservative Revolution* se revelan como más originales que las contribuciones que hacen entrar al campo visible las posiciones verdes, si nos referimos a su contribución sobre el reformador de la vida Johannes Ude (de Reinhard Farkas), sobre Fidus y Gertrud Prellwitz (de Claus-M. Wolfschlag) y sobre el fundador de una religión matriarcal Ernst Bergmann (de Peter Bahn), que vienen a discutir puntualmente la cuestión de la relación entre los sexos, que ha resultado revestir un significado *badsilar* para la historia de la vida concreta y del *habitus*.

Amor, enemistad y la dificultad de decir sí

En 1932, Harro Schulze-Boysen describe el segundo Reich alemán como un Reich sin amor. Era grande, potente y férreo como su primer canciller. De hierro forjado en la industria pesada —y en la guerra capitalista—. Pero Schulze-Boysen alberga una esperanza nacional-revolucionaria: el imperialismo patriarcal ha llegado a su fin. La revolución del porvenir será la del amor y del retorno a las madres.

Esta descripción coloca claramente en relieve el nexo entre el conflicto de *habitus* y la superestructura ideal. Pero muestra también que el concepto (acuñado por la historia de las ideas) de nacional-revolucionario no es bastante preciso para indicar esta posición. En su justo tiempo, Ernst Jünger pondrá en escena una fría embriaguez con los tipos del soldado y del trabajador, Schulze-Boysen proseguirá en otra dirección. En aquel tiempo la visión de Schulze-Boysen no era ciertamente realista. Pero experimentará una nueva atención, que conocemos en el presente sólo por indicios. La historia entera de los *habitus*, ¿podría forjar una luz completamente nueva si fuese escrita por mujeres?

Como siempre: el *habitus* alemán no es solamente uno, y tampoco es una multiplicidad confusa, un *patchwork*. Está compuesto de contradicciones. Y tales contradicciones tienen raíces profundas que alcanzan la corporeidad y la historia del pueblo. Esta es la base concreta de numerosos contrastes políticos e intelectuales, que hacen aparecer a Alemania como un país dispuesto a la guerra civil. Como superestructura, los conflictos de *habitus* intentan siempre forzar la unidad por encima de la discordancia, o bien — alcanzando un gran resultado — exasperarla con fórmulas y copias conceptuales dicotómicas. La civilización se contrapone a la civilidad, lo apolíneo a lo dionisiaco, la derecha a la izquierda, el protestante al católico, el cristiano al pagano, Nietzsche a Marx, los unos a los otros.

La contradicción es la normalidad interna alemana. Como superestructura provoca el pensamiento dicotómico. Podremos forzar la convivencia, la no-provocación a la idiosincrasia y a las imágenes del enemigo interno —y la no-sospecha ante el externo—. El alemán norteno —frío, rígido (¿elector del SPD?)— se contrapone al cordial alemán del Sur (¿elector de la CDU?) sobre la línea del Medio. Y con la ocupación de la DDR por parte de la Alemania Occidental surgen de improviso nuevos (¿viejos?) conflictos de *habitus* entre los occidentales y los orientales. Esencia alemana y enemistad interna están la una al lado de la otra. Y puesto que esta enemistad viene generada por grietas profundas, tenemos la tendencia de proyectarlas hacia afuera, contra el enemigo externo, contra el Oriente, contra el Islam, contra los extranjeros, contra los enemigos del occidentalismo en África o en Asia...

En 1995, reactualización del 1945, conocimos un ejercicio de enemistad interna en Alemania. Por ello concluyo diciendo en danés aquello que no puede ser bien expresado en alemán: a la pregunta de si nosotros, como alemanes, fuimos en 1945 liberados o bien fuimos ocupados y expulsados, sólo hay una respuesta: Sí

Índice de los autores de la «*Konservative Revolution*», según Armin Mohler

DIE LITERATUR ÜBER DIE KONSERVATIVE REVOLUTION

Darstellungen der herausragenden Autoren

Oswald Spengler
Thomas Mann
Carl Schmitt
Hans Blüher
Ernst Jünger
Friedrich Georg Jünger

PHILOSOPHEN IM UMKREIS DER KONSERVATIVEN REVOLUTION

Fachphilosophen

Max Scheler
Bruno Bauch

Überragende Denker mit anderem Ausgangspunkt

Max Weber
Ludwig Klages
Leopold Ziegler

WISSENSCHAFTLER IM UMKREIS DER KONSERVATIVEN REVOLUTION

Historiker

Heinrich Ritter von Srbik
Otto Westphal
Petet Richatd Rohden
Hans Rothfels

Vorgeschichtler

Gustav Kossinna
Hans Hahne

Volkskundler

Karl von Spieß

Germanisten

Hans Naumann
Josef Nadlet

Richard Benz

Kunsthistoriker
 Josef Strzygowski
 Frederik Adama van Scheltema

Psychologen
 Erich Rudolf Jaensch

Pädagogen
 Berthold Otto

Volkswirtschaftler
 Werner Sombart
 Edgar Salin

Geographen
 Ewald Banse

Biologen
 Jakob Fteihert von Üexkull

Anthropologen, Vererbungs- und
 Bevölkerungslehre
 Erwin Baur
 Eugen Fischer
 Fritz Lenz
 Ftiedtich Burgdotfer

Mediziner
 Erwin Lick

DICHTER IM UMKREIS DER
 KONSERVATIVEN REVOLUTION

Die Weltkriegsgefallenen unter den Dichtern
 Walter Flex
 Hermann Löns
 Gotch Fock

Die "volkhaften" Dichter
 Gustav Frenssen
 Wilhelm Schafer
 Jakob Schaffner
 Hermann Burte
 Hans Grimm
 Erwin Guido Kolbenheyer
 Hans Friedrich Blunck

Die reichskatholischen Dichter
 Bruno (von) Brehm
 Josef Magnus Wehner
 Friedrich Alfred Schmid Noerr

Konrad Weiss
 Reinhold Schneider

Die stilisierenden Dichter
 Hugo von Hofmannsthal
 Stefan George
 Rudolf Borchardt
 Ernst Bertram
 Paul Ernst

Ehemalige expressionistische Dichter
 Gottfried Benn

Die "Arbeiterdichter"
 Mondäne Romanciers
 Friedrich Freksa
 Max René Hesse

Dichter des "Inneren Reiches"
 Paul Alverdes
 Friedrich Franz von Unruh
 Ernst Wiechert

WELTANSCHAUUNGS-AUTOREN IM
 UMKREIS DER KONSERVATIVEN
 REVOLUTION

Archaismus
 Alfred Schuler

DIE HERAUSRAGENDEN
 KATEGORIENSPRENGENDEN

Oswald Spengler
 Thomas Mann
 Carl Schmitt
 Hans Blüher
 Ernst Junger
 Friedrich Georg Junger

Die frühen Sozialdarwinisten
 (Friedrich) Wilhelm Schalimayer
 Otto Ammon
 Alfred Ploetz
 Alexander Tille

Die frühen Antisemiten
 H. Naudh
 Wilhelm Marr
 August Rohling
 Otto Glagau
 Adolf Wahrmond
 Otto Böckel
 Ernst Henrici

Hermann Ahlwardt
Max Liebermann von Sonnenberg
Bernhard Förster
Paul Förster

Gregor Schwartz-Bostunisch
(Grigorij Bostunic), manchmal auch
Bostunisch-Schwartz
Friedrich Wichtl

Die frühen Volkstumspolitiker
Friedrich Lange

Weibliche Völkische
Edith Gräfin Salburg
Gertrud Prellwitz
Lenore Kuhn
(Pia) Sophie Rogge-Borner
Maria Grunewald
Marie Eckert
Ursula Zabel

Die frühen völkischen Systembauer
Ludwig Woltmann
Ernst (Ludwig) Krause
Ludwig Wilser
Willy Pastor
Willibald Hentschel
Wilhelm Schwaner
Houston Stewart Chamberlain

Völkische Politiker
Reinhold Wulle
Albrecht von Graefe
Alfred Roth

DIE VOLKISCHEN AUTOREN NACH 1918

Die völkischen Systembauer der 20er Jahre
Heinrich Wolf
Max Robert Gerstenhauer
Max Wundt
Hans Hauptmann
Wilhelm Erbt
Franz Raiser
Otto Sigfrid Reuter
Arno Schmieder
Wilhelm Teudt
Herman Wirth

Heimatkunst
Friedrich Lienhard
Heinrich Sohnrey

Völkische Reformer
Paul Sehltze-Naumburg
Alexander von Senger
Richard Ungewitter
Hans Surén
Rudolf Bode

Die "Ariosophen"
Guido (von) List
Adolf Lanz alias Georg Lanz-
Liebenfels alias Georg/Jörg Lanz von
Liebenfels (Lancz de Liebenfels)
Philipp Stauff
Herbert Reichstein
Alfred Rudolf Glauer alias Rudolf
von Sebottendorff
Rudolf John Gorsieben
Werner von Billow
Friedrich Bernhard Marby
Georg Lomer

Organizisten
Paul von Krannhals

Rasse, Rassenhygiene, Bevölkerungspolitik
Ludwig Schemann
Hans F. K. Gunther
Ludwig Ferdinand Clauss
Otto Hauser
Friedrich Wilhelm Prinz zur Lippe
Wilhelm Hartnacke
Wahrhold Drascher

Die völkische Anti-Literatur
(Antisemitismus, Antimaurerei usw.)
Theodor Fritsch
Adolf Bartels
Heinrich Pudor
Gottfried zur Beek (eig. Ludwig
Müller, gen. von Hausen)

"Deutschchristentum"
Friedrich Andersen
Joachim Kurd Niedlich
Alfred Falb
Hans Falck
Ernst Bublitz
Kurt Mielsch
Hermann Gebhardt
Max Maurenbrecher
Hans (Paul) Freiherr von Wolzogen
Ernst Freiherr von Wolzogen)

Die "deutschgläubigen" Leitfiguren

Arthur Bonus
Hermann Schwarz
Arthur Drews
Ludwig Fahrenkrog
Ernst Grafzu Reventlow
Artur Dinter
(Jakob) Wilhelm Hauer
Ernst Bergmann
Hermann Mandel
Bernhard Kummer

Verschiedene "Deutschgläubige"

Ernst Hunkel
Margart Hunkel
Ernst Hauck
Ernst Wachler
Alfred Conn
Wilhelm Solger
B. Agnar
Hidulfß Flurschütz
Hermann Buddensieg
Herbert Grabert
Wilhelm Laiblin
Wilhelm Schloz
Friedrich Schöll
Kurt Hüttenrauch
Ernst Precht
Alfred Miller
Harm Zeeuwe
Karl Konrad
Adolf Kroll
Rudolf Viergutz
Friedrich Karl Otto
Emil Hubricht
Paul Zapp
Fritz Gericke
Bodo Ernst
Max Wieser

Die Ludendorff-Bewegung

Erich Ludendorff
Mathilde Ludendorff

Österreichische Sonderformen des Völkischen

Franz Zach
Alois Rudolf Carl Jaschke

Verschiedene Völkische

Erich Kuhn
Karl Friedrich

Karl Georg Zschaetzsch
Hermann Wieland
Albert (Ludwig) Herrmann
Heinrich Heitmann
Gustav Muller
Bruno Tanzmann
Ernst Tiede

Sonderfälle des Völkischen
Georg Schmidt-Rohr
Otto Rahn

ZWISCHEN WILHELMINISMUS
UNDKONSERVATIVER REVOLUTION

Alldeutsche und Verwandtes
Heinrich Class
Paul Bang
Paul Rohrbach
Paul Nikolaus Cossmann
Hermann Stegemann
"Rumpelstilzchen" alias Adolf Stein

Monarchisten
Friedrich Evening

DIE JUNGKONSERVATIVEN AUTOREN

Die Motzstraße in Berlin
Arthur Moeller van den Bruck
Heinrich von Gleichen
Eduard Stadtler
Martin Spahn
Max Hildebert Boehm
Heinz Brauweiler
Walther Schotte
Friedrich Brunstädt
Gustav Steinbömer
Karl Christian von Loesch
Wilhelm von Kries
Paul Fechter
Rudolf Pechel

Der Hamburger Kreis um Wilhelm Stapel

Wilhelm Stapel
Albrecht Erich Gunther
Gerhard Gunther
Hans Bogner

Der Münchner Kreis um Edgar J. Jung
Edgar J(ulius) Jung

Der Wiener Kreis um Othmar Spann

Othmar Spann
Jakob Baxa
Walter Heinrich

Georg Weippert
Johann Wilhelm Mannhardt

Die wichtigeren jungkonservativen
Einzelgänger

Georg Quabbe
August Winnig
Hermann Ullmann
Hans Freyer
Hans von Seeckt
Karl Haushofer

Aus dem George-Kreis

Friedrich Wolters
Kurt Hildebrandt
Walter Elze
Ernst Kantorowicz

Politiker im Umkreis der Jungkonservativen

Kuno Graf von Westarp
Hans Erdmann von Lindeiner-
Wildau
Gottfried Reinhold Treviranus
Walther Lambach
Hans Schlange-Schoningen
Otto Schmidt-Hannover
Franz von Papen
Hjalmar Schacht
Wichard von Moellendorff
Ulrich Graf Brockdorff-Rantzau
Ewald von Kleiser-Schmenzin

Der Tat-Kreis

Hans Zehrer
Ferdinand Fried
Giseiher Wirsing
Ernst Wilhelm Eschmann
Carl Rothe

Katholisches Reich
Hans Eibl

Verschiedene Österreicher

Ernst Karl Winter
Karl Anton, Prinz Rohan

Protestantischer Staat

Gottfried Traub
Martin Niemöller
Paul Althaus
Werner Elert
Hans Asmussen
Friedrich Gogarten
Emanuel Hirsch
Hans Schomerus
Alfred de Quervain
Heinz-Dietrich Wendland
Hans Gerber
Horst Michael und Karl Lohmann

Verschiedene Schweizer

Julius Schmidhauser
Paul Lang
Gonzague de Reynold

Zustrom von der Rechtswissenschaft her

Ernst Forsthoff
Ernst Rudolf Huber
Otto Koellreutter
Heinrich Herrfahrdt
Friedrich Grimm

Verschiedene Jungkonservative

Rudolf Böhmer
Franz Mariaux
Rudolf Mirbt
Rudiger Robert Beer
Adam Röder

Zustrom von der Soziologie her
Heinz Marr

Sonderfälle des Jungkonservativen

Eugen Rosenstock-Huessy
Hans Domizlaff

Der "soldatische Nationalismus"

Franz Schauwecker
Werner Beumelburg
Ernst von Salomon
Edwin Erich Dwinger
Friedrich Wilhelm Heinz

Helmut Franke
Herbert Volck

Weitere vom Fronterlebnis bestimmte
Autoren

Theodor Bartram
Curt Hotzel
Wilhelm Ritter von Schramm
Goetz Otto Stoifregen
Hubert Ernst Gilbert
Ludwig Weissauer

Manfred von Killinger

Systembauer im Umkreis der
Nationalrevolutionäre
Friedrich Hielscher
Martin Bochow
Karl Strünckmann
Ernst Günther Gründel

Zustrom von den Bundischen her
Gerhard Robach
Werner Lass
Kleo Pleyer

Nationalrevolutionäre im Umkreis der
Landvolkbewegung
Otfrid Rademacher

“Jungdeutscher Orden” (Jungdo)
Arthur Mahraun
Reinhard Hohn
Kurt Pasrenaci

“Stahlhelm, Bund der Frontsoldaten”
Franz Seldte
Theodor Dueserberg
Wilhelm Kleinau
Hans Henning Freiherr Grote

Bund “Wiking”
Käptän (Hermann) Ehrhardt
Hartmut Plaas

Bund “Wehrwolf”
Fritz Kioppe

Kreis um Ernst Jünger
Hugo Fischer
Edmund Schultz

“Vorkämpfer” – Kreis
Friedrich Lenz
Hans Ebeling
Werner Kreitz

Kreis um Otto Strasser
Otto Strasser
Herbert Blank alias Weigand von
Miltentberg
Richard Schapke
Major (Bruno Ernst) Buchrucker

Weitete “deutsche Sozialisten”

Rudolf Craemer
Felix Riemkasten
Albert Krebs
Gustav Hartz

Preußen – und Ostmystiker
Hans Schwarz
Friedrich Schinkel
Carl Dyrssen
Hatald Laeuen
Otto (Herbert) Weber-Krohse
Harald von Koenigswald

Niekischs “Widerstandsbewegung”
Ernst Niekisch
Otto Petras
Friedrich Merckenschlager
Karl Sailer
Hans Backer
Gustav Sondermann

“Aufbruch”-Kreis
Leutnant (Richard) Scheringer
Bodo Uhse
Alexander Graf Stenbock-Fermor
Harro Schuize-Boysen

Verschiedene Nationalbolschewisten
Karl O(tto) Paetel
Kapitänleutnant (Helimuth) von
Mücke

Technokratische Autoren aus dem Umkreis
der Nationalrevolutionäre
Heinrich Hardensett
Heinrich Heise
Heinrich Jebens

Sonderfälle des Nationalrevolutionären
Hanns Heinz Ewers
Arnolt Bronnen
Friedrich Reck-Malleczewen

DIE BUNDISCHEN AUTOREN

Vorbildliche Gestalten
Bernhard von der Marwitz
Otto Braun
Helmut Noack

Bündische Reformer
Hermann Popert
Gustav Wyneken

